

La isla de Montecristo

Margarita María Niño Torres



LA ISLA DE MONTECRISTO

Por Margarita María Niño Torres

Enero 2020

Novela inspirada en la obra

"El Conde de Montecristo"

Del autor francés Alejandro Dumas. 1802 - 1870

ÍNDICE

Sinopsis introductoria.....	4
PRIMERA PARTE.....	5
EDMUNDO DANTÉS.....	5
Infancia y juventud.....	5
La prisión.....	8
Las celdas 27 y 34.....	12
El maestro.....	18
La fuga.....	25
SEGUNDA PARTE.....	33
LA ISLA DE MONTECRISTO.....	33
Planes.....	33

La búsqueda.....	36
Nada de locura.....	38
Datos sobre Morrel.....	41
Un título de nobleza.....	47
Llegada de 'El Faraón'.....	51
Cena con Morrel.....	56
Trabajo de tesorero.....	61
Acuerdos con Jacobo.....	66
Casa de Jacobo en Marsella.....	70
Casa de Antonio en Livorno.....	80
Negocios en Marsella.....	84
La decisión.....	89
Nuevas amistades.....	91
Otro trasteo.....	98
Tareas en una isla deshabitada.....	102
Dos noches y un día en Marsella.....	104
Acciones de un alto personaje.....	111
Un día crucial.....	115
Acomodo de mercancías.....	119
La danza del palomo.....	124
Alianza Santoro-Pellerini.....	129
Caer en su propia trampa.....	134
Otras perspectivas.....	149
Fechas y plazos.....	156
La transformación de la isla.....	166
La gran fiesta.....	171
Una mirada de conjunto.....	174
EPÍLOGO.....	182

Sinopsis introductoria

Antonio Pellerini, prófugo y contrabandista, quiere comprar la Isla de Montecristo. Cuando ha ahorrado lo suficiente va a la Oficina Gubernamental para hacerlo y se encuentra con que, unas semanas antes, un ciudadano francés se le adelantó y la isla ya no pertenece al Gobierno de Italia.

Antonio no se da por vencido. Busca al francés y le pide que le venda la Isla y le cuenta de los muchos años que lleva ahorrando para comprarla.

*El propietario se la vende con mucho gusto pero sin ir a la Oficina del Gobierno sino con un simple papel firmado por él, como dueño, autorizando a Pellerini para que actúe como desee en relación con esa isla inútil, siendo la única condición insalvable que **no la puede vender ni dejar en testamento como herencia para nadie.***

Si lo hiciera, iría a parar a la cárcel, porque esa isla era la propiedad que le permitiría a él, el dueño legal, comprar un título de Conde en Francia y disfrutarlo en París y, a partir de ese momento, ese montón de piedras, se convertiría en 'El Condado de Montecristo' vinculado a su nombre de forma indisoluble. Por lo demás, una vez él estuviera convertido en Conde, se olvidaría por completo de tal isla.

El lector, a través de esta historia, podrá juzgar si la inversión de los ahorros de muchos años de nuestro protagonista fue una buena o una mala inversión...

PRIMERA PARTE

EDMUNDO DANTÉS

Infancia y juventud

Edmundo Dantés nació dos o tres años antes de 1800 en un barrio de pescadores de Marsella, en el seno de una familia común de ruda gente de mar. Lo bautizaron Edmundo, pero siempre le dijeron 'Edmón'.

Desde niño manifestó un interés apasionado por los barcos y los viajes por el mar. Comenzó a los seis años aprendiendo en los muelles los oficios de enrollar las cuerdas, de hacer nudos para amarrar las barcas, de sacarles el agua y limpiar las redes y las barcas mismas de toda la mugre que quedaba una vez que el pescado había sido retirado, y ganando algunos centavos por esos trabajitos, centavos que religiosamente entregaba a la madre. Ella estaba enferma desde hacía tiempo y poco a poco se debilitaba. Apenas podía con los quehaceres de cuidar a su hijo y preparar la comida para los tres.

Cuando Edmundo cumplió ocho años, el padre lo llamó al pie de la barca y poniendo su mano sobre el hombro del hijo le dió una palmada amistosa mientras le decía:

"¡grumete Edmón!..., ¡vamos a pescar!, ¡sube!"

A partir de entonces la vida de Edmundo fue una vida entregada al mar. Desde la barca de pescador veía pasar los barcos grandes y preguntaba a su padre sobre los lugares de donde venían, o hacia dónde iban,... cuánto tiempo duraban

esos viajes y a qué edad podía un muchacho entrar a trabajar en uno de esos...

El padre enseñó a su hijo todo lo que sabía de barcos y de puertos y ambos iban a pie para mirar desde el muelle grande la llegada de algún barco especial. Así el niño supo de países cercanos y lejanos, de comercio, de idiomas diferentes,... en fin todo lo que un chiquillo inquieto e inteligente puede aprender del mundo que lo rodea en un lugar tan variopinto como un gran puerto de mar.

En tales actividades Edmón entró en relación con jóvenes de su mismo barrio que trabajaban por temporadas o eran contratados como personal auxiliar de la tripulación de un barco que pertenecía a un señor Morrel, de Marsella, quien tenía el negocio de transporte de mercancías, como telas y muchos elementos para la industria del vestido, o especias de variadas propiedades, o también objetos artísticos, todo llevado a Europa desde el lejano Oriente y los países intermedios y, de llevar para esos lugares los productos europeos que las Casas Comerciales de unas y otras ciudades negociaban según las demandas de sus clientes.

La madre de Edmón murió por ese tiempo. Padre e hijo se convirtieron en grandes amigos y colaboradores. La pesca siguió siendo por varios años su principal y común ocupación.

El muy avisado chico Dantés se dió sus mañas para conocer directamente al señor Morrel y expresarle su deseo de trabajar en uno de sus barcos. El buen señor simpatizó con el carácter abierto y alegre de Edmón y pronto, después de que cumplió los doce años, lo contrató como ayudante de cocina,

recomendándolo especialmente al jefe de la sección para que no le permitiera correr riesgos innecesarios.

Antes de embarcar, el señor Luis Dantés, padre de Edmundo, animó a su hijo a esforzarse por aprender todo lo que le fuera posible mientras cumplía seriamente su trabajo, le sugirió que pensara muy bien antes de actuar para evitar sorpresas que podían tener malas consecuencias. El padre le dio muchos ejemplos de circunstancias en las que debía poner mucha atención como las señales en el cielo que presagian una tormenta, los vientos que hacen girar las velas, los ruidos fuertes en las bodegas y lo que esos ruidos pueden indicar, ... etc...

"Piensa en el barco como en tu casa y en todos los que van en él como tus hermanos"... le dijo y lo abrazó. Con unas palmadas en la espalda lo despidió y sin más dio la vuelta para regresar a su pesca. Así el jovencito que adoraba a su padre, guardó muy bien en su mente el recuerdo de sus palabras y comenzó pronto a distinguirse por el cuidado y el acierto con el que cumplía lo suyo y, cuando terminaba, se dedicaba a observar a su alrededor con verdadero deseo de ayudar en donde fuera posible.

Es fácil comprender que al término de tres o cuatro viajes, Edmón sabía muchas cosas de navegación, del manejo de las velas, de las estrellas y su posición, de los vientos, de las rutas, de los puertos en los que iba consiguiendo amigos...

El señor Morrel escuchaba complacido los informes y estimulaba a su marinero Dantés con nuevas responsabilidades y graduales alzas de salario.

La prisión



Esos tiempos en Europa, especialmente en Francia, Italia y España, eran tiempos de política altamente complicada y cualquiera que cayera en las garras de los insaciables intrigantes del poder económico y político, se veía irremediabilmente perdido.

Poco antes de que Edmundo Dantés cumpliera 19 años, sus conocimientos del mar y de los barcos eran muy superiores a los del común de los miembros de la tripulación y de los marinos jóvenes de su época, autodidactas como él. Este hecho favoreció el que se le encargara de capitanear un barco durante un viaje, debido a enfermedad del capitán del mismo, pocos días antes del inicio de la travesía.

Los hechos que sucedieron después, indican que políticos deseosos de hundir a Morrel, mientras manifestaban

hipócritamente una gran amistad hacia él, comenzaron una labor de descrédito y ruina total de Edmundo Dantés con un simple hecho: en algún puerto italiano enviaron a alguien que se veía como un 'aristócrata' con una carta comprometedora para pedirle a Edmón que la llevara a Francia y la entregara personalmente en las oficinas de un gran personaje. Él, absolutamente inocente y con esa cortesía simple que su padre le había enseñado, aceptó el encargo y cuidó la carta durante el viaje. Al llegar a Marsella, lo primero que hizo fue llevarla a su destino, sin cuidarse de ocultar ni la carta ni el destinatario ni el hecho de que él, el capitán del barco, personalmente hacía la entrega.

Esta diligencia fue denunciada por los complotados como un acto de "alta traición" y el portador de la carta fue llevado a prisión, sin que en ningún momento le dijeran de qué se trataba ese viaje tan urgente, para el cual no le permitieron ni siquiera ir a saludar a su padre. Así fue como llegó al castillo de If, la fortaleza para los presos políticos más peligrosos del reino. Él no sabía que iba como prisionero. No hubo ninguna publicación del hecho ni se le permitía a los detenidos en ese lugar comunicarse con nadie del exterior ni en persona ni por carta. Los sospechosos de crímenes políticos perdían todos los derechos. Así, ninguno de los compañeros ni amigos de Edmón supo qué le había pasado y en dónde se encontraba. Ni siquiera su amado padre.

Durante el primer tiempo, Edmundo suplicaba todos los días al carcelero, cuando llegaba con la comida, que llevara al Director su petición de hablar directamente con él. También le ofreció dinero si le llevaba a su padre una pequeña carta, que podía ir abierta. Solo para que él supiera que su hijo no

había muerto en el viaje. Pero nada. El carcelero le dijo que a él le serviría mucho ese dinero que le ofrecía pero que si alguien del gobierno llegaba a saberlo, perdería su empleo y no podría sostener a su familia y muy posiblemente, también lo pondrían a él en la cárcel por sospechas...

El buen genio y el ánimo comenzaron a ser difíciles de sostener para Edmón. Trataba de recordar las enseñanzas de su padre y de pedir a Dios ... pero nada se vislumbraba.

Al fin, cerca de Navidad, un funcionario con dos ayudantes debían visitar a todos los presos para conocer su situación física y anímica y les hacían preguntas rígidas a las cuales contestaban solamente Sí o No. Cuando llegó el turno a Edmundo, él se abstuvo de contestar hasta que el funcionario lo escuchara.

"Yo quiero saber de qué se me acusa", fue lo que primero que dijo. El funcionario le prometió que lo averiguaría y que si había alguna posibilidad, intervendría en su favor. Pero cuando fue a mirar el expediente, encontró una anotación de un personaje de mayor rango que decía: "acérrimo instigador bonapartista, altamente peligroso", con semejante calificación, aunque tenía buena voluntad, el funcionario abandonó completamente el caso, pero no dijo nada, de modo que Edmón se quedó esperando con optimismo la solución de su caso pues estaba seguro de que su encierro no podía ser sino una equivocación.

Y comenzó a pasar el tiempo sin nada que indicara nada. A partir de la visita del funcionario, Edmón había empezado a hacer marcas en la pared para contar los días. Cuando llevaba cien marcas estaba desesperado y decidió no seguir haciéndolo...

" ¿para qué quiero saber en qué día estoy, si aquí voy a morir?... lo mejor es morir rápido." .

Entonces comenzó a planear cómo obligar al carcelero a dispararle. y lo intentó varias veces. El carcelero, creyendo que se había vuelto loco, llevó el reporte correspondiente a las autoridades de la cárcel, quienes optaron por bajarlo de nivel, al sector de los calabozos que eran celdas más oscuras para encerrar a los presos que era necesario tener completamente aislados por motivos de locura. Así fue como lo pasaron a la celda número 34... El director había dicho algo de: "poner a los locos con los locos" que Edmón alcanzó a escuchar antes de que los encargados de cambiarlo entraran a su celda.

"¿este es el sector de los presos locos?", preguntó Edmón al carcelero, esa tarde cuando recibió la sopa que éste traía en una olla y que pasó a la taza que le habían asignado desde el primer día.

"Ah!", dijo el carcelero mientras se rascaba la cabeza..., "es que hay un preso que está bien loco y su celda está en este piso pero del otro lado de la torre. No se preocupe"

"Qué clase de locura tiene?", preguntó Edmón

"Pues que siempre está tratando de conquistar a cualquiera que llegue para que lo deje salir, ofreciéndole a cambio mucho pero mucho dinero de un tesoro que él conoce ..."

Hizo una pausa y luego dijo, bajando la voz, como si temiera que el loco lo escuchara:

“Todos nos reímos, porque a todos nos ha ofrecido mucho dinero... pero las autoridades piensan que esa debe ser una

consigna para que los aliados exteriores del preso estén pendientes si lo ven salir con alguien del personal de la cárcel o del gobierno... y dar un golpe!", luego el carcerlero recogió la olla y salió rápidamente.

Edmón, una vez solo en el horrible, húmedo y apestoso lugar que era su celda, se recostó en el camastro y comenzó a pensar que así no fuera sino para tener con quien hablar, le gustaría mucho conocer a ese compañero de prisión aunque estuviera loco... En los días siguientes y con preguntas aparentemente sueltas, Edmón supo que su co-prisionero era un cura italiano que había trabajado como secretario de un alto personaje de la Iglesia de Roma y que llevaba ya cinco años encarcelado por delitos en contra (o a favor) de la monarquía o de sus aliados, pero que por lo demás siempre se comportaba con mucha tranquilidad y obediencia a todo lo que se le pedía, aunque no abandonaba la locura de un tesoro escondido...

Las celdas 27 y 34

Siguieron días iguales unos a otros. La entrada del carcelero con la comida dos veces al día era el único reloj, porque la luz que se filtraba por el ventanuco no era exactamente un rayo de sol y por ella no se distinguía la mañana de la tarde. Era solo un poco de claridad que ni siquiera proyectaba sombra alguna. Edmón ya no volvió a hacer ninguna marca de los días que pasaban. Volvió a pensar en morir por sus propios medios y decidió dejarse morir de hambre. Empezó a tirar la comida por entre los barrotes de la ventana. Según el ruido que una que otra vez alcanzaba a percibir, se dio cuenta de que la pared exterior daba a un barranco en declive unos cuatro o cinco metros más abajo que el piso de la celda...

Imaginando el castillo de If que recordaba haber visto siempre de lejos desde los barcos, se preguntaba sobre cuál costado de la isla se encontraba ese sector de calabozos...

"..en fin, ¿ para qué me va a servir hacerme un mapa en la cabeza si no saldré de aquí sino muerto? " se decía y dejaba de pensar. El ayuno total llevaba dos días y se sentía débil.

Un día, poco antes de la entrada del carcelero con la segunda comida, Edmón creyó sentir que algo raspaba contra la pared del costado de su camastro... "debo estar alucinando... es la debilidad...", pensó. En esas entró el carcelero y Edmón continuaba oyendo el ruido, entonces supo que no era debilidad sino realidad y solamente pensó en evitar que el carcelero lo pudiera escuchar, así que comenzó a hablarle en voz alta que le salía a trozos, medio gritada, medio cortada, y el hombre, dejando la comida en el piso se paró para tratar de ayudarlo pues pensó que tal vez se estaba ahogando. Edmón le decía ¡agua!, ¡agua!, y abría la boca como muriendo de sed. El pobre carcelero que era buena persona, estaba angustiado y le decía palabras de cuidado mientras sostenía la cabeza del preso para que pudiera beber el agua... así pasaron uno o dos minutos. Edmón se dio cuenta de que lo que fuera que producía el sonido del otro lado, lo había suspendido. El carcelero al salir lo miró de nuevo y le dijo que comiera despacio para que no se atragantara, que ahí dejaba agua servida en la taza por si necesitaba más no tuviera que hacer el esfuerzo de servirla él mismo.

Luego Edmón comió. No se iba a morir antes de saber quién hacía el ruido. Esperó pero no volvió a escuchar nada en toda la noche. A la mañana siguiente razonó así:

"Puede ser un preso que trata de abrir un hoyo en su pared, o puede ser un obrero que esté arreglando alguna grieta..."

"Si yo golpeo mi pared con algo, puede pasar que se acabe el ruido o que siga sin variar"

"Si el ruido continúa igual, es un obrero que hace un trabajo o algo similar que no me interesa"

"Pero, si el ruido se acaba enseguida que yo golpee, es alguien que no quiere ser descubierto y éste tiene que ser otro prisionero y sin duda imaginará que quien golpeó la pared es un posible amigo..., o puede ser un obrero que suspende su trabajo para ir a denunciar mi ruido... de todos modos correré el riesgo..."

Con esas reflexiones esperó... Pasaron tres días. Esta vez, el ruido comenzó después de que el carcelero salió, lo cual fue una muy positiva señal a la que Edmón contestó con tres golpes lentos dados contra la pared con su taza del agua, lo más abajo que pudo. Le contestaron otros tres golpes similares. Y del otro lado recomenzó el trabajo de raspar la pared.

Edmón retiró la cama y se puso a mirar la pared por su lado. Era de piedras grandes, más o menos lisas y superpuestas irregularmente, con los espacios entre ellas sellados con pequeñas piedras mezcladas con polvo medio blanco y endurecido que él consideró sería yeso. Encima de todo había una capa de mugre y polvo formada por la falta de aseo de mucho tiempo. Lo único que tenía a mano era su taza del agua y con ella, él también comenzó a raspar las uniones de una de las piedras de la primera fila a partir del suelo. Su herramienta era muy poco práctica: no podía raspar contra el

piso. Para resolverlo, simplemente la dejó caer sobre el piso del lado de la cama en donde él se sentaba para comer y claro que la taza se rompió. Tomó los dos pedazos más grandes y con ellos mejoró mucho la rapidez del trabajo. Se cansó. Dejó de oír el trabajo del otro lado, escondió los pedazos grandes de la taza y dejó los otros donde habían caído, empujó la cama y se acostó. El carcelero se disgustó un poco por la taza rota, porque él tendría que pagarla. Al día siguiente llegó con una taza mucho más vieja y le recomendó cuidarla mucho. Edmón recogió los trozos de la taza rota, el carcelero le hizo seña de que los tirara por el ventanuco y salió. Entonces Edmón guardó esos pedazos debajo de la cama y tiró por la ventana todo el polvo y residuos que iban saliendo de la pared.

Así se estableció un acuerdo entre los dos presos respecto del tiempo del trabajo: siempre lo hacían después de la segunda comida, y respecto de tirar los residuos: todas las veces, antes de dormirse, cada cual por su ventanuco.

Finalmente una de las piedras estaba lista para ser retirada pero Edmón no tenía forma de meter la mano ni ninguna otra cosa por el espacio, para poder jalar la piedra. Necesitaba algo delgado, duro y resistente para hacer esa palanca... pensó mucho... al fin se le ocurrió: "mi carcelero trae la comida para dos en una cacerola que tiene un mango de hierro... A veces viene primero aquí y a veces va primero abajo y yo puedo seguir sus pasos por el ruido. Si viene primero, le recibo la sopa en mi plato y nada más. Él seguirá a llevar la del otro. Si va primero allá, entonces...mm..."

Esa tarde el carcelero visitó primero a Edmón y él recibió su sopa y se la tomó. A la noche siguiente Edmón sintió que le

llevaban primero la sopa al de abajo y entonces puso su plato, como descuidado, en el paso de la puerta. El carcelero abrió, entró con la sopa en la sartén, y sin mirar, pisó el plato que estaba en el piso y lo rompió totalmente, claro que sin culpa. El pobre se sintió mal, ya iba a devolverse para conseguir otro plato, pero Edmón le dijo que no lo hiciera, que él podía comer en la cacerola. Así fue. El carcelero le dejó esa noche la sartén con la sopa. La recogería por la mañana. Edmón comió rápidamente, retiró la cama y con gran facilidad, utilizando el mango del recipiente, retiró la piedra que ya estaba suelta y que dejó un hueco contra una especie de columna que no dejaba ver nada. Se iba desmoralizando al no ver sino más piedras por todas partes... y empezó a hablar furioso contra Dios y a decir a gritos: "¿por qué Dios se encarniza contra mi que no he hecho nada malo?, eso es infame!"... entonces oyó una voz que venía de abajo y decía: "quién habla de Dios y de infamia a la vez? ¿eso no es nunca así!...", luego esa misma voz le dijo que pusiera atención a ver si se levantaba la loza que él iba a empujar con sus hombros, y la recibiera con cuidado y claro que Edmón vio moverse y levantarse ligeramente un filo de una semi baldosa de piedra, en el fondo del hueco que había dejado la piedra que él había removido con el mango de la sartén. Entonces metió los dedos por el borde y, con cuidado pudo levantar y retirar una piedra delgada casi completamente plana. Una nube de polvo cerró totalmente la visión. Un par de minutos después Edmón empezó a ver un poco de luz procedente de abajo y finalmente una cabeza que miraba hacia arriba y preguntaba "¿quién eres?"

Con pocas palabras y un buen esfuerzo de ambas partes, el abate Faría, que era el preso loco de quien Edmón había oído hablar, subió ágilmente y se encontraron frente a frente.

"Yo pensaba que por aquí iba a salir a un paso que hay sobre el borde exterior de la pared de la torre..." dijo el abate. Enseguida, en tono de quien está vencido, dijo: "ay!, por culpa de mis pobres instrumentos me equivoqué de ángulo y he perdido cuatro años de trabajo..."

Luego, como olvidando su fracaso, invitó a Edmón a que bajara. Cuando los dos estuvieron abajo, el cura tomó del brazo a Edmón y le dio a él el encargo de llevar la lámpara que se componía de una base de yeso un poco ahuecada con un poco de aceite negro y sucio y una mecha de trozos de hilo que estaba encendida... Con esa luz él venía haciendo incansablemente su trabajo. Siguió ponerse contra el piso y arrastrarse como un par de metros, por un pasadizo entre paredes de piedras hasta llegar al espacio de la celda número 27 que era la del abate.

Esa noche hablaron de sus vidas y sus proyectos. El abate era un hombre muy culto, muy instruido y muy inteligente y quería salir de If porque él no había cometido ningún crimen. Edmón le contó su propia historia y el abate con sencillos razonamientos le mostró cómo se había tramado el complot por la ambición de quienes querían quedarse con el negocio y las grandes ventajas de Morrel. Luego le ofreció ayudarlo a educarse, mientras labraban una salida correcta para su propia fuga. Lo que hicieron esa misma noche fue despejar para ellos el paso entre las celdas, recoger todo el polvo y hacerlo desaparecer, establecer claramente el método de abrir y cerrar por ambos lados el túnel cavado por el abate y terminarlo

entre los dos. Antes de que amaneciera, Edmón volvió a su celda, dismuló la abertura y arrimó la cama a la pared. Luego limpió la cacerola de la comida y se acostó. Durmió hasta que lo despertó el carcelero que se alegró de que hubiera dormido bien.

Así, en un solo día, el mundo de Edmón volvió a tener valor para él. Tenía un amigo y un maestro, además de un compañero paciente y capaz para programar una fuga conjunta.

Lo primero que programaron fueron las cosas que Edmón debía aprender para que al salir pudiera ubicarse en la sociedad en donde quisiera, claro que con otro nombre, pero con perfecto conocimiento de las formas sociales, además de todo lo que podría aprender de filosofía, física, astronomía, geometría, junto con la capacidad de hablar suficientemente bien italiano, inglés y español además del francés natal pero con mayor conocimiento de la gramática del mismo.

Todos los días dedicaban como mínimo cuatro horas al estudio y cuatro a la apertura de un nuevo camino de escape con mejores medidas y anotaciones de los detalles que los movimientos y palabras del carcelero les descubrían sobre la estructura interior y exterior de la fortaleza en la cual se hallaban encerrados.

El maestro

Así pasaron dos años completos al final de los cuales Edmón tenía la educación de un perfecto caballero francés, italiano, inglés o español, y los conocimientos del mejor marino de los siete mares y sus costas y sus puertos, que unidos a su experiencia de guía de barcos, hacían de él un verdadero

'Lobo de Mar', capaz de las más arriesgadas travesías. El túnel progresaba más lentamente pero comenzaron a ocuparse de él mayor tiempo diario, seguros de que en un año tendrían el camino listo...

Pero ... un día, antes de la hora de reunión, Edmón escuchó que el abate gritaba y pedía auxilio. Con la mayor rapidez que pudo abrió la entrada del túnel y llegó hasta su celda para encontrarlo en el suelo con los ojos desorbitados y doblado de dolor.... "rápido", le dijo y entrecortadamente logró explicarle lo siguiente: "debajo de esta pata de la cama... encuentras un frasco... sá...calo ya!. ábrelo... y apenas yo...yo.. esté completam...mente desmayado y co..co..mo muerto, co..on la punta del cuchillo me separas las mandí...bulas y cuentas doce gotas del lí...quido que caigan directamente a mi boca... luego me cierras la boca y espe...ras u...n cuarto de hora que yo tar...daré en vol...ver en mi... después ha...a...blamos. Hazzz...lo..." y se desmayó.

Edmón aterrorizado porque la expresión del abate era de un dolor espantoso, sacó el frasco, puso las gotas en el gotero que tenía la tapa y apenas el abate se estiró como muerto le abrió la boca metiendo la punta y algo del lomo del cuchillo y las fue dejando caer mientras contaba hasta doce. Luego con dificultad cerró la boca del abate y la mantuvo firme... pasaron muchos minutos... a Edmón le pareció un tiempo interminable.. y de pronto el abate se relajó y abrió los ojos...

Apenas se dió cuenta de lo que pasaba y que era casi la hora de que llegara el carcelero se despidieron y disimulando un simple dolor de muelas, el abate se quedó en la cama. Cuando el carcelero llegó le dejó la comida servida en el suelo, y se fue un poco preocupado pero no mucho. Solo le advirtió que

comiera despacio. Edmón apenas alcanzó a llegar y sentarse en la cama mientras la empujaba contra la pared. El carcelero le dejó su comida y le dió las buenas noches...

Dejó pasar un buen rato, pensando que el carcelero podría haberse quedado pensando en que el abate estaba enfermo y de pronto volviera a verlo. Cuando todo estaba muy silencioso, volvió con su maestro quien estaba tranquilo pero le tenía la mala noticia de que el ataque lo había dejado con el brazo derecho inútil y perdida la movilidad de su pierna derecha. De modo que le tocaba a Edmón terminar lo poco que faltaba del túnel y escapar solo... porque lo que él tenía era una enfermedad hereditaria que producía ataques de catalepsia en los hombres de su familia y su padre, un tío y su hermano mayor habían muerto, todos tres en distintos tiempos, pero todos al tercer ataque. Él acababa de tener el segundo, así que no había mucha esperanza. El primero había sucedido poco antes de su entrada a la prisión de If. Por eso tenía la medicina. Edmón se negó en redondo a irse sin el abate. "Yo lo salvaré del tercer ataque si se presenta y me lo llevaré cargado si es necesario. pero no me iré de aquí sin usted que es, junto con mi padre, la persona que yo más amo y respeto y agradezco en esta vida..." y así se proponían continuar. Antes de que Edmón se pusiera a trabajar el abate le mostró una hoja de papel medio quemada y le dijo que la mirara muy bien, que se aprendiera de memoria lo que había en ella, porque era el testamento del Cardenal a quien él había servido, que era un hombre riquísimo y que le dejaba toda su riqueza a su sobrino. Nadie había encontrado ese testamento y en las revueltas de la política los dos habían muerto, tanto el cardenal como el sobrino. Muchos, muchos dignatarios mandaron especialistas a buscar el testamento.

Cuando ya todos se fueron derrotados, él se puso a ordenar el lugar y entre las cosas que había por todas partes encontró ese papel y se dio cuenta de que estaba escrito con tinta invisible, porque la parte quemada dejaba ver parte del escrito. Entonces él logró descifrarlo todo, calentando el resto del papel y completando lo que se había quemado... andaba pensando a quién entregarle el documento cuando lo apresaron. Así que ese enorme tesoro quedaba enterrado en la isla de Montecristo y solo él lo sabía y todos los que le habían oído en la prisión se burlaban y no le había hecho caso.

Edmón preguntó al abate por su familia. Si había alguien que lo esperaba en algún lugar. Él le habló de un único sobrino suyo, de nombre Lorenzo Faría que debía tener unos treinta o treinta y dos años y que vivía en la ciudad de Pisa..., posiblemente estuviera viviendo allá porque la familia de la madre era de Pisa y su padre, el hermano del abate, había muerto cuando Lorenzo era pequeño.

"Y ¿qué piensa usted hacer con el tesoro, cuando salgamos de aquí, si llegamos a encontrarlo?", preguntó Edmón.

"Pues, yo buscaría cómo beneficiar con él a personas necesitadas pero no directamente sino a través de buenas gentes que ayudan a huérfanos, a enfermos, a ignorantes, para que eduquen a sus protegidos..., y buscaría jóvenes como tú, inteligentes y buenos, que quieran que este mundo mejore y que no estén obsesionados con venganzas ni con escalar en la política..."

"¿Y no buscaría usted que los que lo trajeron tan injustamente aquí paguen por el mal que le hicieron?"

"Pues, no creas que no lo he pensado. Pero luchar directamente contra el mal es una empresa imposible, además es casi seguro que se mezclen en esa lucha muchos deseos de venganza y éstos son tan peligrosos para la propia paz, como los deseos de ellos de satisfacer su soberbia y su codicia que los arrastran al crimen y a la maldad ..., de modo que he llegado a la conclusión de no gastar ni mis energías, ni el tiempo que me quede en esas peleas... " , luego suspiró y dijo:

"Esto lo tengo pensado desde hace años, cuando estaba seguro de lograr salir vivo de aquí. Ahora sé que saldré muerto, pero te agradezco que me hayas preguntado. Piensa en hacer el bien con toda tu alma. No en desgastar tus energías ni tus recursos en pelear contra el mal". Luego volviendo a mirar el papel del testamento del Cardenal y mirando a Edmón, le dijo:

"No te afanes por ir si no me crees, pero no pierdas el papel o mejor apréndetelo y graba en tu memoria todos los detalles. Cuando seas libre y puedas hacerlo solo, ve a la isla de Montecristo y sigue las instrucciones que están ahí. Prométeme que irás. No muy pronto porque primero tienes que recuperarte y tomar un nombre... pero vé. Yo moriré en paz porque sé que eres bueno y que harás el bien con ese tesoro..." Edmón le prometió hacerlo para que estuviera contento y eso le ayudara a recuperarse, y para sí mismo se hizo la promesa firme de cumplir, en cuanto le fuera posible. Aunque el abate no pudiera trabajar mucho, continuarían los dos. Todos los días siguió trabajando en el túnel y el abate recogía los residuos y los arrastraba hasta un hueco por donde los dejaban rodar... así pasaron dos meses largos.

Pero llegó el día temido... faltaba una hora para la comida cuando el abate se desplomó y gritó del dolor. Edmón que estaba con él los sostuvo y lo puso sobre la cama. Sacó el frasco, el abate le dijo: "Cuando me veas co..mo mu..mu erto dame quin..ce got..as a ve.e.er.. al cua..rto de hora si no des..pier..to, me das todo el res..to, pero no te ilu..sio..nes... y no te ol..vi..des de la isla de Montecristo.."... Las últimas palabras las dijo completas y fueron sus últimas palabras. No reaccionó con las quince gotas primeras ni tampoco con el resto de la medicina. Cuando iba a ser la hora de la visita del carcelero, Edmón disimuló todo lo que pudiera mostrar el trabajo que habían hecho y se subió, acomodando a su salida la loza del hueco. Esperó al carcelero que pasó primero por su celda. Edmón empezó a comer pero no pudo tragar nada. Estaba angustiadísimo y muy muy triste. Su amigo, hermano y maestro, había muerto en sus brazos. No tenía duda. Apenas el carcelero salió, él se arrimó a la pared para escuchar lo que pasara abajo. Oyó cómo el carcelero llamaba al abate y luego la carrera y la subida rápida a buscar ayuda. Edmón se bajó hasta el túnel y ahí se quedó, sin mover la piedra que daba la entrada a la celda del abate. Por la ranura le llegó la luz de la lámpara que trajeron para que el médico lo examinara y escuchó las palabras y las pruebas que dio el mismo médico de que el preso estaba muerto, realmente muerto. Luego acordaron que por la noche lo enterrarían. No podían llamar sacerdote porque el ayudante del párroco que atendía a los presos había salido de viaje, así que lo pondrían en el cementerio en una buena lona, la más nueva que tuvieran, por el respeto que todos sentían por él. Quedaron en que el entierro sería a las diez de la noche. Se despidieron y salieron

el médico y el director de la cárcel. Se quedaron los dos carceleros para 'amortajar al muerto'

Edmón se quedó en donde estaba mientras los dos carceleros salieron a buscar la lona, una parihuela de madera y unas cuerdas. Pronto volvieron. Estiraron la lona que realmente era una bolsa y metieron en ella al abate. Luego cerraron el extremo abierto con una aguja y un hilo que quedó ahí colgando.. Pusieron la bolsa con el cuerpo sobre la parihuela, dejaron todo listo y se fueron.

Edmón salió de su escondite para despedirse de su amigo y compañero, y pensar un rato... "yo le dije que sin él yo no me iba de aquí", repitió sus propias palabras..y "pues ahora me debería ir con él", y volvió a pensar en cómo morirse ahí mismo... pero el remedio del abate que sin duda era un veneno, se había acabado, entonces... "si me metiera en la misma bolsa pues nos enterrarían a los dos"...¡No! se darán cuenta , además no cabemos los dos", luego reflexionó así: "Y si lo dejo en mi cama y yo me hago enterrar...", "...seguro mañana, cuando se den cuenta lo enterrarán a él también"... "Tal vez yo pueda salirme de la tumba esta noche si no rompen mi cabeza con piedras", y entonces, "pues, ¡me arriesgo!" y, tomada la resolución, comenzó de una vez a realizarla.

Para sacar el cuerpo del abate cortó en la lona un tramo por donde él se pudiera meter. Sacó por esa misma abertura el cuerpo y se subió cuidadosamente con él. Lo puso en su propia cama de la celda 34, mirando hacia la pared y lo cubrió con su manta. Se desnudó él y dejó su ropa debajo de la cama. Luego salió cuidadosamente, arrimó desde abajo la cama contra la pared, puso la tapa alta del túnel y se deslizó

hasta la celda 27. Se metió en la bolsa llevando en su mano, bien amarrado pero con suficiente cuerda para manejarlo, el cuchillo del abate y desde adentro cosió la bolsa con la misma aguja con la que los carceleros habían cosido la boca del saco y ahí se quedó quieto, en espera de lo desconocido...

La fuga

Llegadas las diez de la noche volvieron los carceleros. El director no se molestó en ir al entierro sino que se fue a dormir a su vivienda.

Sin muchos protocolos, el más alto de los dos carceleros, quien iría adelante, tomó la parihuela por el extremo de los pies y el otro por el de la cabeza y salieron al pasillo. Luego, con comentarios sobre el peso del muerto y la buena alimentación de la cárcel y cosas por el estilo llegaron a un punto en donde se detuvieron para abrir una puerta. Edmón sintió el aire fresco de la noche y el olor del mar. Comenzaron a bajar por un camino empinado. El que iba adelante llevaba ese extremo un poco alto y el de atrás algo más bajo para que no se deslizará el saco sobre la parihuela. Luego hablaron de un "lastre". Edmón pensó en qué clase de lastre se necesita para un entierro y se le ocurrió que eran las piedras con las que lo cubrirían... "ahí será que muero seguramente"... "ojalá tenga suerte y no me dejen inválido y me pueda salir..." en ese momento sintió que ponían algo pesado junto a sus pies y que amarraban los dos pies con una cuerda apretada.... luego pensó en Dios y en que el abate seguramente estaría ya en el cielo y le dijo en su corazón a Dios: "gracias Dios por el amigo que me diste. Si muero ahora, espero me perdones y me permitas reunirme con él... si no muero te prometo vivir según él me enseñó sobre cómo es

que Tú quieres que vivamos...".. esta oración lo tranquilizó completamente. Un par de minutos después oyó que el de atrás decía al otro: "dale más adelante, no sea que nos pase como la vez aquella que se nos quedó enredado en los matorrales..." y Edmón no pudo imaginarse por qué una tumba con matorrales... Los hombres pararon y pusieron la parihuela en el suelo. Enseguida, simultáneamente agarraron la bolsa, cada uno su lado con una mano en cada punta, la levantaron y comenzaron mecerla con fuerza. Cuando ya tenía buen impulso y Edmón se estaba mareando, comenzaron el conteo: ¡UNO!..¡DOS! .. y.. ¡TRES!.. y en ese momento Edmón sintió que volaba un instante y luego que caía a gran velocidad hasta que entró, completamente de pie, en el agua muy fría del Mediterráneo y no pudo evitar un tremendo grito que salió de sus pulmones. Sentía que bajaba mucho mientras cortaba la tela e intentaba salir pero sus pies estaban atados al lastre con una cuerda gruesa y le costó mucho trabajo agacharse y cortar esa cuerda porque ya sus pulmones estaban sin aire. Finalmente lo logró y subió, subió ... hasta que sacó la cabeza. Respiró y la volvió a hundir porque estaba seguro de que su grito tuvo que ser escuchado y que estarían vigilando con catalejos toda la superficie. Comenzó a nadar aprovechando las crestas de las olas para sacar la cabeza, respirar y tratar de orientarse. No veía nada. La noche se puso completamente negra debido a terribles nubes de tormenta que cubrieron la luna. Muchos relámpagos iluminaban un instante y se apagaban enseguida. Llovía a torrentes. Gracias a la experiencia de la vida en un calabozo, los ojos de Edmón pudieron distinguir algo más oscuro que se acercaba mientras el oleaje lo zarandeaba como a una cáscara. De pronto uno de sus pies chocó con algo muy

duro y al levantar el otro pie se dio un buen golpe. Entonces se agachó a ver de qué se trataba y se encontró con una roca. "¡tierra!, ¡tierra!", gritó emocionado. Sin duda nadie le podría escuchar porque ninguna tierra estaba tan cerca de la isla del castillo de If. Con cuidado, adelantando las manos, fue buscando por dónde subir y así escaló una ladera de solo piedras hasta un punto al cual no llegaban las olas. Ahí se sentó a descansar. Estaba agotadísimo pero tenía que permanecer despierto. Se paró a caminar por lo que parecía ser un terreno plano de algo más de un par de metros cuadrados, miró hacia todos lados pero no divisó la luz que había visto en la torre de If cuando él salió a la superficie del mar. Le era imposible orientarse. Las nubes dejaron pasar la luz de la luna, pero el viento seguía encrespando el mar y levantando olas gigantescas contra las rocas. Entonces encontró un gorro frigio en un pedazo de madera de alguna embarcación que había chocado contra el peñasco. Se lo puso y continuó sus vueltas incesantes para vislumbrar cualquier cosa que pudiera servirle. En esas vió claramente una barca que venía directo hacia las rocas: el viento era tremendo, la vela estaba desplegada y los tres hombres cuyas siluetas divisaba no lograban dominar ni la vela ni la barca e iban a perecer sin ninguna duda. Él no podía acercarse ni ser de ninguna ayuda. El viento era demasiado fuerte, no tenía una cuerda ni había ningún árbol o poste para amarrarla en el caso de que los marineros trajeran la cuerda y logran lanzarla hasta él. Pensó que para ellos era mejor que no lo vieran porque se sentirían mucho peor. Pero no se podía hacer nada. Ni tampoco ellos podían tirarse al mar porque sería clavarse de cabeza con tremendo impulso, entre las piedras. Un momento después ya no los vio. La barca se acababa de

romper completamente ...solo quedaban algunos trozos de madera que sin duda se perderían con la siguiente ola. Seguramente el agua se llevó a los hombres. Finalmente paró la tormenta. El cielo comenzaba a despejarse y la aurora que se iniciaba lo orientó completamente. Así supo en qué peñasco se encontraba. Allí nadie lo vería. Entonces rápidamente bajó hasta alcanzar un pedazo de madera, se abrazó a él y se echó al mar en dirección hacia el paso de las rutas utilizadas en esa región por los barcos. Estaba feliz, muy feliz de estar vivo y libre, aunque terriblemente cansado y hambriento.

Al rato vio una embarcación que entraba en la zona. Con el gorro en la mano comenzó a hacer señas sin parar hasta que oyó el grito de un marinero. Siguió haciendo movimientos y el pequeño barco enfiló hacia él. Uno de los tripulantes se tiró al agua con una cuerda para ayudarlo y así, medio arrastrado porque la debilidad le hacía imposible nadar, llegó y fue izado desde arriba por los que estaban en el puente. En ese momento el sol salía y Edmón pensó que era la hora en que el carcelero entraría a su celda con el desayuno. No tardaría mucho en reconocer que no era él quien dormía en la cama.

Los del barco le preguntaron quién era y de donde venía. Él mostró los despojos de la barca de pescadores y les dijo que los otros no habían logrado salvarse. El marinero que lo ayudó a salir le alcanzó su propia manta para que se envolviera. Además le dio un trozo de pan de su desayuno y una taza con agua. Cuando se secó un poco, todos notaron el pelo como de un metro de largo y la tremenda barba de Edmón y le preguntaron por qué?. Él se apresuró a decirles que había hecho un voto a "la Virgen del niño que llora",

imagen muy venerada en su pueblo, por allá en los Pirineos, de no cortarse el pelo ni la barba por diez años, y que ese plazo se cumpliría en dos días. Perfecta explicación contra la cual nadie, y menos la gente de mar, pondría nunca objeciones. Se sentó pues agotado, apoyando su espalda en el palo mayor y comenzó a morder el pan y a beber el agua con una tranquilidad inmensa. En esas, en If dieron la alarma: los cañonazos que anunciaban la fuga de un preso..., pero Edmón siguió tan tranquilo con su pan, como si nada. El capitán del barco lo miró mejor y se dijo para sus adentros: "pues preferible si es un fugitivo que si es un gendarme disfrazado, esperemos a ver qué hace..."

Edmón, ya restablecido entró en acción. "¿Hacia dónde se dirigen?" preguntó al capitán. "Vamos para Livorno y ojalá lleguemos a la entrada antes que los gendarmes de If", dijo el capitán.

"Yo conozco una entrada diferente por la que no pasan los gendarmes casi nunca: les da pereza el cuidado con el que hay que maniobrar a la llegada", le explicó Edmón. El capitán se interesó y le preguntó: " y usted ¿podría dirigirnos hacia esa entrada?"

"Con gusto", respondió Edmón. El capitán le cedió su lugar frente al timón y con un gesto dio orden a los marineros de obedecer. Edmón preguntó a su amigo Jacobo, el dueño de la manta, que si tenía un pantalón y una camisa que le prestara mientras él ganaba algún dinero y podía comprarse ropa. Jacobo los trajo enseguida y así Edmón volvió a su oficio con toda la responsabilidad y conocimiento que eran sus armas. Todos obedecieron las órdenes relativas a las velas y movimientos de modo que, antes de que alguna de las

embarcaciones de If se acercara a los límites para impedir el paso, el pequeño barco de contrabandistas entraba en Livorno.

Edmón solicitó al capitán le prestara dinero que él le pagaría con trabajo, si tenía a bien emplearlo aunque fuera por un tiempo corto. El capitán sin dudarlo le dio el dinero necesario y Edmón se dirigió antes de nada a una barbería de esa ciudad que había conocido en su juventud. Habían pasado catorce años desde el día de su entrada a If. Después de mirar su cara y reconocerse en un espejo, iría a comprar ropa de marinero.

Cuando el barbero terminó y Edmón se miró al espejo, vio frente a sí una cara interesante pero muy diferente de la que conocía como suya. La expresión de los ojos tenía algo como de viejo, como de sombra, como de tristeza... "de todos modos, nadie me reconocerá. Me veo y soy muy diferente del muchacho que era cuando tenía diecinueve años,..." ahora soy italiano y mi nombre es Antonio Pellerini.

Después de la entrega de las mercancías que traían y de recibir las nuevas, salieron con otro rumbo. Por el camino se efectuó el acuerdo de trabajo por el año que corría que iba por el día dos de febrero. Sin nombrar la palabra 'contrabando', el capitán le explicó que su trabajo como dueño de la 'Dolce Alicia' consistía en el intercambio de mercancías que pasaban sin los sellos legales, tráfico que era posible en esa época de turbulencia política y que dejaba ganancias suficientes para que los hombres y sus familias pudieran vivir. Así pasó el primer mes del trabajo de Antonio, recorriendo sitios alejados de los puertos franceses y recibiendo su parte de ganancia en cada transacción. Llegó el

día de viajar a Marsella. Al llegar, Tonio, como le decían sus compañeros, todos de acuerdo con el nombre aunque seguros de que no era el verdadero, llamó aparte a su amigo Jacobo y le pidió confidencialmente que averiguara en Marsella por el señor Luis Dantés en la dirección que iba en el pequeño trozo de papel que le entregó. Que solamente preguntara si seguía viviendo en ese lugar e inventara algo si alguien quería saber porqué. Le dijo además que ese señor debía tener unos setenta años más o menos, añadiendo que él, Antonio, y su familia tenían desde hacía mucho tiempo, una deuda de gratitud y de dinero con el señor Dantés, pero que antes de ir a visitarlo quería saber cómo se encontraba pues llevaban varios años sin verse.

Jacobo regresó esa misma tarde y en cuanto se presentó la ocasión de hablar con Antonio sin que los demás lo notaran le dijo que las noticias eran malas: El señor había muerto hacía ya cinco o seis años. Jacobo vio la tristeza inmensa de su amigo y lo reconfortó con un apretón de manos lleno de afecto. No preguntó nada al respecto y asumió que era un asunto que a nadie más le importaba.

Edmón por su parte, se refugió en una vieja fonda que conocía en el puerto y allí pasó los dos días que estuvieron en Marsella. Al salir, llevaba la determinación de mantenerse alejado, trabajando con su nombre italiano en la 'Dolce Alicia', hasta finalizar el contrato. En ese momento vería qué hacer. Pensó que solamente después de terminar su contrato actual intentaría la búsqueda en 'la isla de Montecristo', aunque no estaba en absoluto convencido de la realidad del tal tesoro, pero su promesa al único amigo verdadero que había tenido, aparte de su padre, era algo que cumpliría sin

duda, aunque cumplirla representara el más inútil y difícil de todos los esfuerzos.

Habiendo muerto su padre y su gran amigo y maestro, Edmón se dedicaría a la familia que la vida le fuera poniendo delante. De momento los miembros de la tripulación de la Dolce Alicia, que lo habían salvado de morir y lo trataban como a un hermano, formaban su familia y con ellos compartiría, como mínimo, hasta finalizar el año,...

Antonio Pellerini siendo realmente un hombre culto de 33 años de edad, enfrentaba la vida sonriente y optimista como si fuera un muchacho que apenas comenzaba. Amó mucho ser un tripulante pobre y feliz de la Dolce Alicia durante todo un año. Durante ese año se enteró de que la Isla de Montecristo era una isla italiana, perteneciente al gobierno, completamente desértica, con un monte de piedras enorme hacia el Este. No existía ningún sitio cubierto en donde se pudiera pasar la noche, porque no tenía cuevas ni árboles. El piso cubierto de piedras, solamente dejaba crecer matorrales espinosos de los cuales se alimentaban las cabras que la poblaban. Era un buen lugar para reuniones de contrabandistas que intercambiaban productos, porque tenía una buena ensenada en donde podían llegar las barcas. También era conocida por los gendarmes que buscaban a los contrabandistas. Por eso siempre era necesario tener un vigía que avisara cuando aparecía en el horizonte un barco sospechoso de traer a los uniformados...

Tonio pensaba que después de terminar su contrato, volvería para cumplir la promesa hecha al abate y buscar el tesoro, del cual no estaba seguro, más bien estaba casi seguro de que no

existía tal tesoro, pero cumplir esa promesa era un deber sagrado para él.

Edmón sabía muy bien que el tesoro de la libertad, el amor y el compañerismo es más grande que todas las montañas de oro que casi siempre arruinan la alegría de vivir, tanto en quienes las poseen como en quienes solamente viven para desearlas.

Fin de la Primera parte

SEGUNDA PARTE

LA ISLA DE MONTECRISTO

Planes

Tonio se despidió de sus compañeros y amigos de la Dolce Alicia, en Marsella. Les dijo que quería volver a Italia para buscar a un viejo amigo quien podría informarle sobre los pocos parientes que le quedaban y a recorrer por un par de meses su tierra natal.

En una breve conversación aparte, Tonio y Jacobo se comprometieron a encontrarse dos meses después, el quince de abril, al anochecer en esa misma fonda de Marsella. Con un fuerte apretón de manos, se separaron.

Los ahorros del año debían alcanzar a Edmón para viajar a Livorno, comprar una barca y algunas herramientas y provisiones e ir en ella a la isla de Montecristo, seguir las instrucciones que tenía grabadas en su cabeza y que había consignado en un cuaderno de forma que aparentara una curiosidad de tipo infantil o un mal ejercicio de caligrafía, y volver a Marsella. Éste era el plan principal, dado que el final con mayor posibilidad de tal trabajo sería confirmar la no-existencia de tesoro alguno.

Tenía que llevar pensado qué haría en caso de que mientras estuviera en la isla llegaran contrabandistas o gendarmes...

Esa tarde, contrató en la posada un cuarto para pasar la noche y se enteró de las posibilidades de viajar a Livorno. Lo más probable, una hora antes del mediodía, de acuerdo con el nivel de la marea, encontraría algún cupo en un barco de los que muy frecuentemente hacían tal recorrido. Una vez informado, pidió algo de comer y se sentó en plan de escuchar los chismes.

No pasó mucho tiempo antes de oír en una de las mesas más cercanas a cuatro hombres que hablaban del señor Morrel y su familia y su situación tan difícil. Alguien decía que "de puro bueno, no ve que esos amigos que tiene, son sus peores enemigos..." y la conversación se centraba en que dos barcos de su empresa habían naufragado y que las deudas lo estaban poniendo contra el suelo, y que su única esperanza era 'el Faraón' que debía haber llegado ya, pero que nada que se avistaba, ni en los puertos anteriores tampoco se tenían noticias. ... que si ese barco fracasaba, el pobre Morrel tendría que declararse en bancarrota y eso lo hundiría a él y a su familia....

Edmón, al oírlos recordó la explicación del abate Faría el primer día que se vieron cuando le explicó que esos señores lo que buscaban era hundir a Morrel, que por eso arreglaron de modo que el capitán del barco en ese viaje fatal fuera un joven, él Edmond Dantés, sin experiencia en la política ni desconfianza frente a señores aristocráticos y amigos de su patrón, y en ese día, quince años después, él deseó con toda su alma que sí existiera alguna riqueza en la isla, para salvar a su patrón a quien debía tanto.

Temprano estuvo listo y le confirmaron que un barco pequeño salía para Livorno y que le habían separado un lugar porque eran varios los clientes. Antonio Pellerini pagó su cuenta y el transporte y dio una propina al chico que le dijo que él había reservado su pasaje.

En Livorno miró las barcas disponibles y encontró que podría alquilar, por uno o dos días, una que estaba en buenas condiciones. Enseguida hizo el trato y pagó por adelantado los dos días. La dejó recomendada a un chiquillo, mientras 'voy a comprar algo de comida', y al cabo de media hora regresó con sus aprestos y un envoltorio de arroz con carne para el cuidador, a lo cual añadió una moneda. El chico se fue muy feliz con su almuerzo y su pago. Edmón recordó su infancia cuando él llevaba todos los centavos a su madre... y sonrió dulce y tristemente.

Revisó bien la barca, acomodó las herramientas que consistían en una pala y una barra, por si había que romper alguna piedra, un balde y una taza para el agua. También su cuchillo y las provisiones que incluían una botella de agua, fósforos y dos velas de cera, además de sus ropas y la manta para dormir.

Miró el cielo y el mar y consideró que en dos horas podría llegar a la Isla de Montecristo y, si tenía suerte, en el transcurso de la tarde encontraría el sitio y sabría la verdad.

Casi en el momento exacto del mediodía, Antonio Pellerini salió de Livorno sintiéndose fuerte y capaz de enfrentar el futuro, como quiera que tal futuro resultase. La barca contaba con una vela y dos remos. El viento contra la vela extendida, comenzó a impulsarla con suavidad y el remo con la pericia del piloto la dirigía firme y acertadamente bajo un sol radiante.

La búsqueda

A media tarde, Tonio vio la isla y guió la barca para entrar en la ensenada conocida. No había señales de gente ni embarcación alguna por ese lado. Tampoco encontró restos de fogatas recientes.

Se sentó en la playa para comer y mirar el paisaje. Pensó en lo bueno y en lo malo que podría suceder y decidió que llevaría consigo todas sus cosas y escondería un remo, como precaución por si alguien resolviera salir en la barca con buenas o malas intenciones. No podía calcular cuánto tiempo le tomaría llegar al punto más alto, cercano al sitio que tenía en mente. Desde ese punto podría estimar la posibilidad de verse sorprendido sin tiempo para regresar a la playa.

Así, simplemente echó a andar hacia el Este. Pronto comenzó a subir el terreno y las piedras eran más grandes y completamente fijas. Llevaba una media hora observando y caminando cuando comenzó a distinguir una señales no naturales en las piedras sobresalientes, eran unas rayaduras

practicadas con una punta dura, muy seguramente metálica, siempre apuntando en la misma dirección. Entonces aceleró el paso cuanto le fue posible sin perder de vista las señales que marcaban un camino en subida. De pronto esas señales terminaron. Edmón se devolvió unos pasos hasta la última y nada indicaba nada. Entonces aprovechó para mirar al mar, que se le aparecía totalmente solitario hasta donde alcanzaba la vista. La montaña le impedía ver el emplazamiento de la playa en donde había dejado la barca, pero era imposible que en tan corto tiempo alguna embarcación pudiera haber llegado desde el horizonte hasta ese punto.

Tranquilo por ese lado, volvió a repasar las palabras del testamento del Cardenal. Él hablaba de dos cámaras. Edmón no había encontrado nada que pudiera llamarse con ese nombre. Dio una vuelta al escaso espacio antes de continuar la subida y observó una piedra más grande que las otras, completamente fija al piso, sin dejar ningún espacio ni grieta en su base. "Si existe una entrada, tiene que estar debajo de esta piedra", se dijo. Con la barra comenzó a escarbar contra la base de la piedra y fue cayendo tierra suelta, además terrones duros formados por tierra y pequeñas piedras, y así, poco a poco llegó a un punto en donde la punta de la barra que le servía para despejar el borde, se hundió y una grieta quedó al descubierto. Pronto se dio cuenta de que realmente la piedra cubría una abertura.

Antes de intentar moverla quiso hacerse una idea de cómo la había podido ubicar en ese sitio la persona que quiso cubrir la entrada. Finalmente Tonio sacó en conclusión que el lugar original de la piedra era un pequeño plano inmediato a un costado de su situación actual. Entonces se trataba de hacer

que la piedra cayera sobre el costado de ese lado que, coherentemente, era más plano que el resto de la superficie. Empujando directamente no logró nada. Limpió pacientemente todo el resto del borde y entonces, haciendo palanca con la barra logró algo de movimiento.

Finalmente la piedra se acostó suavemente sobre el costado plano y dejó al descubierto una abertura casi semicircular sobre un espacio vacío y oscuro aunque no totalmente negro. Pequeños puntos de luz se apreciaban abajo, desde esa boca; seguramente eran los terminales en piedras grandes, de fisuras que llegaban desde el exterior.

Salieron innumerables insectos de muchas clases y tamaños. Tonio esperó a que se despejara la entrada y trató de reconocer cómo era esa bajada. Deslizándose suavemente la pala, supo que no era una caída repentina sino una pendiente más pronunciada que la de la superficie exterior pero perfectamente posible de recorrer con pasos cortos y mucho cuidado porque no podía ver el fondo.

Nada de locura

Tonio encendió una de las velas de cera que llevaba y apoyándose en la barra empezó a bajar.

Mientras hacía lentamente ese recorrido recordaba que el testamento decía: "en el extremo opuesto a la entrada de la primera, está la segunda cámara de la cueva y en ella contra la pared terminal, enterrado en el piso reposa el cofre"... en el cual se encontraban los valores que constituían la herencia para su muy amado sobrino.

Tardó un poco tanteando la pared de la cueva hasta que encontró una hendedura que pudo ampliar y finalmente descubrir la piedra incrustada que cerraba la segunda cámara. Con cuidado de no apagar la vela, retiró la piedra y recibió una buena luz alta procedente del exterior por ese lado. Entonces con la pala comenzó a tantear el terreno y a sacar paladas de tierra, hasta tropezar con un objeto metálico. Era una caja, que medida en centímetros tenía unos treinta por cincuenta de base por veinte de altura según el cálculo de Antonio, con tapa y un candado. Con la punta de la barra hizo saltar el soporte del candado y con mano temblorosa abrió la caja. Sus ojos vieron entonces claramente tres compartimientos casi completamente llenos: uno de piedras preciosas sueltas, otro de monedas de oro y un tercero contenía seis bloques de oro. Trató de levantar la caja pero pesaba demasiado, así que decidió llevarse un buen puñado de piedras en su bolsa, cerrar todo y salir cuidando de volver la piedra de la entrada a su lugar, apretar la tierra contra el borde inferior de la misma y comenzar a recorrer en reversa sus pisadas para borrar todas sus huellas en el camino. Fue en este recorrido, mirando hacia abajo y hacia el interior de la isla, que descubrió entre paredes naturales de piedra, una entrada angosta del mar por ese lado, entrada invisible desde cualquier barco que navegara por la ruta establecida, pero en la cual cabía una embarcación de dimensiones medianas. Decidió, si la marea estaba en buen punto, ir hasta allá en la barca antes de poner rumbo a Livorno. Buscó un buen lugar para esconder la pala y la barra a fin de tenerlas cerca, sobre todo si podía llegar por ese lado en la siguiente ocasión.

Cuando llegó a la playa, encontró todo como lo había dejado. Sin pensarlo dos veces, recogió el remo escondido, subió a la

barca, tomó del agua potable que llevaba en el balde y comió un pedazo de pan con jamón que había guardado para la cena. Luego se desnudó cuidando de poner su pantalón de forma que no fuera a salirse ninguna piedra y se dio un baño corto y agradable. Pensaba en tener una apariencia aceptable al llegar a Livorno, así buscó la mejor muda entre sus pertenencias y se cambió, acomodando enseguida su riqueza en el nuevo bolsillo. Hecho esto subió y enfiló remando hacia la entrada del mar cercana a la cueva que había visto desde arriba. No fue muy fácil porque con la mínima marea de ese momento el mar tenía poca profundidad y el piso en ese lado de la isla era pura roca, pero sí le quedó muy claro que existía ese lugar en donde ocultar una barca. Salió de ahí directamente al mar, abrió la vela y comenzó a remar con muchos ánimos, bendiciendo a su maestro y bendiciendo también la tontería de quienes no le creyeron. Si le hubieran creído, muy posiblemente le habrían dado muerte una vez llegados hasta el tesoro.

En Livorno mandó al chico de la mañana a buscar al dueño para decirle que ahí le dejaba la barca, que le había servido muy bien. Añadió una moneda para el mandadero y caminó en plan de vender algunas piedras.

Encontró una casa comercial e inventó que había vendido una propiedad muy importante y le habían pagado con esas piedras, pero necesitaba efectivo. El Director mismo se presentó y muy respetuosamente agradeció al señor Pellerini el que hubiera escogido su casa para esa transacción. Llamado el experto, miró una por una las piedras y fue dando el valor mínimo de la misma en el mercado. Se hizo el negocio con los correspondientes comprobantes y Tonio salió

con un cheque de esa casa comercial por una suma desorbitante en relación con las cantidades de los dineros que él había tenido oportunidad de conocer o de imaginar, así fuera de lejos.

Datos sobre Morrel

Entonces Tonio quiso saber si los males económicos de Morrel se conocían en Livorno. Entró en un Banco y preguntó si la Casa Morrel de Marsella tenía cuenta en ese banco. El encargado lo hizo seguir y le preguntó qué deseaba saber y por qué. Él dijo que quería pagar una deuda al señor Morrel y no tenía tiempo de ir a Marsella, por eso si podía consignar en un banco de Livorno, pues sería una forma de cumplir a tiempo.

Al escuchar eso, el encargado mandó llamar al Gerente. El Gerente le dijo que claro que podía hacerlo, porque el señor Morrel estaba en rojo con el Banco y faltaban pocos días para el vencimiento del último plazo. De modo que un abono a la cuenta, ayudaría para que el Banco pospusiera algún tiempo la acción final. Tonio quiso saber cuál era esa deuda. Al conocerla hizo un gesto de poco interés y simplemente dijo: "El señor Morrel fue en un tiempo un gran cliente mío y a la vez yo me hice cliente de él. Por eso, voy a pagar esa deuda completa y ustedes me dan un recibo que yo, dentro de un par de meses, cuando llegue a Marsella, negociaré directamente con él".

El Gerente se deshacía en agradecimientos y Tonio salió de ahí con el recibo del pago a Morrel, con una cuenta bancaria a su propio nombre y con un saldo en dinero para los siguientes pasos... "Esas piedras son equivalentes al pago de

los catorce años de cárcel, si hubiera trabajado todo ese tiempo en la Dolce Alicia"... se dijo sonriendo con tristeza después de hacer el cálculo. Enseguida buscó un hotel.

Se refrescó un poco, y salió a comprar ropa nueva y a buscar al peluquero que ya conocía de sus tiempos de contrabandista.

El abate lo había educado realmente para la sociedad. Antonio no titubeó sobre cuál era la ropa que necesitaría ordinariamente y cuál la que debía tener para ocasiones especiales. Así que al acostarse, en el armario del cuarto estaban disponibles ropas corrientes de hombre de mar, ropas sobrias de hombre de negocios, ropas elegantes de aristócrata.

El paso siguiente fue averiguar sobre el buque 'El Faraón'.

El asunto era gravísimo. El buque estaba en un puerto de la India a punto de hundirse cargado de especias, de telas orientales, de toda clase de productos de gran demanda en Europa, cargamento que representaba todo el capital, capital que realmente todo era en sí mismo deuda del señor Morrel. Si el buque fracasaba...

A la mañana siguiente, Tonio empezó por ir al puerto a preguntar si alguien sabía de alguna empresa que pudiera hacer un viaje pagado para traer mercancías de Oriente que estaban en un buque muy averiado. Le recomendaron un empresario de apellido Santoro. Antonio llegó rápidamente a la casa que le habían indicado, en la cual al ser avisado por el portero, un señor muy cortés saludó a Antonio y se presentó a sí mismo como Domenico Santoro, añadiendo que se ponía a

sus órdenes. Cuando supo que se trataba de 'El Faraón', miró a Tonio muy desconcertado:

"¿Puedo saber por qué usted está interesado en ese transporte?"

Tonio le contestó que él era el mayor destinatario de esas mercancías. Acababa de pagarlas y las estaba necesitando en Marsella. El empresario le ofreció hacer todas las averiguaciones posibles y, con ayuda del telégrafo, le tendría la razón al día siguiente. Tonio le dejó como respaldo propio su número de cuenta en el Banco, añadiendo que acababa de llegar en plan de hacer llegar a destino esa mercancía.

El día siguiente, el empresario Santoro le dijo que de momento había conseguido una empresa subsidiaria de la suya en India, que ese mismo día bajaría a sus almacenes todo el cargamento de El Faraón antes de que se hundieran con todo y el barco y que hospedarían a la tripulación mientras un barco que tenían disponible salía del armador que estaba haciendo reparaciones importantes. Eso sería en cinco o seis días.

Tonio preguntó por los costos de esos servicios, el empresario llamó a su Secretaria y los tres hablaron. Finalmente Tonio sacó en conclusión que Santoro estimaba a Morrel y por alguna razón parecía estar esperando a alguien que lo apoyara... se dijo: "es otra vez, como si los enemigos estuvieran del lado del hundimiento y este empresario del otro... ah!, el abate cómo entendía esos tejemanejes de la política y el dinero!...", así que una vez conocidos los costos totales, extendió un cheque por la mitad del total a favor de la empresa Santoro y lo entregó contra un recibo firmado y el

compromiso formal de tener en Marsella el barco completo antes del cinco de abril, fecha en la cual pagaría la otra mitad.

Pidió además que si fuera posible, de modo provisional, el barco llevara como título visible 'El Faraón', bien podía ser con una leyenda de que se trataba de un reemplazo temporal. Además pidió a Santoro que informara al señor Morrel la fecha en la cual llegaría el barco y los tratos hechos entre su empresa y un cliente de Livorno. Era mejor así. Hechos sin muchas palabras ni muchos nombres. El empresario estuvo totalmente de acuerdo y demostró una verdadera emoción de colaborar en el salvamento de la empresa Morrel.

Tonio estuvo por el puerto preguntando por barcos en venta. Pensaba en un barco para él y quería saber cuánto podría costarle.

Vio unos cuatro de la capacidad apropiada, pero no se decidía por ninguno pues algo no funcionaba en cada uno. Entonces le dijeron que el mejor lugar para conseguir un barco nuevo era Génova. Allá sin duda estaban los mejores astilleros. Así que, al día siguiente de su entrevista y trato con el empresario que traería la carga y tripulación del Faraón, Antonio Pellerini se embarcó rumbo a Génova en el primer barco que pasó en tal dirección. Dejó su cuarto de hotel reservado y se fue con poco equipaje.

Génova le pareció fantástica ciudad para los marinos del mundo entero. Visitó varios armadores y, finalmente, se entusiasmó mucho con uno que acababa de terminar dos barcos de tamaño mediano, uno de los cuales ya estaba vendido. Entonces sin titubeos, compró el otro y pidió algunas mejoras en la cabina del piloto, entre ellas un armario

macizo de madera muy dura y fina, de tamaño mediano, empotrado en la pared de la cabina de mando, que pudiera servir de escritorio y tuviera un espacio de seguridad especial con tres divisiones, en un compartimiento secreto al fondo, y tres gavetas al frente con cerraduras de seguridad para los documentos y otros asuntos de mucho cuidado. El armador se comprometió a tenerlo para cuatro días después. Tonio dedicó los cuatro días a caminar por la ciudad, a aprender de su historia y de sus costumbres y a navegar por las cercanías. Finalmente quiso saber sobre el tema de la aristocracia europea, en particular la italiana y cómo alguien llegaba a pertenecer a ella.

Recordaba que el abate le habló de eso, como instruyéndolo para que no cometiera errores en el trato, errores que podrían impedirle progresar en algo que emprendiera y tuviera que ver con personas de tales niveles. Realmente le divirtió el tema. A ratos se encontraba con alguien muy apasionado por la pureza de la sangre familiar de los aristócratas, otras veces alguien muy defraudado por miembros de esa altura, despotricaba contra todo lo que olía a nobleza, aristocracia, clases elevadas..., etc.

Así, el quinto día Tonio pagó y recibió su barco. Decidió llamarlo 'La Aurora'. Tal nombre le sería pintado en Livorno, al regreso de la isla. Después de mirar el estado del mar, del viento, de las nubes y de la marea, y provisto con los elementos básicos, salió directamente para la Isla de Montecristo.

De nuevo pudo llegar a la ensenada sin que ningún humano apareciera por ahí. Decidió esperar la marea plena para dar la

vuelta e intentar entrar en el espacio que había descubierto, cerca de la gruta escondida.

Lo logró sin dificultades y entonces saltó a tierra y después de localizarlas en el escondite, entró con las herramientas, más una fuerte y larga cuerda que traía desde Génova. Le fue fácil abrir dentro de la cueva un camino para la caja que, previamente bien amarrada, pudo arrastrar con la cuerda, hasta llegar a la boca de entrada. Salió, ató la cuerda a una piedra grande más alejada y con ayuda de la barra y sucesivos nudos en la cuerda, la fue levantando hasta que finalmente la sacó a la superficie exterior..

Para el trayecto casi vertical entre el borde en donde se encontraba y el puente del barco, la misma barra y la misma cuerda le ayudaron a conservar el dominio de la caja dejándola resbalar lentamente hasta que estuvo sobre el puente del barco. Cuando la caja estuvo quieta sobre su barco, Tonio volvió a la cueva, recogió la pala y volvió a poner las piedras en las dos entradas. Bajó a su puesto en La Aurora y maniobró lentamente hasta salir a mar abierto. Entonces dejó el timón. Con rapidez abrió la caja y depositó el tesoro en el compartimiento secreto del mueble de la cabina de mando, con orden y precisión. Cerró el compartimiento, llevó las gavetas a su sitio y finalmente, envió la caja vacía al fondo del mar.

Así llegó a Livorno. Ancló cerca del muelle. El chiquillo cuidador de nombre Guido llegó muy emocionado cuando vio el barco. Tonio le recomendó que lo cuidara desde lejos pero que no dijera de quién era porque quería dar una sorpresa a su familia. Fue directo al empresario Santoro para saber del Faraón. 'El Faraón' estaba cargando y saldría muy

temprano rumbo a Marsella. El señor Morrel esperaba esa llegada muy animado. Lo había dado todo por perdido y sentía que era un milagro tal regreso. Eso le contó el empresario. Tonio decidió pagar de una vez a Santoro la segunda mitad del acuerdo, alegando que tenía que viajar y podría suceder que la fecha del compromiso lo encontrara en alta mar. El empresario recibió su dinero y se comprometió absolutamente a entregar todo en Marsella. Fue entonces que Tonio preguntó si se podría comprar el barco que reemplazaba al Faraón. Santoro dijo que mejor esperara a verlo cuando llegara. Entonces hablarían.

Un título de nobleza

Tonio estaba más o menos decidido a hacer de Livorno su ciudad de residencia. Entonces pensó en la Isla de Montecristo. ¿Podría vivir en ella?

De momento necesitaba un pasaporte oficial que le permitiera moverse con libertad. Preguntó a Santoro y él le presentó a su propio abogado a quien encargó ayudar al señor Pellerini en lo que pudiera necesitar relativo a identificarse e instalarse en Livorno. El abogado muy amable y conecedor, le indicó la oficina y la persona precisa y totalmente confiable en cuestión de trámites legales. En dos horas Antonio Pellerini obtuvo su pasaporte oficial como ciudadano italiano. Además supo dos cosas interesantes: La primera, que la Isla de Montecristo estaba en venta directa entre el estado italiano y cualquier ciudadano que pagara el precio establecido. La segunda que un ciudadano europeo podía comprar un título nobiliario siempre que hubiera cupos en el rango deseado y

que fuera dueño de una propiedad de extensión igual o mayor que el mínimo establecido para tal título.

Con estos datos, Tonio concluyó que él podría muy bien convertirse en 'Conde de Montecristo', porque la isla cumplía el requisito para un condado y había algunos cupos en ese rango.

Sin meditarlo demasiado, Antonio decidió dar los pasos para llegar a ese nivel encumbrado de la sociedad, pero prefirió no hacerlo como el italiano Antonio Pellerini sino como el francés Adrien Martin, cuyo pasaporte se proponía conseguir en Montpellier antes de comprar la isla y el título de 'Conde'.

Volvió con su amigo Santoro y le habló en forma confidencial de su deseo de ayudar positivamente al empresario Morrel por razones antiguas de las cuales le hablaría en otra ocasión. De momento solamente le dio una versión corta de una herencia que acababa de recibir, aclarándole que de tal herencia él había tenido noticia solamente tres meses antes de conocerlo.

Santoro, habituado a esperar lo inesperado de ese cliente fuera de lo común y que además se comportaba con él como amigo, decidió creer en esa herencia y apoyarlo incondicionalmente.

Antes de viajar a Montpellier y de entrar en el trámite de comprar la isla, Tonio fue al Banco con un respetable paquete de monedas de oro, suficiente para los pagos relacionados con esos asuntos. Les explicó que había vendido propiedades en España y deseaba comprar otras en Italia, porque tenía decidido vivir en adelante en su propia patria. Hecho el depósito, salió en La Aurora rumbo a Montpellier. Con la

experiencia de Livorno, y bajo una apariencia de hombre de mar, no muy culto por cierto, obtuvo con relativa facilidad la información sobre la oficina indicada y los trámites necesarios para obtener un pasaporte francés. No fue tan fácil como con el italiano, pero lo consiguió en tres días. Con el pasaporte francés en su bolsa y continuando bajo la apariencia de un rudo pescador, una vez en Livorno se presentó en la oficina ya conocida para comprar la Isla de Montecristo, como el ciudadano francés Adrien Martin . El encargado le pidió regresara dos días después mientras él obtenía el informe sobre el precio de la isla. Al preguntarle por qué quería comprarla si solamente era un monte de piedras, Adrien contestó que porque en su oficio de pescador él había pasado muchas veces por ahí y venía ahorrando desde hacía cinco años para comprarla porque le gustaba mucho. El encargado sonrió amablemente, pensando en que para un pescador estaba bien esa isla que no podía producir nada en su suelo porque ni agua dulce tenía.

A los dos días, llegó Adrien con dinero del banco en monedas de diferentes valores, y con su pasaporte francés y su figura de pescador, compró su isla. Salió contento con su título de propiedad en el cual se especificaban todos los datos de la isla, como un pescador que logra semejante meta en su simple vida.

Fue directamente al muelle. Guido estaba cerca y lo saludó.

Le dijo a Guido que iba para Marsella por lo de su trabajo, pero que volvería pronto. Que si llegaba la Dolce Alicia, le dijera al piloto cuyo nombre era Jacobo, que se verían en Marsella.

En Montpellier dejó La Aurora a cargo de un joven que tenía el oficio correspondiente y con ropa y peinado y barba apropiada para un hombre de negocios, llevando su título de propiedad de la Isla de Montecristo, Adrien Martin fue directamente a las oficinas gubernamentales para el trámite de compra de un título nobiliario.

Dado que tal trámite debía hacerse a través de las Oficinas principales en París, la oficina de Montpellier advirtió al señor Adrien Martin que para estar seguro, regresara cuatro semanas más tarde por su título con todas las firmas requeridas, incluida la firma del Rey. El señor Martin aceptó sin ningún problema y, con el dinero que le sobró después de pagar su título, abrió una cuenta bancaria en Montpellier antes de volverse a Marsella.

Una vez en Marsella, al ver a Luis en el muelle, Tonio le lanzó una moneda más grande que las de siempre y el chico tuvo que tirarse al agua para recogerla. Cuando salió feliz con ella, Tonio salía de La Aurora vestido con su ropa común de Antonio Pellerini.

En el transcurso del mes, Antonio Pellerini desempeñó normalmente su trabajo en Marsella y comenzó a interesarse por casas de habitación en Livorno.

Al final del mismo mes, el Conde de Montecristo llegó a la existencia, en la persona de Adrien Martin, ciudadano francés, quien poseía todos los papeles que lo acreditaban como tal. De momento, aparte de él mismo y de su compinche italiano Antonio Pellerini, ningún otro parroquiano de Marsella ni de Livorno sabía de su existencia. Su vida privada y sus negocios comerciales seguirían con su

nombre de pila: Antonio Pellerini y como tal, no deseaba verse vinculado con el nuevo conde.

Llegada de 'El Faraón'

Finalmente, en la semana de Pascua, en los primeros de abril, Santoro informó a su amigo Pellerini que 'El Faraón' llegaría en dos días a Marsella. Que si quería podían ir juntos a esperarlo.

Tonio buscó a Guido, le dio tres monedas por los cuidados que le debía y le encargó de nuevo la vigilancia de La Aurora aunque él tardara en volver. Le dijo que le pagaría una moneda por cada día de cuidarla. Además le aconsejó que le contara a su padre que tenía ese encargo para que él también le ayudara a ratos.

Esa misma tarde salieron en un barco que iba para Marsella en donde nadie sabía del próximo arribo del barco que se consideraba perdido. Tonio invitó a Santoro a un hotel del centro y allí se hospedaron. Según la información del empresario, al amanecer siguiente se avistaría el barco en cuestión, entrando en la bahía.

Tonio pidió a su amigo que escribiera una nota al señor Morrel para informarle, cosa que Santoro hizo con gusto. Tonio llamó a un chico del lugar y le encargó que fuera corriendo y buscara al hijo del señor Morrel y le entregara esa nota de parte del señor Santoro. Que cuando volviera le daría dos monedas.

Avisado Morrel y pagadas las monedas, sobre lo cual Santoro preguntó si estaba seguro de que el chico había entregado el papel, Tonio sonriendo le dijo que 'segurísimo' y añadió: "los

chicos de un puerto son los mandaderos más confiables y además conocen a todo el mundo". Luego se fueron a dormir.

En la madrugada Tonio se levantó primero y se puso de oficio a mirar el mar desde la ventana. Poco después escuchó a Santoro que golpeaba en la puerta. Ambos salieron para el puerto.

Efectivamente, la silueta de un barco se insinuaba sobre un mar resplandeciente y difícil de mirar por el sol naciente que se reflejaba en todas direcciones.

Entonces, Tonio quiso contarle a Santoro de su conocimiento y afecto por el señor Morrel, quien fue un apoyo muy grande para él, pero a quien tuvo que abandonar de forma imprevista para salvar su vida, sin posibilidades de comunicación alguna y por largo tiempo, durante el cual estuvo viviendo escondido en Roma con un tío sacerdote, también en peligro, quien fue su maestro y educador.

El tío murió de un mal hereditario terrible. Antes de morir le dijo que en su gaveta escondida, porque él conocía una gaveta que no se veía desde afuera de la mesa de su tío, estaban sus papeles y su testamento, que los buscara y obtuviera lo que buenamente pudiera con ellos. Tonio le contó a Santoro que apenas murió su tío, él como desesperado, salió de Roma, a pie, en un viaje sin rumbo y sin buscar los papeles mencionados. Se detuvo pensando y continuó agregando detalles de su vida...

Cuando se acordó del testamento de su tío en su viaje sin rumbo, Antonio regresó a Roma, esperó que fuera casi de noche y fue a buscar esos papeles. Entró en la casa que encontró muy revuelta, fue directamente al lugar que nadie

había movido simplemente porque no se distinguía del resto, tomó los papeles y otros que estaban arrugados en el piso y salió como si fuera un limosnero con basura para hacer una fogata y calentarse. Se sentó en un parque a la luz de un farol, estiró los papeles y leyó el testamento que no entendió del todo. Lo metió en su bolsa y enfiló hacia el puerto para ir a Marsella como ayudante de algún pescador, pues tal había sido su oficio cuando era niño. En Marsella, con el pago que llevaba tomó cuarto en una posada barata y volvió a leer el testamento de su tío con mucha atención. Cuando bajó a comer algo, oyó de la mala situación del señor Morrel. Entonces se puso en la tarea de descifrar cuidadosamente ese testamento y se encontró con que su tío le heredaba a él, su sobrino, una herencia que el tío a su vez había recibido diez años antes de un superior eclesiástico muy rico, herencia que estaba detallada con tinta invisible en un papel que parecía quemado. Encontró el papel y pasó un mes completo preguntando por un lado y otro cómo funcionaba la tinta invisible, mientras en otros ratos hacía mandados y ayudaba a los barqueros para ganar centavos. Cuando supo que bastaba calentar un poco el papel para leer lo que tuviera escrito con esa clase de tinta, se encerró en su cuarto de la posada, ahí mismo en Marsella y lo hizo. Supo entonces que había una caja con cosas de valor en algún rincón de un solar de la casa de los antepasados del eclesiástico jefe de su tío, en Roma.

Muy escaso de dinero, otra vez como ayudante del mismo pescador, Tonio llegó hasta el puerto de Roma. Inventando mentiras cuando lo atajaban, al fin pudo entrar sin ser visto para buscar en ese solar completamente abandonado. Tras escarbar con las uñas y con pequeñas piedras, encontró al fin

una pequeña caja de metal bien ajustada y que con dificultad pudo abrir, para descubrir en ella un buen puñado de piedras preciosas y un poco de monedas de oro. Envolvió todo en su gorro y lo metió al fondo de su bolsa. Sacó la caja y la tiró en cualquier montón de basura, antes de regresar al puerto. Entonces viajó a Livorno en donde compró una muda de ropa de segunda con el dinero que le quedaba y así, decentemente vestido, ofreció y vendió las piedras a un empresario. Fue con ese dinero que compró el cargamento de 'El Faraón' y pagó la deuda de Morrel con el Banco. Además le quedaba lo suficiente para negociar un barco que reemplazara al Faraón y quizás podría comprar una casa pequeña en Livorno.

Santoro quedó atónito con el relato. Solamente preguntó por la casa del tío. Tonio le contestó que fue un gran riesgo para él entrar a buscar el testamento del tío, porque esa casa, que no era propiedad de su tío, estaba señalada como sitio de encuentro de políticos adversarios al gobierno de la época. Pero en fin, como él parecía un mendigo por lo acabado de su ropa y lo flaco que estaba, pudo entrar y salir haciendo cara de tonto que buscaba en las basuras.

Pronto Tonio reconoció a los hijos de Morrel, Maximiliano y Juanita que eran pequeños cuando él los había visto la última vez, quince años atrás. Desde donde estaban se los señaló a Santoro. Luego le dijo que no quería que ellos lo reconocieran todavía, que por eso se iba de una vez a Livorno porque tenía que regresar antes del día quince para una cita importante ahí mismo en Marsella. Le recomendó que hablara a Morrel de aceptar la ayuda de un cliente nuevo muy deseoso de hacer buenos negocios con él. Le explicó que su nombre actual no era el que Morrel conocía y que ése no se

podía nombrar. Tonio insistió a Santoro que hiciera lo posible por dejar el barco a Morrel, así fuera en términos de arriendo. Después, entre los dos arreglarían los costos. Con un fuerte apretón de manos, se despidieron. Tonio pagó la cuenta completa del hotel y se retiró avisando que su compañero llegaría después para quedarse otra noche o despedirse, de acuerdo con la demora de la descarga del Faraón.

Salió a buscar transporte de regreso a Livorno. Quería hacer que pintaran el nombre 'La Aurora' en su barco y volver a la isla con buena marea para dejar al descubierto la entrada de las dos cámaras de la cueva, tapando solamente con chamizos la de arriba, a fin de que nada indicara que alguien había estado antes ahí. Finalmente, regresaría a su vida recientemente elegida.

Cuando el sol se ponía en el horizonte, Tonio entraba nuevamente, al mando de 'La Aurora', en el puerto de Livorno, habiendo cumplido las tareas propuestas.

Santoro regresó al día siguiente. Expresó a Tonio el más profundo agradecimiento de parte del señor Morrel y de sus hijos. El trato Había quedado en un alquiler de 'El Faraón' por seis meses, al cabo de los cuales hablarían de nuevo. Le contó además que, cuando él le dio el nombre de Antonio Pellerini, Morrel no hizo ningún signo de conocerlo pero al decirle, como en secreto, que su nombre verdadero Santoro no lo conocía pero sabía que no se podía nombrar, el señor Morrel hizo cara de saber de quién se trataba y sonrió más feliz por eso que por el salvamento de su carga.

Cena con Morrel

Poco antes de mediodía del trece de abril, Tonio llegó a Marsella en 'La Aurora', la amarró al muelle y buscó a un chico amigo. El del recado del día de la llegada del Faraón lo distinguió desde lejos y vino corriendo para ofrecerse a vigilar su barco. Tonio le recomendó especialmente que lo hiciera y que si algo pasaba, lo buscara en el mismo hotel, preguntando por 'Monsieur Antoine'. Ya se alejaba, cuando cambió de opinión y se volvió llamando al chico. Sacó una tarjeta en blanco y escribió:

Señor Morrel, si usted puede venir a cenar conmigo, me sentiré muy honrado. A las seis en el Hotel "La reina Marsella". Por favor confirmar con el portador,

Cordialmente, Antonio Pellerini

"Lleva esto al señor Morrel personalmente. Él va a escribir algo. Luego vienes y me traes la tarjeta. Te espero aquí." dijo Tonio y entregó el papel al niño.

Veinte minutos después el chico regresó con un 'Sí' y la conocida firma de Morrel en la tarjeta.

Tonio le preguntó quién cuidaba de noche el muelle. El chico le contestó que esa noche le tocaba a su padre. Que él le cuidaría muy bien el barco. "OK, dile a tu padre que mañana le pagaré". Y toma tus monedas de hoy, pero lo cuidas hasta que llegue tu padre, verdad? El cuidador muy feliz respondió "¡claro señor Antoine!

"Tonio se fue al hotel y el chico se quedó contento acariciando las dos monedas: la de ir a la casa de Morrel y la de cuidar el barco.

Una vez en el cuarto, Tonio se tendió sobre la cama para descansar un rato. Se sentía muy emocionado pensando en ver a su patrón y explicarle de una vez todo el silencio de tantos años. "Gracias Dios porque el señor Morrel está vivo" ... decía mentalmente mientras sus pápados se cerraban...

Despertó a las cuatro y media descansado y tranquilo. Se vistió como para una cena en familia, arregló sus cabellos y su barba y bajó para esperar en la sala a su invitado. Juntos elegirían el lugar en donde comer y conversar.

Morrel llegó a las seis en punto. Se paró en la puerta. Había varios señores en la sala de entrada al hotel y, evidentemente, el recién llegado no sabía cuál de ellos era Antonio Pellerini. Tonio se levantó y se acercó a saludarlo.

"Señor Morrel, me emociona verlo. Por favor si me reconoce, no diga mi nombre", dijo Tonio en voz baja, con acento italiano, mientras estiraba la mano para saludar.

"Buenas tardes señor Pellerini", contestó Morrel sonriendo mientras estrechaba la mano de Tonio.

"Yo no sé mucho de restaurantes en Marsella. Estuve tanto tiempo ausente y no recuerdo nada. Pero por favor, elija usted el lugar que le parezca mejor para comer y conversar con tranquilidad. Yo conservaré mi acento italiano. Tengo que ser coherente con mi nacionalidad actual" expresó Tonio.

"Perfectamente. Vayamos a una fonda cerca del mercado. Es un lugar en donde se escuchan todos los acentos, la comida es muy buena y no es probable que personas encumbradas se lleguen por allá", dijo Morrel.

Tonio se sintió muy complacido por la compañía y por el lugar que seguía casi igual a como era en los años felices de su niñez con su padre... recordaba cuando le tocaba a él cuidar el muelle de noche... a veces le permitía quedarse y dormir en la barca de algún amigo y a veces lo traía a la fonda y le daba trozos de pescado de su plato...

Morrel inició:

"¿Dónde has estado todo este tiempo?"

Tonio le dijo:

"te diré 'Roma', y tu entenderás 'fortaleza de If'; te diré 'mi tío cura' y tu entenderás 'el abate Faría'

Todo lo demás será cierto", luego añadió: "Te contesto" y entró en materia:

"Pues cuando llegué del último viaje y acababa de entregar una carta importante que ellos me habían pedido dar en propia mano al destinatario, un alto funcionario del gobierno, me tomaron del brazo y me llevaron sin explicación alguna a Roma. Se me acusaba de "Alta traición". Catorce años en total. Ni siquiera pude saludar a mi padre..."

"Mi tío cura estaba loco en Roma. Yo quise dejarme morir de hambre o hacerme matar y me llevaron al mismo edificio o 'ala' que él, habitaba y que llamaban el ala de los locos"

"Mi tío era un gran sabio y un gran santo. Él me educó. Hoy yo hablo bien cuatro idiomas, comprendo mucho de Matemáticas y de Ciencias, sé escribir bien, sé comportarme en todos los niveles de la sociedad. Fueron diez años viéndonos a escondidas, pasando cada día por un túnel

cavado con elementos mínimos y nuestras uñas. Íbamos a escapar juntos pero él se me murió, en mis brazos, de una enfermedad hereditaria terrible. Yo lo puse, muerto, en mi cama y me metí en la bolsa de lona en donde lo habían dejado listo para enterrarlo. Me enterraron antes de medianoche lanzándome con un gran lastre en el Mediterráneo pero logré salir. De eso hace año y medio." Tonio miró a Morrel y le dijo:

"En este mundo solamente tú y yo sabemos esta historia como realmente fue y así debe quedar para siempre".

Morrel asombrado asintió y enseguida preguntó: "¿Y cómo es que tienes dinero?"

"Mi tío me dejó una herencia. Era el motivo por el cual lo calificaron de loco, porque a todos los guardianes les ofrecía pagos fabulosos si lo ayudaban a escapar, porque él conocía el lugar en donde estaba escondido un gran tesoro"... Tonio descansó un momento, tomó algo de vino que Morrel había pedido y servido y continuó:

"yo tampoco creí en ese tesoro pero mi tío me hizo prometerle que lo buscaría cuando me recuperara después de escapar y hubiera cambiado de nombre. Por cumplir la palabra dada a quien me hizo el inmenso bien que mi tío me hizo y, sobre todo, porque escuché hace algo como dos meses que tú tenías muchos problemas y que ibas a la bancarrota si 'El Faraón' fracasaba, por eso busqué el tesoro y lo encontré hace muy poco, algo así como cuatro o cinco semanas...

Con dinero pagué algunas deudas tuyas desde Livorno, compré un barco para mí, me hice amigo de Santoro y obtuve un pasaporte italiano con el nombre de Antonio

Pellerini. Así que para todos los fines de diario vivir y de negocios, soy, por el momento Antonio Pellerini, italiano. Eso dice mi pasaporte. Si debo hacer algún papel en la sociedad de alto nivel, creo que tomaré otro nombre, quizás francés o tal vez inglés, un aristócrata..., es para reírse. Si eso pasa, tu lo sabrás.

Por lo demás estoy bien. Solamente no logro consolarme cuando pienso que mi padre murió en la miseria sin saber nada de mi... Para nadie, ni siquiera para mí, seré nunca más E.D., el que tú conociste desde que era un niño"

"Bueno, comamos" dijo Morrel cuando el mesero llegó con el cabrito que él había ordenado.

Mientras comían hablaron del tiempo, de la pesca, de los negocios de telas, del futuro de la Casa Morrel, y de los hijos ya adultos y muy esperanzados en que se cambie la suerte oscura que venía haciendo estragos en la familia.

Como de común acuerdo comenzaron a decir cosas simples, a ponderar la sazón de los distintos restaurantes, a lamentarse del estado de las calles y de algunos edificios públicos... El restaurante se fue llenando y, entre tanta gente los dos amigos se sintieron suficientemente comunes y faltos de toda especialidad que pudiera atraer miradas curiosas.

Finalmente se levantaron, Morrel quiso pagar y Tonio lo permitió. Luego por la calle, Tonio le dijo:

"Ayúdame. Estoy agobiado con tanto dinero. Empecemos por comprar ese barco de Santoro y poco después compra uno nuevo para aumentar tu flota. Yo no puedo salir regalando dinero, no quiero compromisos, solamente quiero tener

amigos y sentirme otra vez un ser humano normal. Hagámoslo con prudencia, pero siéntete en toda libertad de comprar lo que quieras poniendo los pagos a mi cargo. Nómbrame tu tesorero y así será más fácil. Pero eso sí, ni una palabra a nadie. Cualquier pequeña cosa que se escape de alguno puede hacer mal, mucho mal”

”Bueno, sí creo que tienes razón. Hablaré con Santoro”. Contestó Morrel.

”Santoro sabe que recibí una herencia en Roma, la ciudad de Roma, de mi tío cura, hermano de mi madre, y que tengo con qué comprar el barco para reemplazar el Faraón. Hasta ahí no más. A tí te digo que bien podían ser diez o más barcos nuevos y mejores... eso me aterra, porque nadie debe saberlo. La codicia es una serpiente escondida que salta y envenena y mata. Sería preferible arrojar todo eso al mar antes que desatar ese monstruo de la ambición desmedida. Necesitamos sabiduría”. Explicó Tonio.

”Bueno, entonces quedamos en que te nombro tesorero de la Casa Morrel y que te espero mañana a las nueve para que hablemos de los negocios”, dijo Morrel y se despidieron sonrientes en la puerta del hotel.

Trabajo de tesorero.

Antonio Pellerini, de nacionalidad italiana se hizo cargo de manera oficial de la administración de los dineros y deudas de la Casa Morrel, con la salvedad de que este trabajo acomodaría su horario a los diversos compromisos del italiano.

En esencia el tesorero revisaría los informes contables mensuales, aprobaría los pagos de los empleados y las inversiones y amortizaciones extraordinarias, y presentaría un informe trimestral a la Dirección de la Casa.

De momento, a catorce de abril, comenzaría por revisar lo concerniente al resultado del último arribo de mercadería proveniente de India, junto con los costos añadidos por alquiler de bodegas y de transporte debidos al hundimiento del barco 'El Faraón', en el origen mismo de la travesía.

Con este acuerdo y llevando copia minuciosa de todos los datos escritos y verificados, el tesorero se comprometió a entregar un informe al final del mes.

Una vez que el manejo de los dineros llegó a sus manos, Antonio se sentó con todo juicio a estudiar la mejor forma de presentar una reestructuración de la empresa y las ganancias obtenidas gracias a los primeros logros de la reforma mencionada.

Ordenadamente la Casa Morrel empezaba a pagar sus deudas a los bancos y a otros acreedores sobre esquemas claros de montos y plazos; se preparó un despacho de las mercancías más novedosas a los compradores europeos, llevando un riguroso control de todos los detalles y se inició la activación del mercado en la propia región.

Tanto Morrel como Pellerini se despidieron optimistas esa tarde, dejando establecida la siguiente reunión para el día treinta.

Esa noche Tonio se acostó más tranquilo. Entonces pensó en Jacobo a quien vería al día siguiente y decidió contarle su

historia tal y como había hecho con Santoro. Nadie, aparte de Morrel y él mismo, sabría nada ni de su origen y nombre de pila, ni del paso por la fortaleza de If, ni del baño a media noche en el Mediterráneo. Se explicaría a los compañeros de la Dolce Alicia que lo rescataron, que la herencia de Antonio le llegó en Roma a través del testamento de un tío cura que lo educó y lo quiso mucho. Los demás no tendrían ninguna razón para hablar de ese tema.

Jacobo sería el encargado de la comunicación entre los amigos de Livorno y Marsella y la Isla de Montecristo, sin que nadie supiera de momento nada sobre la existencia de un conde. Solamente le contaría a Jacobo que él la había comprado con algunas variaciones en el tipo de compra. Por el momento esa sería la única confidencia real para su amigo y no la haría sino cuando lo viera conveniente.

Antonio Pellerini comenzó el día quince en Marsella, vestido de paisano, caminando por el sector en donde su padre había vivido. En ese paseo decidió ser el marsellés que era, se haría llamar Antoine. Como Antoine, se acercó a la casa familiar. Una pequeñísima y muy arruinada casa, en la cual una mujer sentada en el quicio de la puerta ofrecía tortas recién horneadas a los parroquianos.

"Buenos días, señora. Huelen bien esas tortas. ¿Las hizo usted?" preguntó Antoine.

La mujer lo miró esperanzada y le contestó: "Sí señor. Le puedo dar dos por un maravedí".

"Véndame por favor seis tortas", dijo Antoine y mientras ella buscaba hojas para envolverlas él le preguntó si su familia era dueña de la casa. Ella dijo que no, que pagaban arriendo al

señor de la esquina, pero que tampoco él era el dueño, sino encargado de cobrar.

Cuando la mujer le entregó las tortas, Antoine le dio una moneda que ella miró con tristeza porque no tenía cómo devolverle el saldo.

"No se preocupe, tengo tanta hambre que con gusto le pago con eso. Yo creo que nos veremos de nuevo. Me llamo Antoine. No se olvide", contestó el comprador y se alejó, mientras escuchaba a la señora enviándole todas las bendiciones del cielo y él pensaba en un nuevo proyecto.

Resolvió volver al muelle para ver si el cuidador de la Aurora ya estaba en el sitio.

En el muelle estaban ambos, el padre y el hijo y ambos se acercaron:

"¡Buenos días!", saludó Antoine. Ellos contestaron el saludo y Antoine se disculpó por no haber regresado el día anterior. Enseguida sacó las monedas y les pagó: una al chico y seis al padre, diciéndole que tres eran para él por la primera noche y otras tres para quien la hubiera cuidado la noche que acababa de terminar.

Luego abrió las hojas en donde estaban las tortas, ofreció una a cada uno y tomó otra para él. Las restantes se las dio al niño, mientras le decía: "llévalas a tu mamá!" Padre e hijo sonrieron.

Antoine aprovechó el momento para decirles que estaría volviendo con frecuencia, que por favor, si veían La Aurora amarrada, se la cuidaran, que él les pagaría con seguridad en cuanto se vieran, así fuera al momento de zarpar, porque tenía

muchos asuntos y reuniones para atender en la Casa Morrel. También les dijo que podían escuchar que le dijeran Antoine o Antonio, porque él era italiano, pero en Marsella los conocidos le decían Antoine. El hombre sonrió con cara de entendido en la materia de los idiomas y de los nombres. Agradeció mucho y se comprometió a hablar al encargado de la guardia nocturna cada vez que Luis, su hijo, le informara que La Aurora estaba en el muelle.

Antoine se despidió y volvió a su hotel. Después de desayunar, se vistió con la ropa del último viaje a la Isla, un tanto raspada y manchada de tierra, y regresó al barrio de la casa que fue de su padre, para hablar con el encargado, como si se tratara de un cliente para un arriendo.

El hombre lo recibió con poco entusiasmo y casi a las malas contestó que solamente tenía libre un cuarto en la casa de la señora de las tortas. Antoine le agradeció la información y le dijo que estaba interesado en una casa completa y se alejó. Caminó hasta el siguiente barrio, igualmente pobre y descubrió un aviso de 'se arrienda', frente a una casa. Golpeó y una mujer de la casa vecina se asomó. Ella se ofreció a mostrarle la casa y le dijo que su amiga Francine, la de las tortas del otro barrio quería tomarla pero era muy cara para ella. Con tal respuesta, Antoine tuvo la oportunidad que buscaba: Preguntó el nombre y dirección del dueño y se fue a verlo para tomar en arriendo por un año esa casa. Le explicó que era para unos parientes y que él haría algunos arreglos antes de que ellos se pasaran. Hicieron el contrato y Antoine pagó seis meses por adelantado.

Acuerdos con Jacobo

Tonio volvió a la casa del encargado taciturno del barrio que más le interesaba, para decirle que tomaba el cuarto libre mientras tanto. Pagó, revisó el lugar y se acordó de su padre intensamente: Era precisamente el cuarto que él habitó hasta su muerte. Luego llamó a la puerta de la señora Francine para informarle que había tomado en arriendo el cuarto vacío para un amigo que era persona de toda confianza. Que ella podía sentirse completamente segura respecto de la honradez del sujeto. Le aclaró que ese amigo era hombre de mar y que posiblemente llegaría esa tarde o al día siguiente. Además le informó que se llamaba Jacobo.

De ahí, Tonio fue a buscar alguien que pintara la casa que había arrendado en el otro barrio. El padre de Luis se ofreció él mismo. Él y otro se hicieron cargo de los trabajos. El señor Antoine podía contar con que la casa estaría lista en diez días, el viernes de la semana siguiente.

Por el momento Tonio solo se preocupó por conseguir una cama para que Jacobo tuviera en dónde dormir esa noche. Cuando la hubo llevado de una venta de segunda, con un colchón y una almohada, Antoine se despidió de doña Francine y volvió a su hotel. Descansaría un poco antes de ir a la fonda de la cita con Jacobo.

.....

Al finalizar la entrevista de los dos amigos, mientras esperaban la cena ambos sentían que eran hermanos, exactamente hermanos. Jacobo supo que Antoine o Antonio Pellerini era italiano. Que su nombre real no era ése, ni se

podía nombrar porque su familia tenía enemigos poderosos desde los antepasados.

Tonio explicó a Jacobo, exactamente de la misma forma en la cual lo había hecho con Santoro, el origen de su riqueza en el testamento de un tío, riqueza que había obtenido en Roma hacía cuatro semanas, disfrazado de mendigo para escarbar en el solar... etc. Luego le contó que había conseguido con la Casa Morrel un buen trabajo y que quería comprar la casa que fue de su padrino, ésa que él le pidió que visitara la primera vez que llegaron juntos a Marsella, para saber si el señor todavía vivía. Además le contó que tenía la intención de comprar la Isla de Montecristo, pensando en la familia de la Dolce Alicia y en todos los encuentros que ellos podrían tener allá. Que tenían que pensarlo bien para que ese dinero que le había llegado así de repente, les ayudara un poco a todos para vivir mejor y levantar a sus familias.

Jacobo le contó que de los que habían estado con Antonio solamente cuatro seguían en la Dolce Alicia. Que el dueño estaba un poco mal de salud y que los otros ya tenían otros trabajos.

Antonio le preguntó qué deseaba el dueño y Jacobo contestó que quería vender la embarcación para retirarse a vivir con su mujer y sus dos hijos pero nadie le daba lo que él necesitaba para poder retirarse y le dijo cuánto era lo que pedía por su barco.

De él mismo, Jacobo le contó que quería casarse con una marsellesa que había conocido desde la vez del mandado a casa del padrino de Tonio. Ella se llamaba Luisa y

continuaba viviendo ahí en Marsella. Al día siguiente él iría a visitarla.

Antonio preguntó a Jacobo si querría comprar La Dolce Alicia, a lo cual Jacobo con los ojos muy abiertos contestó que ¡claro que sí!

De todo esto concluyeron que lo mejor era esperar al día siguiente a la Dolce Alicia e invitar al capitán para negociar. Además Tonio quería dar a cada uno de los compañeros un obsequio en dinero, para que compraran lo que quisieran. Si Jacobo quería, podría trabajar con él en el comercio de las mercancías de la Casa Morrel, y para eso él, Jacobo, compraría La Dolce Alicia con un préstamo de la Casa. Le pidió a Jacobo que pensara en el nombre, o si la dejaban con el que tenía. Lo que quisiera, porque sería su embarcación.

Todos esos tratos podían hacerlos el día diecisiete en Livorno, lo cual era más prudente a fin de evitar que otros clientes envidiosos de Morrel pudieran meter las narices.

Comieron alegres y salieron a pie hacia la casa del cuarto recién alquilado. Tonio preguntó a Jacobo si llevaba su manta, a lo cual el aludido solamente señaló el bulto en su bolsa.

Al entrar, Antoine golpeó en la puerta de doña Francine y le presentó a su amigo Jacobo, quien ocuparía el cuarto que en la mañana habían arreglado.

Los amigos quedaron de encontrarse en el muelle antes de las ocho del día siguiente para esperar a la Dolce Alicia. Con un fuerte apretón de manos se despidieron. Antoine salió para su hotel.

..."Cuando sea dueño de la casa, pasaré en ella todas las noches de los períodos de trabajo en Casa Morrel...", pensó y se durmió.

El encuentro de los amigos se adelantó una hora: a las siete estaban hablando. Tonio habló primero para decirle que lo había pensado mejor. Que lo que harían sería comprar la Dolce Alicia para la Casa Morrel, y contratarlo a él, Jacobo como piloto de la empresa para que la condujera y con ella hiciera muchos trabajos que ordinariamente la empresa tenía que pagar a barqueros diferentes. Uno de sus trabajos sería cuidar la Dolce Alicia. En los tiempos libres podría emplearla en lo que necesitara.

Jacobo tenía sus dudas y expresó si la Casa Morrel no le quitaría de repente la embarcación. Tonio lo tranquilizó completamente, diciéndole que eso no lo podrían hacer sin la firma de él, quien era el responsable por todos los bienes de la empresa. Jacobo aceptó de inmediato.

Entonces Tonio dijo: "vamos a comprar la Dolce Alicia aquí mismo. Para eso traigo los papeles y el cheque de la empresa. El dueño solamente debe firmar e ir al banco a cobrar. Luego tú, como empleado de Morrel llevarás al vendedor a su casa o donde él quiera ir y allá lo dejarás y lo mismo harás con los compañeros que vengan. Pero antes de que salgan, a todos quiero hablarles y agradecerles.

Habían hablado todo lo que necesitaban. Antonio sacó entonces un papel escrito con el nombre impreso en la cabecera: '*Casa Comercial Morrel e hijos*', en el cual se contrataba a Jacobo Benedetti como piloto al servicio de la empresa con un sueldo mensual estipulado claramente.

Cuando Jacobo lo leyó y lo miró muy admirado, Tonio le pidió que lo firmara con la pluma que él traía lista.

En otro papel igualmente impreso, Tonio hizo una copia de los datos del contrato para que Jacobo la guardara: nombre, fecha y lugar, cargo y sueldo mensual. Al final firmó él como Tesorero de la Casa Morrel. Luego lo dobló y metió en un sobre que traía. Entregó el sobre a Jacobo mientras le sugería que lo guardara con cuidado, porque era su prueba de que tenía un contrato legal. Jacobo lo acomodó con mucha atención en el fondo de su bolsa.

En un tercer papel, sin impresos, Tonio escribió a Morrel acerca del contrato de Jacobo y de la compra de la Dolce Alicia y sus posibles usos. Jacobo, hombre de toda su confianza, llegaría al día siguiente con una copia del contrato firmada por el Tesorero mientras él iba a terminar un asunto en Livorno. Se verían al final del mes según lo acordado. Dobló el papel y salió en busca de Luis para enviarlo. Cuando el chico regresó con otro papel de Morrel, Antonio le dio su moneda y leyó : *"perfecto, lo esperaré a las nueve, firmado Morrel"*

Hecho esto, Tonio y Jacobo buscaron un lugar para tomar un café con pan fresco mientras llegaban los viajeros.

.....

Casa de Jacobo en Marsella

Muy emocionante fue para todos ese día en el cual los miembros presentes de la tripulación de la Dolce Alicia se despidieron de su trabajo de varios años para dar lugar a nuevas y particulares perspectivas de sus integrantes,

quedando firmemente sellada una amistad perdurable entre todos.

Jacobo en su nuevo cargo, condujo a los pasajeros a sus lugares respectivos, quedando con Tonio en encontrarse en la fonda entre seis y siete de esa tarde.

En el ínterin, Antoine volvió a la casa de Francine para hablarle de la [Una mirada de conjunto](#) casa a la cual ella debería pasarse el sábado siguiente, si lo deseaba y explicarle cuál era la relación de él con la pequeña casa que en el momento ella habitaba.

Francine no salía de su asombro pero contestó "¡Sí!" de inmediato. Antoine le dijo que en esa nueva ubicación, ella podía pensar en organizar una venta permanente de tortas y que él le ayudaría con algún préstamo. Que en cuanto a cómo ella pagaría, eso lo haría [Una mirada de conjunto](#) con tortas, cuando el negocio fuera próspero.

Salieron juntos. Antoine observó que una niña como de siete y un niño como de cuatro los siguieron hasta la otra casa. Al llegar, los niños desaparecieron y los adultos saludaron y comenzaron a conversar con la vecina, quien había sido avisada por parte del dueño, del arriendo ya realizado de esa propiedad. Ella agregó que dos obreros la estaban pintando. Al saber que la arrendataria era Francine, cosa que la misma Francine no comprendía del todo, las dos vecinas estuvieron muy contentas. Hablaron de montar un negocio en compañía. Antoine les dijo que lo hicieran, que si necesitaban alguna ayuda, él trataría de conseguirla.

Ambas mujeres tenían niños y los chiquillos que se habían escondido, como suele suceder en esos niveles de pobreza

ante la presencia de extraños, salieron cuando sus mamás los llamaron. Entonces supieron que iban a vivir así cerca y comenzaron a reír y saltar.

Antoine les dejó a ellas todo el asunto respecto de recibir el trabajo de los pintores, de asear la casa y de trastear las cosas de Francine, a quien recomendó entregar sus llaves de la casa actual a Jacobo, el amigo que ya conocía.

Él se encargaría de hablar con los pintores y del pago. Les pidió a las dos mujeres que no hablaran al respecto con nadie más, porque lo cierto era que él trabajaba y sus patrones estaban interesados en que pudiera vivir cerca. Por eso quería vivir en la casa que ocupaba Francine, de la cual actualmente tenía en arriendo solamente un cuarto.

Volvió con el encargado taciturno y le dijo de una vez todo el asunto. Lo animó para que le ayudara pidiendo al dueño que le arrendara o le vendiera a él o al señor Morrel quien era su patrón. Se despidió cordialmente y le dejó unas monedas para que se tomara un vino en su nombre. La sonrisa del hombre lo convenció del logro de su propuesta.

Antonio Pellerini volvió al hotel para pagar su cuenta y sacar su equipaje. Luego llegó hasta el muelle, subió para dejar el equipaje en La Aurora y al bajar encontró a Luis y hablaron de cuánto le debía y de si había habido problemas. El niño contestó que ninguno y que su mamá le mandaba decir que gracias por las tortas. Él le dijo que esa misma noche saldría, después de que llegara un amigo. Entonces pagó toda la deuda a Luis y le recomendó que cuidara también a La Dolce Alicia, cuando la viera en el muelle y le contara para pagarle esos días, al final de cada mes. Era un negocio diferente.

En esas llegó la Dolce Alicia. Jacobo se acercó después de amarrarla y conoció a Luis. Los tres hablaron del negocio de cuidar ese barco. El niño se fue muy entusiasmado.

Antonio quiso presentarle La Aurora a Jacobo. Ambos subieron y Jacobo estuvo encantado. Bajaron para hablar en la fonda.

Antonio le dijo que él iba a Livorno porque quería buscar una casa y tomarla en arriendo por todo el tiempo necesario mientras veía qué tan definitiva sería su residencia en esa ciudad. Que cuando la tuviera, pasarían en esa casa los días que Jacobo estuviera en Livorno. De momento, era importante que supiera que el señor Morrel estaba al tanto de su contrato y lo esperaba al día siguiente a las nueve, con la copia que él le había dado como identificación, para explicarle sus obligaciones.

Le recomendó que continuara viviendo en la casa en donde había dormido la noche anterior, la cual a partir del sábado sería toda para ellos como su casa en Marsella, mientras ambos fueran solteros. Cuando alguno se casara, ya verían cómo arreglárselas. Le entregó la llave de esa casa y la del cuarto que ocupaba de momento. La señora le daría las otras llaves cuando se cambiara el sábado siguiente.

Antonio salió rumbo a Livorno. La noche estaba clara y fría pero el viaje fue estimulante. Se sentía contento al pensar en los sucesos de esos tres días tan fecundos. Pensó también en el tipo de casa que quería en Livorno para asentarse, antes de entrar en el asunto de construir vivienda en la isla. Llegó antes de la medianoche. Amarró La Aurora y bajó al muelle. Inmediatamente el vigilante se acercó a saludar muy

amablemente. Antonio le recomendó su barco y le propuso que hablaran al día siguiente a eso de las cuatro de la tarde en ese lugar. El hombre aceptó y se comprometió para las cuatro que era la hora anterior a la llegada de los pescadores y se podía conversar. Después era terrible el griterío y el movimiento.

Antonio volvió a su hotel. Encontró todo como lo había dejado. Lo saludaron amablemente y sin más palabras se fue a dormir.

En la mañana, después de desayunar fue a la casa Comercial Santoro para pedir indicaciones sobre casas y barrios.

Santoro lo recibió muy afectuosamente. Al saber todos los compromisos adquiridos por Antonio y la decisión de fijar su residencia en Livorno, le propuso los barrios que juzgaba convenientes, todos ellos conglomerados no demasiado estirados ni tampoco ordinarios ni descuidados. De preferencia barrios de empleados y profesionales de un nivel cultural medio hacia arriba, y económico medio, de familias trabajadoras normales. Así Antonio salió a buscar. Pronto encontró el tipo de lugar en donde le gustaría encontrar una casa. Preguntó en un negocio de materiales para construcción, sobre casas disponibles y le indicaron tres, haciendo énfasis en una de ellas, por conocimiento personal del dueño del negocio que había visto su construcción y su solidez.

En total Antonio miró diez casas. Al final regresó a la primera y resolvió tomarla. En lo restante del día se finiquitaron los trámites y firmó y pagó el primer arriendo. La casa le sería entregada el día primero de mayo. Volvió satisfecho al hotel

bien pasada la hora de la comida de mediodía. Así que descansó un poco y decidió seguir el modelo incansable de su maestro que no desperdiciaba ni un minuto que pudiera dedicar al estudio.

Salió en busca de un libro y en ese momento se acordó del cuidador del muelle. Fue hasta allá y le dijo que le pagaría por meses el cuidar de su barco y a Guido por los días que estuviera ahí pendiente. Acordaron y se despidieron porque Tonio quería conseguir el libro que se había propuesto.

Tenía que ser un libro que hablara de cómo construir sobre terrenos de diferentes calidades, en particular, terrenos pedregosos y terrenos próximos al mar. Regresó dos horas después con tres libros y varios artículos sueltos sobre el tema. Los dejó listos sobre su mesa. Decidió comenzar el estudio después de comer. Se sentía hambreado.

Cenó solo en el hotel. Había caminado mucho, estaba cansado y se sentía algo triste al pensar en su padre y en su maestro. Entonces se le ocurrió que organizaría diálogos entre esos dos hombres quienes habían sido los directores de su vida y de su inteligencia, diálogos que construiría con frases que recordaba de uno y de otro... "Es buena la idea", pensó. "Creo que comenzaré después de reposar",... se durmió vestido sobre la cama.

En esa semana Antonio hizo dos viajes a la isla. En el segundo, acababa de llegar cuando vio venir una embarcación muy posiblemente de uniformados. Los esperó en la playa.

Efectivamente, ellos querían saber quién era y por qué estaba en esa playa. Amablemente él les explicó que era el dueño de

la isla y que le gustaba ir para descansar y mirar el mar en silencio.

Uno de ellos le preguntó el nombre. Cuando escuchó "Adrien Martin", le dijo al otro "sí, es el nombre que nos dieron". Ambos se disculparon por la intromisión, Tonio les dijo que estaban en su deber y que les agradecía. Luego les explicó que posiblemente llegarían amigos porque él estaba pensando en construir y pasarse a vivir en la isla. Constructores interesados le habían dicho que pasarían en algún momento para hacerse una idea...

Puesto que la entrega de la casa en Livorno sería el primero de mayo y su cita con Morrel era el día anterior, Tonio decidió viajar a Marsella desde el veintinueve para terminar el treinta temprano y regresarse si fuera posible con Jacobo e instalarse en la casa. Puso un telegrama a Morrel y viajó el veintiocho para tener un día sin obligación por Marsella y aparecer en su despacho de Tesorero, según lo anunciado.

El veintiocho por la tarde estaba en la casa pequeña. Al rato llegó Jacobo y se emocionó de encontrar a Tonio esperándolo. Esa noche reorganizaron la casita. Presionado por Antonio, Jacobo se pasó al cuarto más grande puesto que esa casa era y seguiría siendo su residencia permanente. Jacobo necesitaba tener más espacio para todas las cosas que entraban y salían con él. Por su lado Tonio quien siempre estaría como de paso, tendría disponible para él el cuarto pequeño. De momento llevó a ese cuarto su equipaje y canceló todo lo que debía en el hotel. Salieron juntos a comprar la cama que faltaba. Finalmente comieron en la fonda de siempre y se fueron a dormir.

En la mañana del veintinueve Tonio le dijo a Jacobo que tenía una reunión con Morrel y que más tarde iría con él en busca del dueño de la casa que ocupaban, del cual Morrel tenía conocimiento y le ayudaría a negociar, porque quería comprarla. Si los temas de la reunión de trabajo estuvieran terminados, al finalizar el encuentro con el dueño y dejar planteado el negocio, Jacobo y Tonio irían juntos a Livorno para ocupar la casa que él había tomado en arriendo en esa ciudad y regresarían juntos el día de firmar el negocio en Marsella o cada uno por su lado, en caso de que no fuera posible. De todos modos estarían ambos en conocimiento de lo que sucediera. En esos términos, caminaron hacia la Casa Morrel.

Morrel recibió a Antonio con inmensa cordialidad y le comunicó que todo iba mejorando a ojos vistas. Que Jacobo prestaba un servicio muy importante y que todos se sentían optimistas.

Tonio le contó de la casa de su padre (de quien dirían siempre que había sido su padrino) en Marsella y de su residencia en Livorno y ambas las puso a sus órdenes. De momento quería que visitaran juntos al dueño de la casita en cuestión y que Morrel le ayudara a comprarla por el precio que fuera. Pero para él, para Augusto Morrel, no para un desconocido Antonio Pellerini.

También le dijo que se llevaría a Jacobo por tres días para que le ayudara a instalarse en Livorno.

Luego pusieron manos a la obra de revisar las cuentas. Al final Morrel había comprendido el juego de las finanzas que Antonio proponía: Hacer muchas operaciones que mostraran

buenos movimientos de dinero, pero en lo posible beneficiar a los clientes puntualmente, con préstamos fáciles en casos especiales... El punto de poseer un barco para recorridos medianos y pequeños, era de todos, el más destacado logro. Si un cliente relativamente cercano recibía su mercancía dos días después de haberla pedido, ese cliente se convertía en un apoyo incondicional para la empresa. Si esta situación se multiplicaba, el crédito y buen nombre de la empresa lo harían ampliamente.

Llegaron a plantear crear una empresa de transporte de medianos recorridos, que ofreciera servicios a otras empresas... eso lo dejarían para la siguiente etapa. Así dieron por terminada la reunión.

Salieron en busca del señor que había comprado la casa que fue de los Dantés y otras cuantas de ese barrio pequeño y pobre.

El propietario era un hombre poco simpático, quien al escuchar el nombre de Augusto Morrel se enderezó y se acercó a saludar al empresario sin mirar siquiera a su acompañante. Tonio hizo una inclinación de cabeza y dijo que esperaba a su patrón afuera. Acto seguido salió.

Tal respeto levantó el ánimo del propietario y escuchó la solicitud de venta de unas casas de ese barrio que Morrel deseaba comprar para convertirlas en bodegas de su empresa. El hombre pidió a un ayudante que le trajera la lista de las casas y fue enumerando una a una. Al fin contó y dijo: "tengo cinco casas que podría vender. Cada una tiene su precio de acuerdo con su estado. Si quieren vamos a mirarlas". Morrel le dijo que por el momento no era necesario verlas y que él

esperaría la información del precio total en casa del encargado.

Revisando con el encargado, Morrel supo que por suerte la casa que Antonio quería, estaba entre las de venta, pero esa casa tenía una deuda de arriendos que el comprador tendría que pagar o esperar a que el inquilino la pagara. Morrel preguntó a cuánto ascendía esa deuda, el hombre leyó la suma de diez arriendos de doscientos.... En fin, sumado al valor de la casa, eso daba como trescientos luises y algo más.

Al final de cuentas las cinco casas saldrían por una suma muy alta a juicio del encargado, quien añadió que el dueño había dicho que si las vendía, quería todo el dinero junto y que lo esperaría hasta el martes siguiente, pero que podía ser el lunes.

Morrel le dijo que esa misma tarde llamaría a sus bancos y que si le prestaban todo el dinero que hacía falta, se podría hacer y pagar el negocio redondo el lunes. El hombre le dijo que le parecía bien. Que Morrel podía traer testigos del negocio, que el dueño también los tendría para que en el futuro nadie dijera que había sido engañado.

Con esa maravillosa transacción quedó cerrado el negocio. Solamente faltaba el dinero.

Ese plazo le daba tiempo a Tonio de ir a Livorno, consignar el dinero en la cuenta de Morrel, recibir la casa que había arrendado, trastearse y regresar a Marsella el domingo por la tarde.

Eso exactamente fue lo que hicieron. Morrel comenzó por llevar al tipo con cara de aburrido la deuda de los inquilinos

de la casa y decirle que la entregara al dueño, de acuerdo con lo convenido, porque Casa Morrel la compraba.

Esa misma tarde, después de comer en compañía de Morrel y después de recomendar la Dolce Alicia a Luis y a su padre, Antonio y Jacobo viajaron a Livorno en La Aurora. En el muelle encontraron a Guido, le recomendaron la vigilancia de La Aurora y se fueron sin más a recorrer la ciudad.

Casa de Antonio en Livorno

Jacobo había estado en Livorno pocas veces y nunca había pasado del barrio próximo a los muelles de pescadores. Al llegar frente a la casa en cuestión, Tonio le indicó a Jacobo que ésa sería la residencia oficial del ciudadano italiano Antonio Pellerini en la cual Jacobo Benedetti tendría siempre un cuarto disponible. Luego, haciendo un paralelo, continuó explicando que la casa de Marsella sería residencia de su amigo Benedetti, en donde Pellerini acostumaría pasar los días dedicados al trabajo con Morrel. Así cada uno tendría una sola residencia permanente y una casa de un amigo para otras ocasiones.

El día primero de mayo, a las nueve de la mañana, recibieron la casa de Livorno en perfecto estado y se instalaron en ella. Jacobo tomó para sí el cuarto pequeño, cercano a la cocina y a la puerta de la casa, puesto que él solo estaría de paso en ese lugar. Antonio dejó que Jacobo escogiera y arreglara el cuarto que le pareciera mejor para él, su amigo y patrón. En un solo día compraron los muebles de alcoba para los dos cuartos y una mesa con cuatro sillas para el comedor.

Mientras Jacobo arreglaba todo en la casa, Antonio hizo las diligencias bancarias consignando directamente en la cuenta de Casa Morrel.

Al mediodía todo estaba listo. Entonces Antonio invitó a Jacobo a pasear por la Isla de Montecristo, porque quería enseñarle algunas cosas que había descubierto en ella. Muy intrigado Jacobo accedió de inmediato.

Cerca del muelle compraron buena comida ya preparada y llevaron agua con algunas frutas. Enseguida salieron.

Por el camino dedicaron buenos ratos a recordar a los compañeros de la Dolce Alicia y a los viajes de contrabando y todos esos temores y emociones... 'realmente la vida tiene un sabor especial cuando se vive siempre como arriesgando el pellejo', pensaban ambos.

En poco más de una hora avistaron la isla. La marea estaba bajando, razón por la cual era preciso bajar a la playa por la ensenada conocida de todos.

Jacobo miraba para todos lados y se reía al acordarse de tantas cosas. Buscaron un sitio menos expuesto al sol y se sentaron para comer lo que llevaban. Entonces Antonio volvió al tema de su deseo de comprar la isla y contó a su amigo lo que le habían dicho cuando preguntó y lo que sucedió después:

El encargado de la oficina le contestó que casualmente un mes antes, un señor francés llamado Adrien Martin la había comprado, de modo que ya no estaba en venta. El señor había dejado sus señas porque estaría en Livorno un mes más, de modo que seguramente todavía se encontraba en la ciudad.

Entonces Antonio pidió esas señas para visitar al nuevo dueño a ver si podían arreglar un arriendo o algo similar.

Jacobo se reía de pensar en alguien que quisiera pagar un arriendo por esa isla que no servía para nada.

Antonio continuó contando a su amigo que efectivamente había encontrado al señor Martin y que él le había dicho que le podía vender la isla pero no del todo, sino solo hasta su muerte, la del comprador. Aquí, Antonio se rió mucho y dijo:

"Imagínate que me venden la isla muy barata pero solo es mía hasta que yo me muera. No se la puedo dejar a nadie en herencia, ni vender a otra persona". Jacobo trataba de entender el galimatías que eso significaba.

Antonio continuó:

"Es que el francés Adrien Martin la compró solamente para tener una propiedad de buena extensión, suficiente para poder comprar un título de Conde. Para nada más. Pero entonces esa propiedad va a estar siempre pegada de quien tenga ese título. Se puede vender por un tiempo, pero nunca definitivamente, porque si no, cuando las autoridades vean una nueva compra y revisen la historia de la isla, van a ver que es un condado y pensarán que quien la vende es un estafador y de una vez lo meten en la cárcel. Pero si uno muestra un documento privado de venta en el cual diga que no se puede vender de nuevo, lo dejan tranquilo". Jacobo preguntó muy interesado:

"¿Y qué pasó con el francés?"

"Pues que le compré la isla, hace ocho días. Por eso ahora soy el dueño de esta isla y puedo hacer en ella lo que quiera pero

no la puedo vender ni heredar a nadie". Luego Antonio habló con firmeza:

"Eres como mi hermano. Eres la primera persona a quien le cuento esto. Si me muero, quédate con la isla pero no intentes venderla otra vez y nadie te molestará y lo mismo harás con tu hijo o con quien quiera que la herede, pero tiene que ser así, sin documento. Si alguien pregunta se le debe contestar que el señor 'Conde de Montecristo' los contrató para cuidarla. Lo más seguro es no decir nada más. Si preguntan por el nombre del conde, la respuesta tiene que ser que "el dueño es Adrien Martin o su heredero, en caso de que el señor Martin haya muerto" Luego Antonio quiso saber qué había comprendido Jacobo de todo esto y la respuesta le satisfizo ampliamente.

Jacobo preguntó: "Y ¿qué piensas hacer aquí?", a lo cual Antonio le contestó que iba a preguntar qué clase de cabaña se podía edificar, porque quería tener un lugar para vivir ahí, o por lo menos para pasar algunos días con sus noches. Para terminar, añadió que de momento el problema más grave era encontrar agua dulce y que eso tenían que hacerlo entre los dos, o con amigos de toda confianza.

Para comenzar lo invitó a subir hasta un lugar especial.

Acabaron de comer, revisaron el amarre de La Aurora y lo trancaron bien contra el suelo con una piedra grande porque la marea empezaba a subir. Luego treparon hasta donde Antonio pudo enseñarle la entrada del mar oculta entre paredes de piedra y le dijo que ahí podía entrar La Aurora pero tenía que ser en marea plena, que él ya lo había ensayado y que la próxima vez, lo harían juntos. Eso sí, se

prometieron no hablar de esa entrada a nadie, absolutamente a nadie, porque se volvería un escondite de ladrones en su propia contra.

Luego bajaron conversando sobre reunirse con los amigos para preparar un asado en la playa y contar cuentos de todas las aventuras vividas por todos y por cada uno.

Subieron a La Aurora y regresaron a Livorno. Jacobo apretó el brazo de Antonio y le agradeció la confianza. Antonio le contestó que si no podía confiar en quien le había salvado la vida, ¿en quién podría confiar?... y así la amistad se hizo más que indisoluble, si ello fuera posible.

Esa noche durmieron en sus nuevos cuartos ya bien instalados y el domingo a medio día salieron en La Aurora para Marsella.

Negocios en Marsella

Durante el viaje, Tonio preguntó a Jacobo por la chica. Jacobo le dijo que la relación iba bien. Que Luisa trabajaba haciendo bordados por encargo y que vivía con una señorita un poco mayor que ella, que trabajaba en la misma área pero que no bordaba sino cosía, principalmente camisas para los señores que querían ropa especialmente hecha para cada uno, y blusas para mujer, de las cuales elegía las que consideraba más finas y elegantes para que Luisa las bordara. Esas blusas las ofrecía a las clientas de dinero y generalmente las vendía bien, de donde sacaban las dos con qué vivir y pagar el arriendo de un pequeño apartamento. Luisa hacía otro tipo de bordados como sábanas y manteles cuando se los encargaban sus clientes directamente.

Al llegar a Marsella Luis llegó corriendo para saludar. Les informó que no había tenido ningún problema con la Dolce Alicia y muy contento, recibió el pago y quedó a cargo de los dos barcos. Antonio recordaba su infancia tan parecida a la de Luis..., pensó en hablar al padre sobre la posibilidad de llevar a Luis como ayudante en viajes cortos.

Esa tarde Antonio propuso comprar comida y llevarla para comer en la casa, mientras explicaba a Jacobo el negocio que se celebraría al día siguiente.

Antes de que se hiciera de noche, salieron por el barrio y ubicaron claramente las cinco casas que la empresa Morrel compraría. Respecto del objetivo de tal compra, por prudencia, hablarían en el interior de la casa.

En resumen: La casa Morrel las compraba todas cinco y en todas utilizaría al menos uno de los cuartos como bodega de mercancías que por alguna razón no fueran reclamadas ni vendidas en los quince días siguientes a su llegada. Ese era el objetivo de la compra. En privado, esas casas se podrían vender a empleados de Morrel, cumpliendo por el primer año la condición de prestar un cuarto para bodega de la empresa. Este hecho les bajaba el precio de venta.

Antonio compraría ésa que ocupaban, Jacobo podía escoger desde esa misma tarde cuál sería para él. Jacobo eligió inmediatamente la que estaba a continuación, que era otra de las señaladas. Así aclarado, al regresar de la compra, hablarían de los pasos a seguir.

El lunes, antes de la siete, Jacobo llegó a la Casa Morrel para ocupar su puesto. Augusto Morrel mismo le dijo que él, Jacobo, junto con Maximiliano Morrel su hijo, serían testigos

del negocio por parte de la empresa. Antonio estaría presente como tesorero, encargado de hacer el pago, pero no como testigo.

Por su parte, Antonio fue a casa del encargado de los arriendos quien lo recibió con mejor cara y actitud. Antonio le explicó que la empresa necesitaba guardar mercancías mientras se vendían y que si él tenía tiempo y deseaba, lo podrían contratar para custodiar esas casas y sus contenidos. El hombre se enderezó y con rapidez arregló su vestido y contestó que eso le gustaría mucho. Antonio le aseguró que él vería que todo se cumpliera correctamente y le pidió avisar al dueño que Morrel estaba listo para hacer la compra en cualquier momento. Que él esperaría ahí la respuesta y la hora. Que podría ser ahí mismo o en la casa Morrel.

El encargado regresó con el recado breve: "El dueño estará a las diez en punto en la Casa Morrel"

A las nueve y media estaban en la oficina principal los dos Morrel con Jacobo como comprador y testigos, además Pellerini como secretario y tesorero.

A las diez llegó el vendedor con su encargado de cobros como único testigo.

El acto se realizó cumpliendo todas las formalidades. Antes de comenzar, el señor Morrel preguntó al vendedor si deseaba el dinero en un título bancario o en moneda. 'En monedas, preferible luses de oro', contestó el señor. Antonio se dirigió al banco para pedir que por favor el banco mismo enviara a alguien con ese dinero y regresó para avisar que en diez minutos llegaría el empleado del banco con el pago.

Con todas esas solemnidades, se llevó a cabo la compra de cinco casas de muy poca apariencia, con el fin de surtir a la Casa Morrel de bodegas temporales.

Los hijos de Morrel estaban perplejos: "¿Para qué ese negocio tan malo?" preguntaron después de que el vendedor salió sintiéndose muy importante con sus monedas. Morrel sonriente les explicó que estaban cambiando todos los métodos y que la empresa mejoraba día a día con un enfoque diferente de los negocios. Que tuvieran paciencia. Al cabo de un año podrían todos ver los resultados y sacar conclusiones para el futuro.

Una vez solos Augusto Morrel y Antonio Pellerini, hablaron:

Tonio le contó de lo hablado con el encargado del dueño para que se convirtiera en vigilante de las casas-bodegas del barrio. Además de la conveniencia de vender esas casas a personas de toda confianza: él sería el primero, Jacobo el segundo, quizás el pagador de la empresa Morrel, el buen y fidelísimo Cocles, una tercera y quizás el vigilante recién contratado, la cuarta, dejando la quinta con un cuarto siempre disponible para hospedajes especiales.

Ese mismo día Cocles supo que sería dueño de una casa y saltaba de alegría y, pese a su reserva de siempre, de inmediato eligió su casa. El vigilante, después de firmar su contrato fue invitado a elegir entre las dos restantes. A todos se explicó que debían permitir y cuidar las mercancías que la Casa Morrel guardaría temporalmente en sus casas y que por eso era el bajo precio que iban a pagar, como si fuera un año de arriendo igual al que estaban pagando actualmente.

Antonio supo que tenía un tremendo trabajo hasta dejar todo en términos contables muy claros y entregar a cada nuevo propietario el documento en el cual se explicaba con detalles cuál era la casa que compraba, cómo la pagaría y cuál era el valor real de la misma. El descuento era el pago de la Empresa por el servicio que cada casa le prestaba.

En la noche después del negocio, Jacobo no salía de su asombro. ¿Cómo Antonio tenía esas ideas? Eso era todo un misterio, pero, fuere como fuere, él estaba muy contento.

Acordaron que primero mandarían arreglar bien la casa de Antonio, durmiendo mientras tanto en la de Jacobo. Luego volverían a la de Antonio y arreglarían la de Jacobo y finalmente, Jacobo se pasaría a la suya. Jacobo fue esa misma tarde a hablar en el puerto con el papá de Luis, de los trabajos que tenía para él y sus compañeros del área de construcciones. En la mañana los amigos comenzaron por sacar sus pocos muebles y dejar lista la casa para el trabajo.

Jacobo se hizo cargo de todo el asunto de arreglos domiciliarios, sin abandonar sus obligaciones de piloto. Antonio tenía un trabajo largo y muy exigente en la Tesorería e Inventarios de la Casa Morrel y le quedaba muy difícil atender otras cosas.

Un mes completo pasó antes de que Antonio pudiera regresar a Livorno. Al final dejó a su amigo con una cuenta personal abierta en el banco de Marsella para que él pudiera atender los gastos comunes relativos a vivienda y otros, y él se fue en plan de reflexionar y descansar en la isla de Montecristo.

La decisión

El día siguiente de su llegada a Livorno Antonio lo dedicó en su totalidad para visitar a su amigo Santoro, para revisar sus cuentas, para agregar un escritorio grande y fino y algunos cuadros a su casa y para construir el documento de compra de la isla de Montecristo, sin derecho a venta posterior, firmado por Adrien Martin y Antonio Pellerini, ponerlo en un sobre con el título: *Propiedad de la isla de Montecristo. Entregar a Jacobo Benedetti* , para dejarlo en la gaveta "propiedades", junto con la copia de la propiedad de su casa de Marsella. El título de 'Conde Montecristo' junto con el documento original de compra de la isla, permanecerían en el compartimiento secreto de La Aurora.

Después de comer en un restaurante cercano y de dar una vuelta por el barrio, además de echar un vistazo a la marea para hacer cuentas del tiempo que tendrían en la mañana, se fue a dormir.

Con el amanecer Antonio salió en 'La Aurora', descansado y optimista. Llevaba los libros y artículos sobre construcciones.

En el trayecto, con la vista del mar en calma y con el recuento de todo lo que había intentado y en parte logrado, reflexionó sobre el tema de aparecer en la sociedad más elevada de París, como 'el Conde de Montecristo' y sintió con una fuerza terrible que no quería eso. No, definitivamente ¡NO!. Al fin él había sido un niño de un barrio pobre que había recibido una educación muy por encima de las posibilidades de tales niños y que esa educación, unida a las palabras de su amado maestro lo había convencido de la tontería de buscar, como meta de la vida, ascender en la

escala social... por tanto decidió que por todo el tiempo siguiente, hasta que él cumpliera cincuenta y cinco años, dejaría muy olvidado ese título. Cuando llegara a la edad escogida, volvería sobre el tema, pero no antes.

Inmediatamente se sintió libre. La isla era suya y podía hacer en ella lo que deseara. Entonces, dedicaría todo el tiempo posible a estudiar cuanto pudiera respecto de construcciones y sobre todo, respecto de métodos para tener agua dulce en ella.

El cielo estaba nublado de modo que Antonio permaneció en la playa mientras leía el tema de construir una cabaña en un terreno muy pedregoso. Entre los escritos que había llevado consigo no encontró nada sobre cómo lograr agua potable...

Caminó por la isla en dirección contraria a la gruta de la herencia. Observó que algunas porciones del piso estaban más cubiertas de hierba que otras. Pensó en traer unas semillas de algunos árboles a ver si nacían, porque en toda la isla no había ni un solo árbol. Tendría que ser en tiempos de lluvia, aunque,.... pensó que también podría traer agua para regarlas...

Se descalzó y corrió por la playa hasta sentirse sudoroso. Entonces se desnudó y nadó un poco. Al salir se sentía feliz. Viendo que el tiempo había pasado y que atardecía, buscó sus magras provisiones, comió con gusto y tomó del agua que traía... "encontraré agua...", se repetía esforzándose en sentirse seguro de que lo lograría.

Una vez vestido, subió a su barco y volvió a Livorno. Recordaba la madrugada en la cual La Dolce Alicia lo rescató

gracias a su amigo Jacobo, quien se arriesgó mucho en ese mar tan movido...

Nuevas amistades

Guido y su padre lo esperaban en el muelle. Le contaron que dos pescadores habían llegado y preguntaron por Antonio Pellerini. Que se habían ido a la taberna 'El Marino'. Antonio miró de lejos y distinguió a uno de los tripulantes de la Dolce Alicia. Entró. El hombre se levantó y se acercó. Antonio lo saludó y le preguntó si él lo había buscado. El hombre, con cierta timidez y un poco de rudeza quiso decirle que él no había estado en Marsella en la despedida y había venido a saludarlo y que Jacobo mismo le había dicho que en Livorno lo podría encontrar.

Antonio se sentó con él y con el amigo que lo esperaba en la mesa. Ellos no podían ofrecerle nada de tomar pero le dijeron que pensaban en que tal vez él les podría ayudar a conseguir un trabajo en un buque. Que eso querían porque estaban mal y ambos tenían familia.

Antonio vio el hambre en la cara de esos pescadores y también el interés cuando miraban la comida y también la pereza y palidez de la anemia. Empezó por invitarlos a cenar. Pidió pescado asado para todos con buen acompañamiento de arroz, patatas y verdura y comieron los tres. Finalmente bebieron una especie de sidra bastante floja. Entonces Antonio preguntó sobre las familias y las viviendas.

Vivían en Marsella, lejos del muelle, las dos familias en una casa de dos cuartos. Sus mujeres y sus hijos estaban pasando hambre desde que el capitán de la Dolce Alicia se enfermó y

los despidió porque eran los últimos que habían entrado a trabajar con él.

Antonio se quedó pensativo. Al fin decidió arriesgar algo, pensando en esas familias. Si era falso lo que habían dicho, lo sabría al día siguiente. Entonces les dijo que esperaran un momento. Se levantó y fue hasta el embarcadero para preguntar si alguien tenía una barca que le pudiera arrendar por dos días. Un muchacho dijo que un tío tenía una que no estaba muy buena, pero que servía para un viaje hasta Marsella ir y volver sin problemas. El chico le mostró la barca y fue a traer al tío. Antonio vio que la barca aguantaba bien sin echarle más peso que ese par de escuálidos. Entonces llamó a los hombres.

"Miren esta barca. Mírenla bien. No está nueva pero sirve todavía. ¿Creen que pueden ir en ella hasta Marsella, llevar algo a sus familias y volver aquí mañana con la marea del mediodía?"

Los hombres miraron la barca, la vela y los remos, miraron al cielo, se miraron entre ellos. Se hicieron una señal mutua de que sí y el conocido de la Dolce Alicia dijo: "Va a salir la luna y está despejado. Creo que podemos ir ahora y volver mañana al mediodía". Antonio les contestó:

"Entonces, esperen aquí mientras llega el dueño, yo entro por algo de comer para que lleven a su casa y hacemos ese trato de momento. Tal vez mañana les puedo conseguir algún trabajo..." y entró a la taberna.

Quince minutos después entró el chico con el tío. Antonio preguntó al último en cuánto le rentaba la barca por esa noche hasta el mediodía siguiente. El hombre le dijo que si el

barquero no iba borracho, la lancha aguantaría bien, pero que tenía que llevarla con cuidado y pidió una suma muy pequeña. Antonio le pagó de una vez, volvió a la barca con la comida que traía y les dijo a los hombres que, porque él los había conocido y viajado con ellos en la Dolce Alicia, los consideraba como hermanos y les hacía ese préstamo para que sus familias no se preocuparan. Que remarán juntos con cuidado y que los esperaba al otro día. Les dio unas monedas a cada uno para que tuvieran algo que dejarle a las mujeres. Los hombres recibieron todo con timidez y con una sonrisa llena de emoción, dijeron "gracias don Antonio", se subieron a la barca y con absoluta precisión abrieron la vela y comenzaron a remar.

"Creo que acabo de hacerme dos nuevos amigos... voy a pensar qué ofrecerles", se dijo Antonio y caminó a su casa.

Temprano salió a preguntar sobre cómo buscar agua en un terreno.

Encontró muchas noticias al respecto, unas con algo de brujería involucrada y otras completamente insólitas. Pero en un libro viejo leyó: *"Toda el agua dulce que se encuentre en una isla pequeña proviene de lluvias, con muy alta probabilidad"*. Con esa idea en la cabeza empezó a pensar ¿cómo guarda la tierra el agua de lluvia en las islas en donde hay pozos?... y concluyó que tenía que haber una especie de tanque impermeable debajo de la superficie que pudiera recoger el agua y conservarla ahí. Si no lo había, pues toda el agua se filtraba hacia abajo e iba a dar al mar, o el agua del mar subía con la marea y se mezclaba con el agua de la lluvia y ahí se acababa el agua dulce...

Para empezar, pues ¿por qué no hacer ese tanque y dirigir el agua de la lluvia para que cayera allá? Antonio muy entusiasmado se puso a representar en el patio de su casa la lluvia y a tratar de que cayera en una vasija y escasamente logró medio centímetro de agua después de haber regado por lo menos cien litros... En ese momento pensó en los techos inclinados de las casas y las canales que algunas tenían por el borde inferior de ese techo para que la lluvia no cayera sobre la pared del frente.. 'El secreto es hacer un techo con una canaleta en el borde de abajo que lleve toda el agua al extremo...' se dijo. Repitió que sí, que claro, que eso era lo que tenía que hacer. Primero un techo, luego el tanque en el lugar apropiado...

Volvió a pensar que de pronto existía un pozo escondido en la isla, pero buscarlo era una labor larga y se podría hacer después. De momento necesitaban agua para empezar, entonces lo mejor sería hacer el techo... y construir un tanque de alguna manera... Por una asociación extraña pensó en los pescadores del día anterior... Les hablaría.

Los hombres regresaron antes del mediodía. Venían bañados y cambiados de ropa. Parecían personas de trabajo normales. La barca estaba completa y en buen estado. Se sentaron a hablar.

Antonio les preguntó si sabían hacer algo diferente de pescar. Uno contestó que él hacía redes, el otro que él ayudaba en construcciones. Luego les preguntó si ellos habían estado en la Isla de Montecristo. Ambos dijeron que sí. Entonces él les dijo que un amigo había comprado esa isla y se la había dejado a él para que tratara de construir una cabaña ahí, pero sobre todo, era importante tener agua dulce. Que estaba

pensando en ir con ellos a ver si entre los tres encontraban una solución. Luego les preguntó si les llamaba la atención la idea. Ellos dijeron que sí, que claro. Entonces fueron a conseguir cuerdas, un depósito vacío en el cual se pudiera almacenar agua, unas palas y una lona gruesa como para templar un techo y algo que pudiera convertirse en una canaleta. Luego volvieron al muelle y Antonio buscó una barca más grande y en mejores condiciones que la de la noche anterior para tomarla en arriendo. Rápidamente aparecieron tres posibles. Los hombres eligieron la que les pareció mejor y ésta fue contratada por Antonio para una semana. Se la entregó a ellos y les dijo que sería su transporte pero que lo cuidaran mucho. Luego les preguntó que si eran capaces de llegar a la isla. Sonrientes dijeron que sí. Entonces Antonio les pidió que salieran adelante, que él los encontraría allá, porque iba a buscar comida y agua potable para todos. Él les dijo que no se preocuparan que seguro les cumpliría.

Los hombres salieron con el rumbo correcto y Antonio fue por los esquemas que había hecho el día anterior y por agua para beber y un poco más en frascos para tener allá en el depósito que llevaban. Añadió comida fría que compró en una buena tienda y salió en La Aurora.

Los dos pescadores llegaron con pocos minutos de adelanto. Todos entraron en la ensenada y amarraron los barcos. Luego Antonio les señaló el sector en el cual pensaba que construirían una cabaña, una vez que supieran que podían tener agua de la lluvia almacenada. Debían hacerlo de modo que desde el mar no se descubriera ni la cabaña ni el tanque del agua. Ese era el acuerdo con el dueño de la isla que permitía que vivieran en ella con esa condición.

Luego les mostró los esquemas de la lona templada y bien amarrada para que el viento no se la llevara. No tenía que ser muy alta, solo lo suficiente para que el agua rodara por ella y abajo entrara en la canaleta y por ella llegara al tanque. El tanque podía estar enterrado hasta unos diez centímetros por debajo de su borde.

Entre los tres comenzaron a cavar para clavar los palos en los cuales amarrarían la lona..., luego escogieron el sitio para enterrar el depósito, por debajo del extremo más bajo de la canaleta y lo hicieron. Amarraron y templaron la lona y sujetaron la canaleta al borde de abajo. Eso fue lo más difícil porque tenían el hilo al destorcer un trozo de cuerda pero no tenían una aguja para coser la canaleta a la tela. Al fin con agujas hechas con palos delgados, lo lograron. Luego crearon una pared con piedras por el lado del viento para impedir que inflara y terminara soltando la lona. Todo el complejo tenía menos de un metro de altura y algo como metro y medio del ancho de la lona y se ubicaba en la ladera de la isla que no se veía desde el mar. Revisaron , dejaron el agua que traían en el fondo del tanque y cubrieron la boca con chamizos y ramas secas amarrados y pasados por encima de la canaleta de entrada, para evitar que posibles cabras metieran las extremidades en el pequeño tanque convertido en pozo. Finalmente con piedras acumuladas fijaron el piso alrededor e hicieron intentos no exagerados de tropezar con él con resultados muy buenos. El techo no se desbarató. Los hombres se reían pero habían comprendido perfectamente el ensayo y pensaban por adelantado en construir el pozo con piedras y argamasa y levantar el techo de manera que se convirtiera en una cabaña.

Antonio les propuso que esperaran a que hubiera al menos un día de buena lluvia antes de regresar. Que si se desbarataba no era muy grave y de todos modos podían ver qué era necesario corregir en el siguiente ensayo.

Bajaron a la playa. Antonio abrió el paquete de comida que traía y puso el agua limpia a disposición. Todos tres comieron y se estiraron un poco antes de devolverse. Antonio les dijo que podían ir en ese barco directamente a Marsella. Eso sí, que lo cuidaran bien y que podían pescar con él y también pasear un poco con sus familias, sin meter demasiado peso extra. Les advirtió que no se metieran en contrabando de ninguna clase porque les podía ir muy mal. Ellos dijeron que no, que ni de riesgo iban a hacer semejante locura. Quedaron en que se encontrarían una semana después, al atardecer en el muelle de Livorno frente a la taberna conocida. De momento les pagó por el trabajo del día y les adelantó algo para los siguientes. Finalmente les dijo:

“Si esto funciona, lo primero que haremos será una pequeña casa para ustedes y sus familias, todo pagado por el dueño de la isla”. Pero de momento no publiquen eso. Sean prudentes porque si llegan muchos en plan de ayudar en la construcción, las autoridades nos echan a todos de aquí. Antes de salir les hizo repetir el nombre del dueño de la isla: el señor Adrien Martin. Dirían que él los había contratado para construir una cabaña. Que no dijeran nada de agua, ni que la cabaña era para ellos. De todas formas buscó un papel en el cual traía anotado el nombre y se lo entregó.

Se despidieron. Antonio esperó que ellos salieran adelante en la dirección de Marsella y luego él también izó su vela y enfiló hacia Livorno.

Otro trasteo

Antonio pasó dos días leyendo y haciendo esquemas de pozos para almacenar agua de lluvia, sin bajar al muelle. Al tercer día después de comer, salió en plan de dar un vistazo a La Aurora y su cuidador. Andando en éstas, se encontró de frente con Pier, el mayor de los pescadores del trabajo en la isla, quien estaba con un niño de unos diez años. Pier, por su parte lo saludó y de entrada le dijo:

"Señor Antonio, es que nosotros hemos ido a pescar por los lados de una isla (aquí hizo un guiño a Antonio) que está por aquí cerca y hemos tenido buenas pescas. Entonces decidimos buscar aquí un par de cuartos para que los viajes sean más cortos."

Antonio miró al niño y le preguntó: "Cómo te llamas?"

"Edmond", contestó el niño. Antonio se quedó como atontado. Luego la voz de Pier lo volvió a la realidad:

"Es mi hijo, señor Antonio". Él estaba muy deseoso de conocerlo.

"Bueno", dijo Antonio mientras, con algo de brusquedad, de cariño y de confianza revolvía el pelo de Edmón y preguntaba a Pier: "y ¿tu compañero también vino?"

"Sí, señor, él es mi hermano Max Santini y está esperando a ver si yo lo encontraba a usted para preguntarle si no le parecía mal eso que andamos haciendo"... luego le indicó que habían encontrado, y señalaba una casa en donde arrendaban cuartos.

Antonio dijo que no le parecía mal y añadió: "vamos juntos para ver esos cuartos", mientras comenzaba a caminar.

Era una casa vieja y amplia, con un espacio central abierto, lleno de tierra, piedras y desorden. Una mujer también vieja se asomaba a la puerta de un cuarto en una de las esquinas. Ella al escuchar al italiano se acercó y hablando en su lengua le dijo que la casa era buena pero que a la gente no le gustaba por el patio, porque por ahí entraba mucho frío. Antonio le preguntó también en italiano quién era el dueño y ella dijo que un hijo suyo, Giacomo. Él no vivía ahí pero que venía todos los días a comer con ella y por la tarde se iban juntos porque ella solamente estaba ahí de día por si alguien quería ver la casa para tomarla en arriendo.

Antonio preguntó a Pier que si las mujeres habían venido también. Pier contestó que no, que solo los dos hijos mayores. Antonio le dijo si lo que tenían para traer les cabía en la barca, junto con las señoras y los otros niños y él dijo que sí porque lo grande ya lo habían traído y dejado a guardar cerca de la casa del niño que cuidaba La Aurora. Que allá estaban su hermano Max y su sobrino Noah.

"Entonces vaya uno de ustedes y traiga al resto de la familia, mientras nosotros aquí arreglamos lo del arriendo" dijo Antonio y sacó unas monedas para que Pier comprara comida para el camino. Finalmente le dijo: "Nos encontramos aquí".

Como Pier titubeaba, Antonio imaginó enseguida que debían arriendos en Marsella y que no los dejarían salir. Entonces se volvió a la anciana y le preguntó si ella sabía cuánto valía el arriendo de toda la casa. Que era para varias familias que trabajaban para él.

Ella le dijo que esperara un momento a que su hijo llegara.

Antonio le hizo seña de que esperaría y se volvió a conversar con Pier para preguntarle cuánto estaban debiendo en Marsella.

Él, agachando la cabeza avergonzado, le dijo que la deuda era casi de dos luises.

Antonio lo acompañó hasta la puerta y le entregó el doble de esa suma para que dejaran todo pagado. Pier preguntó a Edmond si se quería quedar con su tío Max y su primo Noah mientras él iba a traer a las mamás y a los chiquitos a lo cual Edmond, asintió contento. Antonio hizo un seña breve a la señora indicándole que enseguida volvería y salió con Edmond para buscar a Max y a su hijo. Después de tranquilizar a Guido sobre su pronto regreso, volvieron a la casa para cerrar el negocio.

Giacomo llegó y la madre, muy preocupada le contó que el señor Pellerini quería arrendar toda la casa.

El dueño de la casa comenzó con alguna desconfianza pero cuando escuchó que el señor Santoro conocía a Antonio, se tranquilizó de inmediato y fijó un arriendo bastante alto porque Antonio quería todo, incluido el patio y un solar que había detrás de la casa, espacios que no se utilizaban en absoluto pero que valían lo suyo. Antonio le aseguró que él les cobraría por adelantado a sus empleados y le pagaría puntualmente. Enseguida Antonio escribió un recibo por los dos primeros meses de arriendo y pagó la suma total al flamante dueño, quien firmó el recibo en presencia de su señora madre. El señor Pellerini volvió a sugerir que el señor Giacomo podía ir a preguntar a Santoro o mandarlo llamar para que atestiguara en su favor.

El señor Giacomo dijo que no era necesario. De todos modos recibió con muy buenos ojos una nota de Antonio dirigida a Santoro, en la cual le pedía dar sus referencias al señor Giacomo, con quien andaba en trámites de un arriendo muy especial cerca del muelle.

Les fueron entregadas las llaves de la casa y la madre y el hijo se despidieron deseando buenas noches a los nuevos inquilinos.

Max con los dos chicos fueron a traer los paquetes y otras cosas que estaban en casa de Guido. Agradecieron y se retiraron con todos los corotos para llevarlos a la casa recién alquilada y ponerlos en el primer cuarto que encontraron. Ahí Max tendió los colchones para que los chicos durmieran un rato. Las mamás se encargarían de organizar la vivienda al día siguiente.

Antonio los dejó después de entregar las llaves de la casa a Max junto con algo de dinero para que comprara comida para él y los niños en las ventas del muelle. Les prometió que regresaría a las nueve de la mañana del día siguiente para ver cómo habían pasado la noche.

Al fin en su cuarto, Antonio terminó el día riendo en solitario de los rumbos tomados por la vida que, supuestamente, estaba en sus manos. Pensó en el chico Edmond... era el primer tocayo que conocía de cerca.

Ahora tenemos un lugar para hacer ensayos... pensó antes de dormirse.

Los siguientes cuatro días los pescadores fueron a pescar y sus mujeres y sus niños barrieron y limpiaron bien los dos

cuartos más grandes para acomodar ahí sus camas, quiere decir especie de colchones para dormir en el suelo, y acomodar también sus ropas colgándolas en cuerdas atadas a clavos en las paredes. Luego los cerraron y se pusieron a asear el resto de la casa, terminando por el patio, en el cual recogieron todos los restos de basura para quemarlos, amontonaron la tierra en el centro y distribuyeron las piedras contra el borde. Las madres pensaron en sembrar algunas hierbas y verduras si el señor Antonio lo permitía. Quedaba pendiente el solar exterior. Sobre ése esperarían un poco. Pensaban o mejor, soñaban en unas cuantas gallinas para tener huevos..., más adelante.

Aparte de la cocina y de un cuarto para el agua y el aseo, quedaban tres cuartos libres que podrían arrendarse como bodegas y también para hospedar temporalmente a otros ayudantes.

Tareas en una isla deshabitada

El día acordado, jueves, los hombres adultos volvieron a la isla de Montecristo. Salieron los hermanos como en plan de pesca y allá llegó Antonio en La Aurora. Quería que el tema del agua y de la posible construcción no trascendiera hasta estar seguros de que lograrían algo real que permitiera comenzar una primera vivienda.

Encontraron el recipiente completamente lleno de agua limpia. Eso los emocionó a todos tres. Si tenían en donde almacenar suficiente agua, podrían vivir allá y entonces sí que tendrían gallinas y huerta y flores. Acordaron estudiar primero y establecer el orden de hacer las cosas. De momento recogieron la lona pero el tanque lo dejaron así enterrado y

tapado para tener esa reservita de agua. Antonio acomodó como si fuera una lona pequeña, una piedra plana y la recostó contra el barranco y por la base la apoyó en el trozo final de la canaleta que acababan de separar de la lona, trozo que continuaba cubierto con las ramas y atado al recipiente.

No hablarían del asunto y no llevarían a ninguno al lugar de los ensayos. También les recomendó que por ningún motivo permitieran que las mamás y los niños se alejaran hacia el interior de la isla. Podía haber huecos profundos y peligros desconocidos.

Eso sí, podían hacer un domingo de paseo, para que los niños jugaran en la playa y para hacer un primer semillero de árboles. Para eso tenían que recoger semillas que vieran en árboles de otras partes pues en la isla no había ninguno, para sembrarlas y protegerlas y después, cuando crecieran lo suficiente, poner los arbolitos en lugares bien escogidos.

Decidieron dejar el paseo para el domingo después del siguiente, a fin de tener tiempo para buscar semillas y otras cosas que fueran pensando. Antonio les avisaría si había alguna necesidad de volver juntos a la isla antes del domingo señalado para el paseo.

Los pescadores tiraron sus redes y en una hora lograron tres peces grandes. Antonio los felicitó y les dijo que si querían continuar lo hicieran, que seguramente en la fonda les comprarían el pescado que no se comieran. Él se adelantaba y llegaría sin llamar la atención de los niños. Como si viniera de otra parte.

Los hermanos resolvieron que pescarían durante una hora más antes de volver para la comida con sus familias. Así se

despidieron. Antonio les recordó el nombre del dueño de la isla y su encargo por si llegaban gendarmes, enseguida salió con dirección a Marsella.

Dos noches y un día en Marsella

A su llegada a Marsella, Antonio se encontró en el muelle con el padre de Luis a quien correspondía esa noche la vigilancia. Dejó a su cargo La Aurora y caminó directamente a su casa. Golpeó en la puerta de Jacobo para saludar y recibir las llaves pero Jacobo lo hizo entrar aunque fuera un momento. Antonio muy satisfecho encontró a su amigo bien instalado, incluso con cierta elegancia, lo cual le hizo pensar en 'matrimonio a la vista'.

Efectivamente, Jacobo le hizo un relato de sus logros y de los proyectos con Luisa, proyectos que esperaban iniciar en seis meses, después de la boda.

Antonio, de momento quiso ver su propia casa. Jacobo la tenía muy limpia y ordenada pero sin añadir ninguna otra cosa a las que estaban en ella en el cuarto pequeño, en el cual había vuelto a ubicarlas de la misma manera después del trabajo de pintura completa y remodelación de la cocina, del baño y del cambio de todas las puertas y ventanas. En esa casa no habían destinado ningún cuarto como bodega por orden directa del señor Morrel.

Entonces Antonio habló de invitar a Jacobo, a Luisa y a su compañera a cenar. Quería conocerlas y que ellas supieran que podían contar con él cuando lo necesitaran. Jacobo le dijo que sí, que iba de inmediato a decirles y que en media hora estarían listos todos. Antes de salir, rápidamente le dijo a Antonio que él quería pedirle que, si era posible, les

arrendara el cuarto libre de la casa que seguía siendo propiedad de la empresa para que ellas se pasaran, pues el dueño del apartamento que ocupaban se lo había pedido. Antonio le dijo que no habría ningún problema, pues ése era el objetivo buscado con la reserva de esa casa.

En media hora, efectivamente llegaron Jacobo y dos señoritas: una de ellas, sin duda Luisa, de unos veinte años y la otra, Haydée, un poco mayor a quien Antonio calculó veinticinco. Ambas muy sonrientes y sencillas. Salieron los cuatro en un plan perfecto para el sentimiento de Antonio: en su tierra natal, en el medio social que se correspondía con sus recuerdos de infancia y acompañado por su amigo entrañable y dos mujeres bonitas y bien educadas.

Cenaron y conversaron mucho. Entonces Antonio aprovechó la oportunidad para invitarlos al paseo a la isla de Montecristo, informando de paso a Jacobo, quien algo había sabido, no del paseo sino del trabajo, por sus amigos de la Dolce Alicia quienes lo habían buscado cuando estaban a punto de irse a vivir en Livorno para contarle todo lo que hasta ese momento había sucedido en sus vidas, y para agradecerle por haberles dado las señas de Antonio y sus propios consejos y ayuda en esos días desesperados. Jacobo había despedido en el muelle a Pier con las mujeres y los niños menores, esa noche del trasteo.

Se despidieron todos contentos con la amistad. Antonio informó a Jacobo que iría al día siguiente a la Casa Morrel solamente para conversar un rato con la familia Morrel, podría ser hacia las once y le pidió que preguntara a su jefe si esa hora le convenía o si no que Jacobo le comunicara la hora elegida a través de un mandadero, . En el tiempo restante

quería con su ayuda, conseguir algunos muebles para completar lo más necesario en su casa.

Jacobo mismo estuvo de regreso con la respuesta: el señor Morrel invitaba a Antonio a comer a la una y después conversarían todo el tiempo que quisieran. Jacobo podía utilizar la mañana para acompañar a su amigo en el trajín de amoblar su casa.

Antonio decidió dejar el cuarto pequeño como su dormitorio. En el grande quería tener un escritorio de buen tamaño y estantes para libros. Además dos o tres sillas cómodas. Por otra parte faltaban muebles para la sala y comedor que era un espacio sin divisiones frente a la cocina. Con esa lista salieron.

A las doce estaba la casa arreglada. Antonio había añadido unas sábanas, toallas, almohadas y dos mantas y artículos necesarios para una cocina básica.

Jacobo volvió antes de la doce a la Casa Morrel. Antonio llegaría por su lado a la una, en plan de comida en restaurante y charla con la familia.

Augusto Morrel y sus hijos Juanita y Maximiliano estaban listos cuando Antonio llegó. Los cuatro caminaron hacia un restaurante conocido, mientras charlaban de unas y otras cosas. Antonio tomó nota de que un hombre desconocido para él, a quien había visto en la acera del frente de la casa Morrel cuando él llegó, apareció y siguió de largo cuando ellos entraban en el restaurante y dos pasos después se volvió a mirarlo a él, en particular.

Desde los días del contrabando, Antonio había aprendido a reconocer espías, cosa que el inocente Morrel ignoraba totalmente. Se propuso llevar la conversación de la forma más superficial posible. En voz baja le dijo a Morrel, 'hablemos solo tonterías' y en voz normal preguntó sobre el lugar que preferían.

La comida buena, la conversación sobre la moda de los jóvenes de la sociedad, de los peinados, de los sombreros y de los adornos de las damas y de las pocas fiestas grandes en Marsella. Juanita dijo que le gustaría mucho asistir a una fiesta que se anunciaba en París el mes siguiente. Morrel le prometió que haría todo lo posible por ir con ellos dos. Era ya tiempo de que frecuentaran la sociedad que dirigía la vida francesa de las capas educadas.

Al final, pidieron un postre y cuando lo iban terminando, Antonio vio salir a alguien que había permanecido mucho rato en la puerta de entrada, mirando descuidadamente hacia la calle.

Volvieron despacio a la casa Morrel. Antonio intencionalmente se detuvo un par de veces para mirar vidrieras de negocios nuevos y elegantes y no detectó nada sospechoso.

En el despacho de la Tesorería, Antonio quiso explicarles a todos cuál era su pensamiento para el futuro inmediato, partiendo de la situación actual de la empresa.

Les indicó que manteniendo la atención a los detalles que hacían sentir a los clientes satisfechos, bien tratados y respetados, el flujo de compradores iría siempre en aumento.

Por supuesto era importante mantener una vigilancia sobre la calidad de los productos...

Finalmente les dijo que al cabo de seis meses, él quería dejar la tesorería en manos de Maximiliano o de otro miembro de la empresa, que fuera de total confianza para todos. Esa persona debería acompañarlo a él en el tiempo que él dedicaba a sus labores como Tesorero, a partir de la siguiente visita.

Augusto dijo a Maximiliano que si él quería continuar con la empresa, era hora de entrar de lleno a participar en ella como miembro de la administración y le preguntó sobre su pensamiento al respecto.

Maximiliano contestó que sí quería. Que él tenía prácticamente decidido irse al Ejército porque pensaba que su padre dejaría la empresa en manos de Antonio. Pero que no siendo así, por supuesto que estaría listo al día siguiente para comenzar. Juanita apretó el brazo de su hermano y sonrió muy feliz al saber que no se convertiría en soldado.

Antonio, muy satisfecho explicó al joven Morrel que su propia participación, la de él, Antonio Pellerini, como empleado de la empresa había sido desde el comienzo una decisión transitoria tomada entre el dueño y él, con el objetivo de sacar a la Casa del bajo nivel en el cual había caído después de todas las dificultades pasadas en los años anteriores, pero que él volvería a ser solamente el amigo y asesor de confianza, de ninguna manera un miembro copropietario de la Casa Morrel. La fecha de su retiro la fijarían entre todos durante el primer mes de trabajo conjunto.

Morrel, un poco sorprendido por el nivel de la decisión, la aceptó comprendiendo repentinamente que su hora de retiro estaba también a punto de sonar.

Así que a partir del día siguiente, Maximilano comenzaría por conocer al personal que trabajaba en el área de finanzas y los trámites comunes del manejo de dineros, con las indicaciones del contador y la secretaria, y en dos semanas más, se metería de lleno en todo el tejido de los negocios en compañía de Antonio Pellerini, actual tesorero de la Casa Morrel.

Esa tarde se despidieron con un gran sentimiento de cordialidad sincera y absoluta confianza mutua.

Antonio demoró un momento antes de salir: quiso revisar someramente todos los movimientos relativos a la compra y venta de las cinco casas. Añadió al final, como una entrada provisional con la fecha del día: *solicitud de arrendamiento de la quinta casa por la señorita Haydée Durand, de 'Alta costura'*. Escribiendo al frente: *'pendiente..'*

'Será la primera resolución en compañía de Maximiliano', se dijo, cerró el libro y salió.

Jacobo lo esperaba. Había terminado su jornada y quería aprovechar los momentos que tuviera con su amigo. Pensaba que Antonio viajaría de noche. Pero no, Antonio quiso quedarse en su casa y sobre todo conversar con su amigo.

Le contó el curso de la reunión con la familia. Le dijo de su sospecha de ser espiado por alguien, y del asentamiento de la solicitud de arrendamiento de la quinta casa, solicitud

presentada por la señorita Haydée Durand. Sería resuelta sin duda en la semana siguiente al paseo por la isla.

Luego hablaron de las chicas. Antonio le dijo que le había gustado mucho Haydée. Que esperaba el paseo con ilusión pero que por favor no le contara ni a Luisa, de momento. No podría haber apariencias en esos primeros contactos. Debían dejar que los hechos mostraran lo que les convenía.

Jacobo se entusiasmó y le aseguró que no diría ni haría ningún gesto que indicara la existencia de nada al respecto. Finalmente se rieron al mirarse como adolescentes en situación de conquistar su primera chica.

Antonio se puso su ropa de pescador. Juntos bajaron al muelle para hablar con Luis, respecto del cual Antoine dijo a Jacobo que sería bueno comenzar a entrenarlo como marinero... Luis recibió sus monedas y les contó que unos amigos del piloto de la Dolce Alicia que se habían ido a vivir a Livorno, antes de irse del todo habían guardado sus cosas en la casa de él y que su mamá se puso muy nerviosa porque creía que eran contrabandistas y que iba a llegar la policía... Jacobo y Antonio se rieron y le dijeron que no. Que eran buenos amigos de los dos y que ya estaban viviendo como pescadores en Livorno. Que si los veía, los saludara como viejos conocidos.

Para terminar el día se metieron a la fonda y comieron pescado asado con vino blanco. Ninguna sombra sospechosa en todo el tiempo. .. tal vez era a Morrel a quien espiaban. De todos modos no debían descuidarse. En eso estuvieron firmes.

Regresaron a la casa y acordaron de una vez que el domingo señalado se encontrarían en la ensenada de la isla de Montecristo, antes del mediodía. Él, Antonio, llevaría carne para asar y completarían con pescado aportado por los hermanos Santini, Pier y Max. Recomendó a Jacobo llevar algo de leña para el fuego. No quería quemar ni siquiera chamizos secos de esa isla tan pobre de vegetación.

Muy temprano ese sábado Antonio salió y dio leves golpes en la puerta de su amigo. Él se asomó enseguida. Antonio le dio una de las llaves de su casa por si se necesitara. Se despidieron con un 'hasta el domingo en la isla', y Antonio arrancó rápidamente hacia el muelle.

Acciones de un alto personaje

Sin contratiempos Antonio llegó a Livorno y se encerró en su casa. Dedicó tiempo a pensar en su futuro romántico. Su mente volvió a la imagen de Mercedes, ese amor inmenso que lo iba volviendo loco durante el primer año en If. Cuando se dio cuenta de que su sentencia no pronunciada era morir ahí, el dolor de pensar en Mercedes se convirtió en una tumba oscura en su corazón. Puso tierra sobre ella y se dedicó a esperar su propia muerte, acelerándola con las hambres y el abandono interior de sus fuerzas... hasta que el encuentro con el abate lo hizo nacer de nuevo a la vida. Una vida en la cual ya no estaba Mercedes, ni tampoco su amado padre a quien consideraba muerto del dolor de no haberlo visto de nuevo. Solo estaba el abate y sus lecciones y sus palabras dulces y llenas de esperanza que lo condujeron a recuperar sus energías y a proponerse la meta fija de escapar con su maestro.

Ahora era libre, acababa de conocer a Haydée y pensaba en ella con dulzura. Sí, los dos podrían caminar juntos, pero no en un nivel de vida ajeno a sus propias historias. Entonces la lógica lo trajo de inmediato a que era hora de terminar con esa herencia. No quería tener ese garfio clavado mientras cortejaba a Haydée. No, ella no merecía eso. Él era un hombre de trabajo y ella por su lado hacía otro tanto. Ninguno de los dos servía para alto personaje en la sociedad.

Así, saliendo del ensueño se sentó y escribió:

A. Salir de los restos del encuentro B. Poner a descansar al nuevo noble. C. Hacer un plan para mejorar la isla.

Hizo cuentas y decidió:

1- poner un saldo significativo pero no demasiado alto en la cuenta de Adrien Martin en Montpellier.

2- Dejar en ese banco una caja de seguridad con los documentos del señor Martin: número de cuenta bancaria, pasaporte, documento original de compra de la Isla de Montecristo y título legal de 'Conde de Montecristo' en su original, con las firmas del caso, incluida la firma del Rey.

3- Salir a mar abierto y mandar al fondo los restos de la herencia de su tío cura.

4- Conquistar a Haydée para vivir y tener hijos con ella.

Comenzó esa misma tarde de sábado con una revisión de su propia cuenta bancaria, y decidió dejarla con el balance que tenía que era un saldo a favor, proveniente en su totalidad de los pagos recibidos por su trabajo en Casa Morrel. Además abrió una Cuenta de Ahorros adjunta, para 'mejoras de la isla'

con una suma estimada como el costo completo de construcción de dos casas, consignación que quedó pendiente hasta que recibiera el pago de varias deudas, en el término de dos días. El banco aceptó esa dilación y la cuenta quedó lista con el ingreso mencionado 'en trámite'.

Revisó, en su calidad de Tesorero, el balance de la cuenta de Casa Morrel y añadió, desde la oficina de Livorno, una suma por ingresos provenientes de los pagos finales, de los deudores de las casas en cuestión y por ventas de los inventarios que estaban en las bodegas. Así, cada uno de los propietarios entre los cuales se incluía él, al terminar el plazo estipulado, entraba en posesión total de su casa.

Con estas previsiones preparó lo necesario para comenzar por el primero y segundo puntos en la mañana del lunes y comenzar así la semana que culminaría con el paseo a la isla y establecimiento de su relación amorosa con Haydée.

Fue luego con su peluquero para cortarse el cabello y arreglar su barba. Se despeinó un poco mientras regresaba a la casa. Se metió la gorra de marino y con tranquilidad de espíritu salió de nuevo para cenar en la fonda. Ninguno de los pescadores amigos estaba por ahí, así que al terminar Antonio buscó al dueño de la barca que ellos usaban, para pagarle una quincena más. Luego se fue a su casa a dormir.

Decidió hacer lo que tenía listo sin volver a pensar en ello. Entonces simplemente se durmió.

El domingo repasó su programa de la semana, decidió caminar en solitario para concentrarse y a la vez relajarse mejor con todo en orden dentro de su cabeza. Fue a la fonda del muelle para cenar en ese ambiente siempre grato y

regresó para leer más sobre el agua y los pozos, preparar su ropa de alto personaje y dormir.

Ese lunes, muy temprano, antes de que Guido, el cuidador de La Aurora llegara al muelle, el señor Adrien Martin impecable, salía en ella con dirección hacia Marsella y Montpellier.

A su regreso a Livorno en el mismo día, bajo la luz de un espléndido atardecer, Antonio se sentía muy satisfecho porque había dejado los puntos 1 y 2 de su programa completamente cumplidos. Ningún tipo de duda ante un señor tan culto, tan bien vestido y tan adinerado podía haber surgido en la mente de los empleados del banco de Montpellier. Estuvieron encantados de servirle. La caja de seguridad del señor Adrien Martin quedó por un futuro que Antonio Pellerini podría llamar infinito, absolutamente a salvo de cualquier curioso o mal intencionado visitante del banco.

Al bajar de La Aurora, Antonio Pellerini tenía su apariencia ordinaria y ampliamente conocida y llevaba en su bolsa, en monedas, las cantidades que habían quedado pendientes en el banco. El punto 3 estaba listo a para ser cumplido, a bordo del barco en una próxima salida.

Guido y su padre lo saludaron amablemente y le informaron que los pescadores habían salido temprano. De su cuenta añadieron que siempre traían muy variados peces y que el día anterior les habían regalado a ellos uno muy grande y muy bueno. Se despidieron muy sonrientes. Antonio volvió a su casa animado al sentir un fuerte incremento de libertad por el hecho de haber eliminado la carga inútil de llevar encima un

nombre ilustre. Durmió más de diez horas de seguido y amaneció descansado.

Dedicó dos días a la búsqueda de libros de los cuales el abate le había dado buenas referencias y al consiguiente arreglo de una biblioteca en su estudio. Descubrió entonces que leer novelas era una ocupación maravillosa y se propuso como una meta en su vida personal, tener siempre, fuera del tema de estudio, una lectura en curso y buscar y obtener obras literarias tanto nuevas como antiguas para ocupar su mente y su imaginación en muchos ratos que a veces se le iban en blanco.

El jueves estuvo conversando con Santoro respecto de lo hablado con la familia Morrel, aunque sin demasiado detalle porque él mismo no tenía muy claro sobre cómo marcharía el asunto de la entrega de su cargo.

Un día crucial

En la mañana del viernes, cuando Antonio llegó al muelle decidido a dar el tercer paso en su lista de acciones a realizar antes del cortejo, el hecho de que todas las barcas continuaban amarradas llamó su atención. Pier se acercó para saludarlo y explicarle mostrando el cielo, que una tormenta se aproximaba. Que era preferible quedarse quietos. Antonio aceptó. Él sabía de tormentas y naufragios, de modo que no iba a pelear por el capricho de salir de cierta carga que le incomodaba. En lugar de eso revisó los amarres de La Aurora y entró a la fonda para esperar la tormenta.

Empezaba a sentirse el viento huracanado cuando alguien gritó ¡Un barco!

Todos los presentes se amontonaron en la puerta para ver a la luz de los relámpagos un barco que aparecía en el horizonte. Ninguno estaba seguro de cuál podría ser y todos temían que no resistiera la tormenta.

Antonio con su vista tan aguda, pudo ver que las velas estaban recogidas, lo cual le dio ánimo. El viento sobre el cuerpo del barco, sin velas que lo atrapen, es mucho menos poderoso que si las velas estuvieran desplegadas.. pero de todos modos, el mar estaba verdaderamente encrespado y el barco se zarandeaba como una cáscara.

Algo insólito era la velocidad con la cual el barco se acercaba. Cada golpe del mar lo hacía avanzar una distancia enorme, parecía que corría a saltos. Antonio pensó en que muy posiblemente el barco tenía insuficiente lastre. Entonces distinguió que en el extremo del palo mayor algo se encontraba amarrado a él. Algo como un bulto que a cada salto parecía despegarse del palo pero enseguida volvía a agarrarse a él.

Pronto pudo ver mejor: Era un hombre que bregaba para mantener el palo vertical, para evitar que cayera y sin duda volteara el barco. Poco después alcanzó a ver que alrededor del palo, a la mayor distancia posible de él, varios hombres distribuidos como en círculo jalaban cuerdas con el mismo propósito. Antonio se admiró. Admiró ese esfuerzo común en semejante momento cuando cada uno estaría buscando cómo salvarse sin pensar en nada más... Fue una visión de las posibilidades del esfuerzo común e inteligente. Y fue efectivo. Al cabo de tres horas el viento poco a poco comenzó a disminuir y el barco volvió a deslizarse en lugar de saltar. En ese momento todos los barqueros que estaban en el muelle

saltaron a sus barcas llevando cuerdas para ir a ayudar. También Antonio subió a la Aurora y enfiló hacia el buque. Y entre todos lo remolcaron por otras tres horas, dando así un alivio a los de arriba para que solamente se preocuparan por evitar que las cuerdas se enredaran y mantener la tensión apropiada y suficiente hasta que, ya en horas de la tarde, llegaron al muelle grande y desde arriba fue lanzada el ancla.

Antonio entusiasmado y emocionado ofreció tragos y bocados para todos. Cuando los tripulantes del buque comenzaron a bajar, toda la gente del barrio de pescadores de Livorno aplaudía y sonreía. Luego hubo abrazos. Algunos del muelle tenían conocidos entre los del barco, pero la mayor parte se veían por primera vez y se abrazaban. La algarabía duró varias horas. Antonio se acercó a ver si podía hablar con alguien y supo que realmente habían tenido que salir casi sin carga en la bodega por muchos problemas en el origen, problemas entre los dueños de la carga y los dueños del barco. Los tripulantes temían que nadie les pagara el viaje. Antonio se acercó para saber quién era el capitán y a quién representaba, si al dueño del barco o al dueño de la carga. Luego escuchó el nombre de un conocido suyo del tiempo del rescate del Faraón. Mandó a un chico a buscar rápido a Santoro. Con él pensaría mejor en cómo podrían ayudar. Antonio dijo a Santoro que averiguara si los problemas más inmediatos se podían arreglar con dinero, para que esos pobres y agotados marineros pudieran tomar un descanso y recibir un pago. Santoro era muy práctico en esas cuestiones. Preguntó a Antonio cuánto dinero podría facilitar él, con perspectivas de recuperarlo en un próximo viaje o en parte del barco si quisiera comprarlo.

Antonio hizo un cálculo del dinero que representaba uno de los lingotes de oro que aún le quedaban y lo comunicó a Santoro en voz muy baja y muy de cerca. Entonces Santoro, de su bolsa resolvió el problema. Se fue directamente a hablar con el capitán y otro que había llegado con él, a quien el comerciante de Livorno conocía. Santoro compró el barco con todo y la carga y volvió para comunicarlo al dueño del dinero. Antonio le dio a entender como si fuera cosa de ninguna importancia, que en horas de tranquilidad le llevaría el oro.

La tripulación se fue a comer y a dormir en la fonda por cuenta del capitán. Antonio tendría que ver qué hacer con el barco y con la carga, pero eso era más fácil que darle una salida pacífica a un lingote de oro.

Cuando todo estuvo en calma y el muelle prácticamente vacío y solitario, Antonio subió a La Aurora para buscar lo prometido a Santoro. El oro estaba en el puesto, en su compartimiento secreto y seguro. Entonces Antonio decidió que lo que quedara, fuere lo que fuere, seguiría ahí como si hubiera caído al fondo del océano, a menos que algo extraordinario como lo que acababa de suceder, lo obligara a volver sobre ello.

Con esa nueva idea del 'fondo del mar', Antonio se sintió bien y bajó de La Aurora con la ropa sucia hecha un ovillo, debajo del brazo. Así llegó a casa de Santoro quien recibió el paquete y lo dejó en un lugar apropiado.

Habían sido muchas y encontradas emociones en un solo día. Los amigos optaron por tomar un trago en silencio. Santoro no sabía si reírse o llorar mientras miraba a Antonio

impertérrito saboreando el fino cognac. Al cabo del trago Antonio se levantó. Mientras estrechaba efusivamente la mano de su amigo, expresó: "A las nueve estoy aquí para que hablemos" y salió.

Acomodo de mercancías

Amaneció el día sábado. Antonio quería llegar al punto en donde se pudiera olvidar y continuar completamente tranquilo e indiferente respecto del negocio de la víspera, al menos hasta que el paseo a la Isla de Montecristo tuviera una realización completa.

A las nueve en punto, en cuanto entró y se sentó, se inició una charla de menos de diez minutos. Antonio preguntó a Santoro:

"¿Qué clase de carga es?"

"Fundamentalmente telas y algunos tapices", contestó Santoro

"¿Tienes en dónde meterlos?" volvió Antonio

"No. Pensaba buscar un lugar". Respondió el comerciante

"Yo lo tengo. Vamos a verlo", dijo Antonio. Santoro solamente sonrió y se dispuso a salir, considerando que era completamente inútil tratar de anticiparse a las ideas del Pellerini.

Así llegaron a la casa de los hermanos Santini. Los niños corrieron a saludar al señor Antonio y él los mandó a buscar a sus papás.

Antonio le dijo a Santoro que le iba a dejar esos dos pescadores para que ayudaran por ese día a la tripulación en el trajín de transportar y guardar todo ahí. Que esa casa la había tomado él en arriendo y que por ese fin de semana sería todo lo que le podría adelantar porque tenía un compromiso ineludible para el día siguiente y necesitaba todo el tiempo para prepararlo. El lunes volverían a hablar.

En cuanto llegaron los hombres, Antonio les dijo que abrieran los cuartos vacíos para que el señor Santoro los viera y decidiera en dónde iban a meter la carga del barco que había llegado la víspera:

Pier fue rápido a traer las llaves y comenzó a abrir. Santoro observó la limpieza del lugar y no pudo menos que admirarse. Entonces preguntó a los hermanos que si tenían todo el día libre. Ellos contestaron que sí, pero que el siguiente día lo tenían totalmente comprometido. Entonces Antonio se despidió y con un guiño indicó a Pier que con la señora le dejaría un recado. Santoro ya iba caminando con Max hacia el barco.

Antonio tranquilizó a la mujer de Pier respecto del barco, asegurándole que ya en el puerto estaba a salvo de hundirse, porque la buena mujer estaba nerviosa pensando en que en ese barco estarían los hombres de su familia y podrían ahogarse.

Además Antonio le informó que el señor Santoro era un comerciante importante de Livorno, que el barco y la mercancía que habían llegado eran de él y que subiría con ellos al barco y que también era muy posible que les diera trabajo en su empresa. Por el momento Pier y Max ayudarían

a traer la carga, eso sería todo. El día siguiente estaba dedicado al paseo, y el señor ya sabía que no los podría ocupar en otras cosas. Finalmente le contó que pensaba invitarlo y si Santoro no tenía otro compromiso, allá en la isla ella lo conocería y lo podría tratar de cerca porque ese señor era una persona muy sencilla y amable. Pellerini dio enseguida a la mujer algo de dinero para que con su cuñada compraran los ingredientes y prepararan tortas para llevar ya preparadas, explicándole que en total serían diez o doce personas. Luego se despidió y quedaron en que se encontrarían al amanecer siguiente, en el muelle.

Antes de tomar el camino de su casa, Antonio quiso encargar la carne para el paseo a la señora de la fonda. Ella se comprometió a dejarla en la noche con sal y lista para asar, de forma que a la madrugada él o uno de los pescadores que trabajaban para él, la pudiera recoger. Además le ofreció tener listas las verduras para acompañar el asado.

Antonio pensó en el agua de beber. Recordó que había quedado un poco en el depósito del ensayo, y que podía suceder que la pequeña superficie de la piedra que puso antes de retirarse en la ocasión anterior, hubiera funcionado como la lona, pero no podía confiar en que sucediera tan fácilmente.

Finalmente se acordó de las semillas. Él tenía unas diez o doce que había encontrado en un árbol cercano a un pozo de Marsella. Con ésas se conformó por el momento.

En su casa volcó toda su mente hacia el tema de Haydée. Pensando bien no logró recordar si antes había escuchado ese nombre. Eso sí no había conocido a ninguna mujer que se

llamara así. Lo evidente para él era que le gustaba mucho, le sonaba musical. Pensó en comprar una bebida que pudiera ofrecerles y unos panes dulces o un postre para todos. Salió en ese plan. Al pasar por una tienda de ropa elegante vio unos pañuelos para dama. Sin mucho pensarlo, compró dos, uno de color crema y otro verde pálido, y los hizo atar con cintas apropiadas. Los llevaría para las dos amigas que llegarían con Jacobo.

A las cuatro de la tarde Santoro golpeó en la puerta de Antonio. Sorprendido y contento, Antonio lo hizo seguir a su estudio y se sentaron a conversar.

Santoro comenzó contando a su amigo que todo había quedado muy organizado. Que esa bodega era muy amplia y el lugar especialmente apropiado por su cercanía al puerto.

Antonio le relató toda la historia y también su pensamiento al tomar la casa completa, de proponerle a él un negocio común, puesto que estaba en trámites de dejar el trabajo en Casa Morrel. Ni se imaginaba que iban a precipitarse los hechos..., pero que al fin, así le sucedían a él las cosas.

Entonces le habló de Adrien Martin y de la Isla de Montecristo y de las circunstancias altamente ventajosas que le habían llegado simplemente por entrar a preguntar en la oficina de ventas de propiedades del estado... También le habló de su amigo Jacobo y de la novia del mismo llamada Luisa y de la amiga de esa chica que se llamaba Haydée y a quien él, Antonio Pellerini, estaba en plan de cortejar. Que si funcionaba, lo nombraría padrino de matrimonio en unos seis a ocho meses...

Santoro abría los ojos cada vez más grandes. A la palabra matrimonio se paró para abrazar a su amigo. Después del abrazo, Antonio sacó el licor único que tenía y sirvió dos copas. Luego de que Santoro brindara y ambos tomaran el trago, Antonio invitó a su amigo al paseo del día siguiente en el cual comenzaría su danza de 'arrastrar el ala' ante la dama. Santoro se reía con muchas ganas de la forma por demás curiosa de expresar algo que siempre se toma con tanta parsimonia. Primero pensó que no era prudente, pero luego reflexionó que si Antonio lo quería pues era porque no lo consideraba imprudente. Así que le contestó que bueno, que iría, pero que si en la noche cambiaba de opinión, se lo dijera enseguida.

"Lo único malo de que vengas es que te toca madrugar porque quiero estar allá por tarde a las nueve". A las seis bajo al muelle para despedir a los pescadores y sus familias quienes se adelantarán para preparar el lugar del asado. Luego regreso, desayunamos tú y yo a eso de las siete y salimos. ¿Muy malo madrugar así en domingo?

"Claro que nada malo. Entonces, déjame a mi el tema del desayuno. Cuando bajes a las siete, pasa por la casa, comemos y de ahí nos vamos", contestó Santoro.

"Perfecto. Ah, por favor, no me dejes olvidar pedir leña en la fonda. En la isla no hay ni un palo", terminó Antonio.

Todo lo del negocio futuro se quedaría en reposo hasta el lunes.

La danza del palomo

Antes de las diez llegó Jacobo con las damas. La Dolce Alicia venía cargada con buena cantidad de leña. Terminaban de realizarse las presentaciones de todos los Santinis con las señoritas, presentaciones dirigidas por Jacobo, cuando La Aurora apareció en la línea del horizonte y giró hacia la isla. Jacobo y los hermanos sacaron elementos de la embarcación con los cuales desde tiempos pasados organizaban bancos para sentarse y los armaron en el lugar que les pareció más apropiado. Inmediatamente los niños se apresuraron a buscar puesto en ellos y las mamás los retiraron con ceño fruncido indicando el piso de arena de la playa como el lugar más apropiado para jugar. Jacobo los invitó a construir un castillo en un lugar que les marcó con piedras en la cuatro esquinas, y que estaba suficientemente retirado del fuego y de los bancos a los cuales invitó a Luisa y a Haydée para que tomaran asiento.

Jacobo y Max sacaron toda la leña y la pusieron en lugar conveniente mientras Pier se adelantaba hacia el puesto en donde La Aurora acababa de detenerse, recibía la cuerda que Antonio le lanzó y con ella en la mano, buscaba la piedra apropiada para el amarre. Entonces todos se acercaron para saludar.

Antonio bajó adelante, le tendió la mano a Santoro y con un gesto un poco teatral y cómico le ofreció la isla que él tenía a su cargo como un lugar a la disposición del visitante que le hacía el honor.

Santoro no podía menos de reírse de tanta payasada realmente simpática. Se acercaron al grupo de las señoras y

con Jacobo, las presentaron a todas cuatro, también a los señores y a los niños.

Antonio enseguida llamó a los niños para darles los dulces y frutas especiales que les traía, a las señoritas, se acercó con las manos en la espalda y simultáneamente sacó los regalitos frente a ellas: el pañuelo crema para Luisa y el verde para Haydée, con las correspondientes venias y sonrisas. A las señoras encargadas de la cocina les traía a cada una una cacerola nueva muy bonita con un moño de cinta de colores. Las cacerolas se distinguían por el color del asa.

Santoro saludó efusivamente a cada una y también a los niños y les prometió que a la próxima les traería una sorpresa porque esta vez Antonio no le dio tiempo para conseguirlas.

Antonio recomendó especialmente a la señora de Pier que se encargara de vigilar el asado para que la carne quedara en el punto mejor y a la de Max que invitara a las señoritas a cortar las verduras para preparar la ensalada. Para que las jóvenes se involucraran en las tareas, Antonio entregó a Luisa los platos y cucharas y a Haydée los vasos para la bebida de limón que venía lista en unas botellas.

Así, encomendando trabajo a todas, el conquistador decidió hacerles la corte en bloque, lo cual fue recibido exactamente con la intención que llevaba y al poco todas y todos miraban de reojo a Haydée quien servía limonada y la repartía sonriente y feliz a chicos y grandes.

Los pescadores prometieron tener pescado para la próxima ocasión porque había estado muy escaso por los lados del buque en el cual pasaron todo el día anterior sin ver ni una pequeña sardina.

Antonio preguntó a Pier y Max si habían mirado el recipiente del agua. Ellos dijeron que no. Entonces les recomendó que después de que todos comieran, ellos invitaran a los niños a apostar carreras por la playa mientras él subía con Jacobo, Santoro y las señoritas a mostrarles el invento de recoger agua de la lluvia. A las mamás les pidió que ayudaran a sus maridos para que los niños y también ellas disfrutaran de la playa y del agua. Que otro día cuando vinieran sin invitados haría con ellos el mismo recorrido que iba a hacer en ese rato. Así subieron mientras Antonio, llevando un vaso en su mano, les explicaba su proyecto de meter agua en la isla y de sembrar árboles y de transformarla en una isla verde. Tal vez construiría una cabaña, si lo del agua funcionaba bien.

Cuando llegaron, Antonio, deslizó con cuidado su mano sobre la piedra plana y luego sobre la base y el pedazo de canaleta en el cual se apoyaba y, finalmente, metió la mano con el vaso en el tanque y lo sacó completamente lleno de agua limpia y dulce. Entonces despejó los chamizos que cubrían el ensayo y les mostró el agua almacenada en el pequeño tanque y les explicó cómo lo habían hecho siguiendo las ideas surgidas en su mente, a partir de la lectura relativa al agua dulce de las pequeñas islas marinas. Santoro y Jacobo no salían de su asombro. Las jóvenes sonreían ampliamente y no acababan de entender cómo había sucedido que el agua de la lluvia cayera exactamente sobre esa pequeña abertura del tanque.

Antonio ofreció el vaso a Haydée para que probara el agua. Ella empezó a tomarla lentamente, pero luego la bebió toda de una vez y dijo que estaba deliciosa. Antonio le sirvió a Luisa, luego a Santoro y a Jacobo. Finalmente sirvió para él.

Al bajar de nuevo a la playa, Jacobo con Luisa y con Santoro se adelantaron y Antonio explicó despacio a Haydée cuál era el secreto para recoger el agua de la lluvia. Ella lo miraba sonriente mientras comprendía con claridad el proceso. Entonces Antonio se detuvo y le tomó las manos. ... bajó la cabeza y se las besó. Ella al soltar sus manos, acarició con ellas esa cabeza y puso sus dedos sobre los labios que los acababan de besar. Ambos se sacudieron y continuaron caminando mientras hablaban de verse pronto, de no olvidar el momento, de luchar por un futuro ...

Todos llegaron al mismo tiempo a la playa y encontraron a las familias completamente mojadas. Se habían bañado todos al tiempo y habían hecho rondas dentro del agua. Estaban felices.

Comenzó el proceso de recoger los restos, de dejar la leña escondida, de modo que pudiera servir posteriormente, de limpiar todo lo de llevar y meterlo en las barcas que iban a Livorno.

Antonio iría dos días después a Marsella por su trabajo en Casa Morrel. En esos días esperaba tener las aprobaciones para que las señoritas pudieran pasarse a la casa de huéspedes que la empresa tenía en el mismo barrio de la casa de Jacobo. Les prometió que a eso de las cuatro y media de la tarde del miércoles, las visitaría para contarles la respuesta a la petición que había presentado Jacobo.

Con tal acuerdo se despidieron ese domingo en la playa para tomar los diferentes rumbos. Adelante salieron los hermanos Santini con sus familias, enseguida Jacobo y las dos señoritas en La Dolce Alicia y cerraban Antonio y Santoro en La

Aurora. Lo último que vieron fueron dos pequeños pañuelos que los despedían.

Santoro dió dos golpes en la espalda a su amigo mientras le decía: "Bien, bien. Sí que eres original. Nos cortejaste a todos y la pescaste pero completamente"... se rió un poco y terminó: "Ya me huele a matrimonio"

Antonio se rió de buena gana. Estaba contento. De verdad contento. Luego hablaron del agua, de la isla, de construir, de sembrar... Finalmente aterrizaron en el tema del buque y la carga recién comprados. Antonio le dijo: Iniciemos con ellos una empresita de transporte y venta de mercancías especiales. Estoy pensando en ropa a medida, en particular camisas para hombre y blusas bordadas para dama...

Santoro hizo un gesto afirmativo y quiso saber más acerca del retiro de la Casa Morrel a lo cual Antonio le contestó con la explicación correcta:

Había llegado la hora de preparar el retiro de Augusto Morrel y la toma de la Dirección de la empresa por su hijo Maximiliano Morrel. Antonio Pellerini lo adiestraría en los siguientes meses y cuando el joven estuviera listo para dirigir esa nave, habría concluido la misión que el actual Tesorero se había fijado, que nunca fue la de quedarse de por vida en Casa Morrel.

En Livorno todo estaba normal. Después de recoger lo que era de llevar a la casa, Antonio cerró su mueble de cabina y salió detrás de Santoro. Caminaron lentamente en silencio. Al llegar a su casa, Santoro se despidió expresando a Antonio que pensaría en la propuesta para que hablaran al día

siguiente. Tenían dos días inmediatos para decidir, planear y darle oficio al barco y a la tripulación o despedirlos.

Antonio dejó por esa noche a Santoro todo el tema del negocio. Él tenía que pensar en Haydée y en un futuro bueno para ambos. La mirada de Haydée no había dejado ninguna duda en su corazón. En lo que tenía que pensar era en la vida que podrían tener los dos. Su experiencia con Morrel le mostraba que toda mercancía que llegaba, al fin se vendía con algo de ganancia. Entonces, si Santoro aceptaba, el negocio iría para adelante, con sede en Livorno, aunque sin cerrar su casa de Marsella. La amistad con Morrel continuaría en un plan de afecto filial. Realmente si alguien podía ocupar ese puesto que su padre y el abate habían dejado vacío en su interior, ese padre era Morrel y él sería la siguiente persona en enterarse de su relación y plan de matrimonio con Haydée.

Con esto muy claro, se durmió tranquilamente, después de un día lleno de movimientos y emociones. La última imagen que pasó por su mente como una advertencia, fue la del espía... aunque la alegría le hacía dudar de su propia percepción.

Alianza Santoro-Pellerini

El lunes, lo primero que conversaron Antonio y Santoro aclaró para Pellerini el tipo de empresario que era su amigo.

Santoro, quien al momento de este trato tenía cincuenta y dos años, era un hombre casado que sostenía a su mujer de quien estaba separado con un buen acuerdo entre ellos y, en casos puntuales de alguna emergencia, ayudaba a su hijo de veintiocho años quien vivía en India y con el cual de vez en cuando realizaba negocios de mínimo valor.

El joven era dado a la espiritualidad hinduista pero a veces parecía que exageraba y ponía en alto riesgo su salud por lo excesivo de los ayunos; ayunos que para el padre eran disculpas de una pereza congénita, proveniente de algún desarreglo hormonal. De estas emergencias Santoro llegaba a saber por la vía de la madre y de sus ruegos por algo de dinero para el hijo de ambos, prácticamente minusválido y tan lejano.

La empresa de Santoro nació con el pago obligado del viaje de un barco en el primer año de la vida de su hijo en Bombay, barco que tal hijo había contratado para enviar mercancías a amigos ricos de Italia que se las habían encargado. El joven pensó que el barco iría a Italia sin ningún adelanto de pago ni contrato firmado y respaldado por él, y el viaje entró en desastre, porque ya la mercancía estaba a bordo y no se podía devolver. Además los pagos de tal mercancía estaban respaldados por un Santoro de Livorno a cuyo nombre el muchacho los había comprado y todo eso le cayó al padre por la vía de la madre. Santoro con toda parsimonia, entró en comunicación directa con el dueño del barco y lo compró a un precio bastante económico. Además, con el capitán del barco regateó el costo del viaje, y con cada uno de los vendedores obtuvo un fuerte descuento en las sumas comprometidas por su hijo y él, a su vez, se comprometió a pagar todo al arribo del barco. En el ínterin se puso en relación con la mayor parte de los destinatarios de la carga y les exigió el pago por adelantado, asegurándoles que en caso contrario los demandaría por perjuicios. Así, con sus ahorros totales y esos adelantos sobre la mercancía, se hizo el viaje, al cabo del cual quedaron en el 'haber' de Santoro, el barco y un poco de carga, además de una tripulación agradecida.

Después de darle un No rotundo para próximas situaciones de ese género tanto a la madre como al hijo y comenzar de inmediato un amenazante proceso de divorcio al final del cual se cambiaría el apellido, Santoro logró que el joven se recluyera en sus prácticas espirituales bajo la dirección de un santón y abandonara el mundo de los negocios. El padre por su parte, abandonó el esfuerzo de continuar con el divorcio.

En este relato con interrupciones para comer y para visitar y revisar la carga de la cual Antonio haría al regreso de Marsella un inventario ordenado, llegó la tarde y decidieron dejar para el día siguiente los puntos precisos de la Alianza entre ellos, puntos que dejarían por escrito a fin de revisarlos y mejorarlos sobre el ejercicio del futuro inmediato.

Al día siguiente, martes, Antonio quiso conocer el desenlace final del asunto con el hijo y la madre, asunto que marcó el inicio de la vida empresarial de Santoro.

Así, Pellerini supo que Santoro, ubicado anímicamente en el extremo opuesto al de la pereza de su hijo, no pensó ni por un momento en dejar abandonado el asunto del gasto y el esfuerzo hechos. Comenzó por poner pequeños avisos en el muelle relacionados con la venta que Casa Santoro de Livorno ponía al público, detallando a continuación las mercancías que consideró más atractivas de todas las que le quedaron no reclamadas. De la misma forma y por la misma Casa , la cual llegaba a la existencia gracias a esa circunstancia , puso el barco en plan de 'se arrienda', y así como quien no quiere la cosa, se convirtió en comerciante ecléctico y empresario muy irregular pero muy visitado por extranjeros provenientes de países vecinos.

En alguna ocasión había arrendado el barco a Morrel y de ahí su conocimiento y aprecio por el señor que sí era un verdadero empresario y un hombre a quien admiró mucho, desde el primer trato con él y de cuya mala racha se condolió siempre, intuyendo que no era suerte sino maldad encubierta de enemigos políticos, lo que tenía cayendo sin parar a la Casa Morrel.

Al llegar a este punto, Pellerini supo que Santoro era el socio ideal para él. Hábil en los negocios pero sin sueños de grandeza económica ni social. Santoro vendía normalmente las mercancías sobrantes que compraba a bajos precios a la llegada de los barcos, a pequeños comerciantes europeos quienes viajaban regularmente para elegir nuevo surtido de sus negocios, lo pagaban directamente y se encargaban de enviarlo a sus lugares. Lo más fuerte que hacía Santoro era enviar las mercancías al puerto para el viaje que el comprador dejaba pagado y completamente identificado.

Entonces, de momento, los nuevos socios decidieron que si no estaban faltos de dinero, pondrían el barco 'para arrendar' que podrían cambiar por 'para la venta', en caso de tener necesidad de dinero con vista en otro negocio.

Respecto de la producción y venta de camisas y blusas que las damas conocidas la víspera quizás quisieran impulsar, se haría de la misma forma. Santoro no tenía ninguna duda de que esa ropa se vendería rapidísimamente a los más sofisticados de sus compradores europeos quienes siempre buscaban 'cosas finas' en medio del montón de objetos en venta.

En cuanto a la tripulación, acordaron que Antonio preguntaría a Morrel si le interesaba, y entonces le enviaría a esos hombres que habían logrado un salvamento tan excepcional del barco. También comentaría con él y su hijo, el tema del barco.

Finalmente los asociados decidieron que los hermanos Santini entrarían a ser empleados constantes para trabajos de mantenimiento y cuidado de las mercancías en las bodegas y como pilotos de emergencia para llevar mercancías a puertos cercanos.

El tema de la Isla de Montecristo fue corto: sería un sitio para cambiar de panorama y descansar y trabajar en el proyecto de convertirla en un gran bosque. Por suerte no se podía vender, así no habría tentaciones de dinero por ese lado.

Así quedó establecida la relación entre ellos. La empresa continuaría llamándose 'Casa Santoro de Livorno'. Antonio explicó a su socio que era lo mejor. Le habló de su sospecha de que alguien lo hacía espiar y era mucho más seguro no generar suspicacias apareciendo como socio de una compañía nueva.

Con esa fecha, Antonio comenzó un libro de contabilidad y un diario de anotaciones sobre los hechos de la sociedad.

Antonio pensaba que estaría dos o tres días en Marsella. Al regreso intercambiarían nuevas de parte y parte. Con este trato se despidieron ambos optimistas.

Antes de irse a su casa fue al muelle a buscar a alguno de los Santini. Encontró a la mujer de Max quien le dijo que estaba esperando a los pescadores. Antonio le explicó a ella que él

viajaba a Marsella al día siguiente, por su trabajo en Casa Morrel y que en uno o dos días esperaba estar de regreso. Que tuvieran cuidado y mejor no fueran con los niños a la isla. Podía haber peligros que ninguno de ellos conocía. Además le dijo que si el señor Santoro los buscaba, le colaboraran en lo que les fuera posible y se despidió.

Esa tarde en su casa revisó los temas a tratar en Casa Morrel y anotó otras pesquisas que él haría por su parte en Marsella; se preparó una cena ligera y volvió su mente al tema de ver a Haydée al día siguiente y de exponerle de una vez su deseo de compartir toda la vida con ella.

Caer en su propia trampa

Los Santini al escuchar la razón que Antonio les había dejado con la mujer de Max, decidieron que mientras él no estuviera en Livorno, una de ellas se quedaría siempre en la casa con los niños mientras ellos iban a pescar y llevaban a la otra para que les ayudara a limpiar el pescado. Ellas se turnarían en esos trabajos.

Antonio, por su parte, reflexionando sobre el posible espía mientras viajaba a Marsella, había intentado recordar los nombres que el abate había mencionado como pertenecientes a los políticos que tramaron su encarcelamiento, pero no logró recordar ninguno. Lo tenía en su mente para buscar en Casa Morrel sin mencionar el por qué. Lo cierto es que temía que fuera por ese lado el asunto del espionaje.

El tercer día de ausencia de Antonio, la mujer de Max estuvo temprano en la playa para despedir a los que se iban a pescar a la Isla. Cuando los hermanos Santini acababan de salir sucedieron dos cosas casi al mismo tiempo. Un barco

mediano, paró frente al muelle y de él se bajaron un señor que se veía como el dueño o el que pagaba el transporte y otro quien evidentemente era el piloto del barco y subordinado del primer señor. La mujer de Max los miraba, cuando escuchó a su marido quien desde la barca que se alejaba le gritó: "Dígale a Edmond que barra bien el cuarto grande, que quede bien limpio!"... Ella contestó: "Sí señor, lo haré!" y en ese momento el señor elegante del barco que acababa de llegar se acercó a ella y le preguntó como si fuera el propio gobernador:

"¿Quién es Edmond?"

"El hijo de mi cuñado", contestó la mujer.

"Y, ¿dónde está su cuñado?", preguntó el señor, a lo cual la mujer solo extendió el brazo en la dirección tomada por la barca y le dijo: "Fueron a pescar" y rápidamente dio la vuelta y se metió a la fonda para evitar que ese hombre siguiera preguntando por la vida de ellos.

Cuando iba a salir vio al piloto del hombre orgulloso. La esperaba.

"Perdone, señora, es que mi patrón quiere saber si usted es la madre del niño que se llama Edmond". A lo cual ella contestó que le dijera a su patrón que el papá del niño volvería por la tarde para que le preguntara a él directamente. Entonces el hombre, como disculpándose, preguntó quién podía saber en dónde pescaba el papá de Edmond y ella contestó sin dar ninguna importancia: "Por los lados de la Isla de Montecristo".

El piloto se acercó a su barco, en el puente del cual estaba el señor jefe quien después de oír a su empleado, decidió que ellos irían hasta la isla en busca del tal fulano que, si resultaba ser quien el arrogante hombre pensaba, no regresaría nunca a su casa. El piloto no escuchó nada como eso pero en los ojos y el gesto de su patrón lo adivinó y salió temblando para la isla de Montecristo.

Ese mismo día, en Marsella, Antonio había resuelto con Maximiliano las cuestiones relativas al arriendo del cuarto a las señoritas costureras, con respuesta positiva, y a escuchar a los tripulantes del barco casi hundido el viernes anterior, para anotar sus nombres y hablarlo con Morrel padre.

Luego hablaron de personas particulares a quienes su padre debiera algún dinero por cualquier causa. Maximiliano le respondió que no había ninguno porque sus dos amigos poderosos le negaron todo crédito desde el comienzo de su caída. Los encumbrados Danglars y Villefort se decían sus amigos fieles y el pobre y un poco tonto de su padre les creía, pero cuando quiso pedirles un préstamo, ambos se negaron por el temor de que sus familias tuvieran que sufrir algún contratiempo...

Esos eran los nombres que el abate había mencionado. Antonio estaba seguro. Ellos fueron quienes le pusieron a él la trampa en la cual cayó como un pollo recién salido del cascarón y todo, no por él, sino con la mira de arruinar a su patrón.

Antonio buscó un momento para hablar con Augusto Morrel. Brevemente lo invitó a su casa en Livorno porque quería hablar con él como padre y eso en Casa Morrel era difícil.

Morrel le prometió que el sábado siguiente estaría en Livorno. Le pediría a Jacobo que lo llevara.

En compañía de su asesorado, Antonio hizo un análisis de esos días de trabajo. Ambos estaban satisfechos: Maximiliano sentía deseos de ser de una vez el Director de Casa Morrel y Antonio no ponía objeciones. Los jóvenes tienen que hacer sus propias carreras y tomar sus propias decisiones y arreglar sus propias equivocaciones.

Quedaron en verse después de un plazo más corto que el usual de un mes. Antonio volvió a casa de Haydée para despedirse. Quería viajar esa misma tarde a Livorno. Algo le urgía y no sabía bien qué era, pero le entró un fuerte afán.

Volvió a su casa y golpeó en la de Jacobo. Acordaron que él, Jacobo, ayudaría a las jóvenes en su trasteo y organización y que seguiría en su trabajo de Casa Morrel, sin apresurarse a renunciar si llegara a intuir que Maximiliano lo deseaba. Eso, si se presentara, tenía que esperar a la visita siguiente, sin ninguna duda, porque todavía el joven Morrel no tenía el poder ni su firma registrada en el Banco ni ante la Empresa. Jacobo estaba firme.

Antonio le encomendó además que buscara al dueño de la casa de la señora Francine, la de las tortas, para que le preguntara si la vendía y en cuánto. Quería dejar a esa buena mujer tranquila por el lado de la vivienda para ella y sus hijos, sin que nadie aparte de su amigo, lo supiera. Jacobo le aseguró que lo haría.

Por otra parte, Antonio comentó a su amigo que se verían el sábado en Livorno porque Morrel iría a visitarlo en la Dolce Alicia. Jacobo preguntó si su patrón sabía algo relativo a la

señorita Haydée. Antonio le dijo que no hubo ni un momento de paz para eso. Que era ése el motivo por el cual él lo había invitado a visitarlo en Livorno, así que no le mencionara nada al respecto.

Después de compartir un rápido almuerzo en la fonda, los amigos se despidieron en el muelle. Antonio arregló cuentas de La Aurora con Luis y dejó a Jacobo para que hiciera lo relativo a la Dolce Alicia con el papá de Luis. Hecho esto, abrió su vela y zarpó.

Antes de las cuatro, Antonio llegó a Livorno y acercó su barco al muelle. Se encontró al bajar con la esposa de Max y los cuatro niños. Todos esperaban el regreso de los pescadores y de la mamá de Edmond.

Llegaron los tres esperados y uno más, un desconocido a quien Antonio saludó como si nunca en la vida lo hubiera visto, pero quien era, sin ninguna duda, el espía que los había seguido en Marsella el día del restaurante con Morrel y sus hijos.

Pier se acercó a Antonio para saber cuánto tiempo llevaba él ahí. La mujer de Max dijo: "El señor Antonio acaba de llegar de Marsella"

"¿Pasa algo, Pier?", preguntó Antonio.

"Sí, señor, pasa que el jefe de este compañero está perdido en el mar", contestó Pier.

"¿Quién es su jefe?" preguntó Antonio al hombre

"Yo no conozco su nombre. Solamente le puedo decir jefe o patrón" afirmó el hombre.

"Bueno, espere usted un poco. Primero quiero saber por qué llegó usted en la barca de estos pescadores?", preguntó Antonio

"Pues porque mi jefe salió solo en el barco que yo piloteaba, para llegar aquí a Livorno y encontrar al papá de Edmond".

"¿De dónde salió su jefe solo?" volvió Antonio

"De la isla de Montecristo", contestó el fulano

"Y el barco que usted piloteaba ¿de quién es?" otra vez Antonio

"Ése es de un señor que arrienda barcos a hombres ricos" contestó el interpelado

Antonio se volvió a los hombres y les preguntó que si ellos estaban en la isla cuando llegaron el hombre y su patrón en un barco. Ellos negaron con la cabeza y la mujer de Pier se ofreció a explicar todo, para alivio de Antonio. Ella dijo:

"Nosotros llegamos y yo quise quedarme en la isla mientras ellos dos iban a pescar. A la media hora vi que un barco, parecido al suyo, se acercaba. Me alegré creyendo que era usted. Pero no, cuando ése estuvo más cerca vi que no era La Aurora y que no conocía a ninguno de los que venían ahí. Lo más increíble fue que se bajaron, primero el importante, vestido como un señor rico, que se acercó a preguntarme con mucho orgullo:

"¿Quién es el papá del niño a quien llaman Edmond?"

"Mi marido, Edmond es nuestro hijo", contesté yo

Luego me preguntó muy furioso:

"Y, ¿por qué lo llamaron Edmond?", a mí me dio risa y contesté que porque quisimos. Ese nombre nos gustó. Entonces gritó como un loco:

"Eso son mentiras. Yo sí sé por qué hicieron eso y me voy a buscar al papá para que me conteste él mismo", y ahí a continuación preguntó "¿En dónde está el papá del tal Edmond?", pues está pescando con su hermano, le contesté yo y señalé la dirección en la que ellos se había ido.

Entonces, como un mismo loco desamarró su barco, se subió, abrió la vela y se fue solo, sin que este piloto se diera ni cuenta porque andaba un poco lejos, supongo que por razones muy comunes..., yo le grité "Piloto!, venga!" y él vino corriendo pero ya el barco iba lejos y no había nada en qué salir a perseguirlo... Así esperamos como tres horas hasta que vinieron los pescadores y les conté y ellos quisieron que nos viniéramos ahí mismo... "

Así terminó el relato y la mujer llamó enseguida a su cuñada y a los niños para sacar el pescado y comenzar enseguida a arreglarlo.

Antonio preguntó al piloto si veía el barco de su jefe por ahí. Que lo buscara bien, antes de hacer ninguna otra cosa. Cuando él volvió de dar toda la vuelta por el muelle de los pescadores completo y la parte de la orilla que seguía hasta el muelle del puerto, dijo que no estaba, con absoluta seguridad, entonces Antonio decidió ir con todos los involucrados, incluida la mujer de Pier a buscar a la policía para informar del asunto.

La policía llegó y sacó en conclusión que el perdido era un tal señor de Villefort, quien había pasado por ahí en la mañana

con el piloto que ignoraba el nombre de su patrón. Metió a todos los testigos en el barco policial para repasar los recorridos que los pescadores habían hecho en el transcurso del día.

Antonio quien había llegado de Marsella quince minutos antes y por tanto no era testigo de nada, se quedó en el muelle pensativo. Luego fue a acompañar a la mujer de Max y a los niños y ella le contó el incidente del comienzo, cuando el hombre importante y el piloto llegaron dos minutos después de que había salido la barca de los pescadores y lo que Max le había gritado y lo que el señor jefe del piloto le había dicho a ella y de cómo ella se escondió y al salir se encontró con el piloto y fue a él a quien le dijo que la pesca era por los lados de la isla de Montecristo y que para allá se fueron esos dos.

"Entonces Villefort es el del espionaje..., veremos en qué termina esto", se dijo Antonio. Ayudó a llevar el pescado a la fonda para vender el que no necesitaban en la casa. La mujer de Max escogió tres para ellos, le dio el más grande a Antonio y los demás los vendió a la señora. Antonio, mientras la vendedora hacía cuentas con la compradora, cambió su pescado por el más pequeño de los tres que eran para la familia.

Cuando la mamá y los niños estuvieron dentro de la casa y cerraron la puerta, Antonio decidió irse a su casa. Para ese momento la fonda estaba llena de gente y algunos habían salido en plan de ayudar a buscar al perdido. Antonio buscó al cuidador del muelle y con él dejó dicho a los Santini que temprano él bajaría para saber en qué había parado todo. Sin más echó a andar muy pensativo.

Pasó por casa de Santoro y entró para contarle los sucesos, comenzando por el asunto del hombre perdido en el mar. Santoro al escuchar el nombre de Villefort solamente dijo: "Se volvió loco". Luego preguntó por Haydée. Antonio le dijo que con Jacobo estaban planeando una boda doble para algún momento después de que se hubieran desvinculado de la casa Morrel, tanto él como Jacobo porque definitivamente el sucesor tenía en mente otros rumbos y sin duda lo más prudente era dejarle el campo abierto.

Claro que eso significaba ayudar a Morrel padre a encontrar para sí mismo una ubicación confortable para su vejez. Le contó que, a propósito de Morrel, el sábado siguiente tendría esa visita y que él, Antonio, sentía como si fuera su padre quien vendría a verlo y a quien presentaría a su novia con el respeto y el afecto de siempre.

Quedaron en ir juntos al muelle en la mañana.

En la mañana el muelle estaba lleno de gente. El señor de Villefort continuaba desaparecido. Se habían encontrado unos trozos de una vela y se suponía que podrían ser de la embarcación que él había rentado pero no había ninguna certeza. La policía dio una alerta a todas las embarcaciones que viajaran por la zona y ahí paró el asunto.

Santoro prefirió devolverse que continuar escuchando la palabrería de todos los que opinaban. Villefort era un personaje que nunca le había agradado, sobre todo en relación con el fracaso de la Casa Morrel unido a expresiones de supuesto respeto y apoyo... expresiones completamente falsas.

Antonio buscó al piloto del desaparecido para indagar acerca del trabajo que él tenía. El hombre le explicó que él no entendía por qué, pero que su patrón le había dicho que tenía que vigilar a todos los amigos del señor Morrel que no fueran los conocidos de toda la vida. Por eso lo había estado vigilando a él, Antonio Pellerini, pero el patrón se disgustó cuando le contó de qué hablaban él y la familia Morrel y no quería pagarle todo ese tiempo que perdía en eso de seguir y de oír lo que otros decían.

El hombre siguió hablando de que su jefe estaba obsesionado con encontrar al padre de ese niño al que llamaban Edmond y hacía gestos de que lo iba a matar. Finalmente el pobre expresó que prefería quedarse sin trabajo que continuar en esas y que de pronto le achacaran a él algún crimen.

Antonio le dijo que, mientras no se supiera con más seguridad qué había pasado con su patrón, lo mejor era que tratara de vestirse con ropa vieja que pareciera un limosnero para que no lo identificaran si volvía por ahí. Le preguntó qué sabía hacer y el hombre contestó que conocía bien el oficio de navegar y también el de pescar. Entonces Antonio le dio una moneda por la información y lo comprometió a encontrarse con él en una semana exacta, a esa hora, ahí en el muelle. Él iba a ver si encontraba algún trabajo para... 'Paul', dijo el hombre. "Mi nombre es Paul Sand". Luego añadió que él vivía cerca de Marsella en un caserío y que tenía mujer y un hijo de cuatro años.

Antonio se quedó pensativo... nunca hubiera pensado que un hombre así era un padre de familia tierno, porque la forma en la cual nombró a su mujer y a su hijo le hicieron conocer que los quería. Decidió ayudarlo. Buscó otra moneda para que les

llevara algo y fue al que rentaba barcas para pescadores, tomó una por una semana y se la dio a Paul. Le dijo que volviera en ella a los ocho días, pero que mientras tanto pescara algo para la familia.

Antonio y Santoro pasearon varias veces, en el transcurso de ese día viernes, por los lados del muelle sin detenerse para escuchar los dimes y diretes que crecían en los corrillos. Toda la gente estaba pendiente del mar y del regreso de todos los que andaban buscando algún indicador de lo que hubiera sucedido. Finalmente volvieron a sus casas, dejando que los hechos corrieran y las noticias les llegaran con el viento.

Y llegó el sábado. Desde temprano Antonio estaba levantado y esperaba la llegada de Jacobo para avisarle que el señor Morrel estaba en su puerta.

A las diez, Augusto Morrel entraba en la casa de Antonio Pellerini, su tesorero. Se saludaron con gran cordialidad y se ubicaron en el estudio. Antonio tenía un buen cognac para brindar por la ocasión. Ambos bebieron su copa y de inmediato entraron en un diálogo sin formalidades.

"Aquí me tienes. Me siento muy bien en tu compañía y el ver que vives bien, como un hombre culto, me satisface mucho", expresó Morrel

"¡Ah!, yo me siento feliz de verlo aquí, mi queridísimo segundo padre" contestó Antonio y a continuación:

"Yo pensaba hablarle de esto en Marsella la semana pasada, pero fue imposible por el mucho quehacer y por un sentimiento de cierta dureza en el manejo de la situación por parte de Maximiliano. Tuve la impresión de que él no estaba

a gusto con que fuera yo quien lo instruyera un poco sobre los negocios de la empresa. Pero no te preocupes, que eso es cosa de un corto tiempo. Después él establecerá sus propias reglas y métodos”...

Morrel dijo: “Es cierto. Yo espero que Juanita se case dentro de dos meses como tienen programado, para bendecirla y darle lo más que me sea posible como dote. Manuel me agrada mucho. Es un joven de buena familia, tiene sus recursos pero sobre todo es trabajador y entusiasta y ellos se quieren mucho”. Luego completó la idea de que tal matrimonio era el deber más fuerte que sentía sobre sí. Una vez logrado, él podría retirarse y vivir con total sencillez, sin incomodar a Maximiliano en sus proyectos de ‘cambio total’ de la empresa.

Antonio sintió alivio al encontrar la disposición sabia de Morrel en cuanto a sí mismo y sus necesidades. Entonces se sintió animado a contarle lo principal:

“Yo quiero pedirte que me bendigas como mi padre, porque amo mucho a una mujer y tenemos plan de matrimonio para dentro de cinco o seis meses”. Viendo que Morrel no le quitaba la vista de encima y que lo miraba con tanto afecto, Antonio le habló de Haydée, de sus planes, de que se la presentaría en el próximo viaje a Marsella, pero que él podría conocerla antes, si quisiera, solamente visitando a sus nuevas inquilinas de la quinta casa. Le explicó todo el asunto y que Maximiliano lo había aceptado sin preocuparse de quiénes eran esas personas. Morrel sonrió resignadamente y le comentó que definitivamente las personas que fueron falsos amigos suyos, habían socavado un poco la relación entre él y su hijo.

Antonio le aseguró que el tiempo ayuda mucho a corregir esos errores y confusiones juveniles. De todos modos, no era el fin del mundo. Augusto Morrel había llevado a sus hijos a la edad adulta y los dejaba en excelentes condiciones.

En cuanto a su futuro, Antonio dijo a Morrel que su casa siempre estaría abierta para él, su padre. Que él no había dejado de ser el niño del barrio pobre de Marsella y que por ese motivo, siempre tendría una cama lista para su padre, sin sentirse preocupado de la falta de lujos y comodidades, porque la vida le había enseñado absolutamente la primacía del amor.

Morrel le preguntó si no se sentía muy herido con quienes lo habían llevado a esa muerte en vida de catorce años, siendo él solamente un joven justo y recto.

Antonio le contó que muchas veces y por largo tiempo sufrió la tentación de soñar con la venganza, pero las enseñanzas de su sabio maestro le mostraron con total claridad que la energía gastada en revanchas y venganzas era la energía más perdida y que era absurdo perder parte del tiempo que podría llenarse de nuevas alegrías, gastándolo con sentimientos de ira y de rencor. Por eso no quería emplear ni un minuto en ese tipo de acciones.

Brevemente hizo alusión a la desaparición de Villefort cuando andaba en la locura de extirpar un Edmond que veía resucitado por todas partes. Morrel había escuchado algo pero solo tuvo un conocimiento completo ese día, al escuchar la narración de Antonio.

Morrel pensó en el abate Faría y su vida tan dura, la cual, trasladada a ese joven a quien ahora él, Augusto Morrel, veía

convertido en un hombre cabal, totalmente digno de confianza, creativo y responsable, había sido una vida de gran valor para todos.

Entonces preguntó por la novia y escuchó al enamorado hablarle de una mujer sencilla, verdadera, trabajadora, con quien estaba seguro de vivir muchos años de felicidad. Inmediatamente Antonio agregó: "Eres nuestro padre. Nuestra casa será siempre tu casa. Por favor, no lo olvides".

Al saber de la proximidad de la boda de Juanita, Antonio se paró para buscar un pequeño paquete que había preparado para esa ocasión desde el día en el cual decidió desaparecer los restos de la herencia. Lo encontró y lo puso en la mano de Morrel, cerrándola con cariño: "Es mi parte en la dote de mi hermanita. Dásela pero no me nombres. Solo hazla una sola cosa con lo demás que tienes para ella. Puedes hablar de un negocio muy antiguo con gente de Iglesia... y que la guardaste para ella, desde entonces, cuando era apenas una bebida".

Morrel se resistía pero Antonio lo convenció. Debía permitirle participar en los asuntos de la familia. Entonces se abrazaron.

Después fueron a comer a un restaurante agradable y allí él, Antonio, le contó del asunto del espía de la otra vez y de la confirmación de sus sospechas... Morrel se rió de su propia incapacidad de pensar con lógica respecto de esas cosas, habiendo sido él víctima, más de una vez, de acciones torcidas. Antonio le dijo que ya no valía la pena pensar en esas cuestiones. Que él realmente estuvo preocupado pero que el asunto era mucho más tonto de lo que parecía.

Definitivamente Villefort se había dejado enloquecer por los temores que su imaginación le pintaba.

Luego la parte divertida que iluminaba todos los proyectos: la isla de Montecristo. Después del matrimonio de Juanita buscarían un día completo para ir y pasear y participar en todas las ideas que iban tomando existencia en el plan general de transformar en algo muy valioso y atractivo un montón de piedras de apariencia completamente inútil. Esta parte sorprendió y entusiasmó a Morrel. "Si yo puedo ayudar a lograr eso que me dices, me harás muy feliz al invitarme. Trataré de hacerlo lo mejor que yo pueda".

Finalmente volvieron a la casa. Morrel le pediría a Jacobo que en Marsella le presentara a las chicas y si tenían oportunidad, saldrían juntos a algún lugar. En todo caso lo harían nuevamente con Antonio en el viaje siguiente por el trabajo de transmisión del cargo de tesorero a Morrel hijo.

Antonio habló brevemente de su vinculación con Santoro en una empresa pequeña y regional. De eso habría mucho tiempo para hablar en próximas ocasiones, después de terminados los deberes con Casa Morrel.

Jacobo llegó muy puntual para llevar a su patrón de regreso a Marsella. Los tres bajaron hasta el muelle y se despidieron.

Antonio volvió contento con las perspectivas que aparecían en el horizonte de su vida. Según se iba haciendo costumbre, a su regreso del muelle, entró a conversar con Santoro.

El amigo Santoro había escuchado algo del cuerpo del ahogado... pero no quiso obtener detalles. Antonio tampoco. Hablaron de la isla. Pensaron en construirse una casa con

varios apartamentos para los fines de semana... "Buena idea", dijo Antonio. "muy buena"...

Hablaron del piloto del desaparecido. Antonio repitió, sin la mención del nombre del chico que Villefort buscaba, lo hablado con el pobre hombre, y expresó a Santoro su deseo de contratarlo de alguna manera. Le informó que lo había citado para el viernes siguiente.

Otras perspectivas

Al día siguiente, domingo, Antonio bajó al muelle y encontró a todos en la casa. Lo esperaban antes de tomar la decisión de hacer algo en familia. El recuerdo del baño en la playa del domingo anterior, tenía a los niños desesperados por repetir la experiencia.

Antonio pensó en la ocasión para hacer la siembra de las semillas y volver con el asunto de pensar cómo construir un tanque para recoger buena cantidad de agua. Además quería hablarles de Paul.

"Bueno", les dijo, primero vamos a mirar un rato corto los cuartos que tienen cosas guardadas", y le hizo seña a Pier de abrir esas bodegas. Una tenía telas y tapices y quedaba bastante espacio libre. Otra cajas y algunos barriles y la tercera que era la más pequeña de todas, estaba completamente vacía.

Antonio hizo cerrar de nuevo y les dijo a los adultos. "Estuve hablando con el piloto del barco que se perdió. Es un pescador y tiene familia y necesita trabajo pero con este asunto lo ve difícil". Los hombres lo miraron y asintieron. Entonces añadió: "Piensen en la posibilidad de traerlo para

que viva en el cuarto vacío. No conozco a la mujer, pero sé que tienen un niño de cuatro años...", luego cambió completamente de tono para agregar: "en media hora saldré para la isla. Si ustedes quieren ir, pueden adelantarse. Tal vez puedan pescar algo para el almuerzo o si no, llevemos un poco de pan que allá hay agua". Los saltos y gritos de los niños no dejaron decir nada más. Antonio iba para su casa y se volvió a decirles: "Allá quedó leña, ¿se acuerdan?"... y siguió andando.

Fue un día muy productivo. La primera tarea después de la pesca de tres buenos peces, fue sembrar las semillas entre todos: Cerca del depósito que tenía agua, aplanaron un pequeño espacio y trajeron algo de tierra. Luego uno por uno fueron metiendo las semillas en filas de huecos hechos con el dedo y cuando no hubo más semillas taparon con poca tierra. Después Pusieron piedras por el borde y ramas secas por encima para que los pájaros no se comieran las plantitas cuando brotaran. Finalmente salpicaron agua con suavidad hasta que todo quedó bien mojado. Hecho esto Antonio anotó la fecha de la siembra y el número de semillas: catorce en total. Terminada la siembra bajaron a la playa.

Entonces siguió encender el fuego para asar el pescado que ya habían sacado. Eso fue rápido porque la leña estaba seca y hacía buen sol. Pronto hubo brasas para poner el pescado en trozos.

Almorzaron y se metieron al agua todos. Antonio incluido. Fue bueno refrescarse. Antonio salió el primero y subió un poco para calcular la distancia hasta la caverna y pensar si era conveniente abrir a los pescadores la posibilidad de entrar en ella o no. Pensó que por el momento era preferible abstenerse

de hacerlo hasta no tener un plan preciso. Inclusive pensó en demorarse un poco para tapar de nuevo la entrada rodando la piedra grande, sin necesidad de cerrar la segunda cámara y además para buscar un lugar en donde construirse un pozo artificial para acumular el agua. Esa segunda razón les daría a ellos para que aceptaran salir de la isla antes que él.

Cuando todos salieron del agua, Antonio les preguntó qué pensaban de arrendar el cuarto al pescador Paul, explicando que era el nombre del piloto del señor que se había perdido en el mar.

Pier ya había hablado y todos cuatro estuvieron de acuerdo en aceptar a un compañero en la misma casa. Por la propia necesidad que ellos vivieron, sabían que al compañero en problemas le serviría mucho esa solución. De modo que Antonio les dijo que Paul volvería el viernes para hablar con él. Entonces lo arreglarían todo y las señoras hablarían del uso de la cocina.

Antonio traía galletas que repartió y les propuso recoger la leña que todavía no estaba quemada para que les sirviera en la próxima ocasión. Encargó a los dos niños grandes para que miraran siempre cuánta leña quedaba, pensarán si alcanzaba para otro asado o si tenían que traer más y en ese caso, acordarse de llevarla a la barca antes de salir de Livorno.

Pronto estuvo todo listo, los hombres siguieron la indicación de Antonio y llamaron a sus pasajeros para que abordaran. Antonio les prometió verlos más tarde en el muelle de Livorno.

Una vez que se alejaron lo suficiente, Antonio volvió a la cueva, y con el conocimiento adquirido por la práctica, no

tuvo que hacer mucha fuerza para que la piedra ocupara su sitio. Luego decidió dar una vuelta por arriba a lo largo del borde de la entrada del mar y notó inmediatamente que la falda del otro lado de esa entrada tenía más vegetación y era más pendiente que las situadas frente a la playa, tanto por el lado de la playa como por el lado opuesto.

Comenzó a bajar con cuidado y encontró el suelo húmedo y algunas hierbas diferentes de los chamizos del resto de la isla... "por aquí debe estar el aljibe de esta isla", se dijo. No se atrevió a bajar por esa falda sin tener ningún apoyo a mano. Así que lo dejó como asunto pendiente para volver con los pescadores, Paul incluido, posteriormente. Con ellos buscaría ese aljibe y todos pensarían en cómo llevar el agua hasta otro punto más accesible en donde ubicarían el pozo para el agua del consumo de la posible vivienda.

En ese paseo en solitario decidió sellar de una vez la entrada de la cueva pegando piedras contra la base de la piedra grande y luego rellenando los espacios con piedras pequeñas y tierra para que fuera imposible distinguir la posible entrada. A esa conclusión lo llevó lo aislado de la cueva en relación con las viviendas y los mayores peligros que los niños tendrían por esos lados. Así que de una vez arrimó muchas piedras de forma que la piedra grande parecía solamente la parte superior de un accidentado y pedregoso camino

Bajó muy entusiasmado y sin más salió en La Aurora rumbo a su casa. Pasaría dos semanas en Livorno durante las cuales esperaba dejar iniciado un pozo para el agua lluvia y marcados los cimientos de una casa amplia pero dividida de forma que tuviera espacios independientes para posibles huéspedes de diferentes estilos y formas de vida. Luego iría a

Marsella y en cuanto supiera la fecha de la boda de Juanita, fijaría su retiro para un mes después y trabajaría de acuerdo con ello.

Cuando llegó no quedaba ninguno de los paseantes en el muelle, así que siguió a casa de Santoro.

Tomaron vino y conversaron largo rato. Ambos estuvieron de acuerdo en que hacer algo productivo en la isla sería siempre una buena cosa y pensaron que Paul podría empezar allá, cavando el pozo o los cimientos para la cabaña. Antonio no habló nada de buscar el pozo natural que pensaba existía. Eso podría esperar la oportunidad precisa. Decidieron ir ellos solos el miércoles siguiente para determinar el lugar de la construcción y del pozo a cavar para almacenar el agua de la lluvia. Llevarían metro, cuerda, y un cuaderno para anotar las medidas, además de una buena cantidad de estacas ya listas para marcar puntos, junto con las herramientas necesarias. Entre lunes y martes Antonio con los Santini, prepararía las estacas y conseguiría los demás elementos. El viernes esperarían la llegada de Paul y lo devolverían a traer a su mujer con su hijo y sus corotos y el sábado irían con él para mostrarle el trabajo y saber qué tan apto sería para la cuestión.

El desarrollo del plan de los dos amigos se tomó miércoles y jueves para llegar hasta tener despejado el terreno plano, suficientemente alto y alejado de la playa para asegurarse contra inundaciones por mareas altas, y en él, marcadas con estacas y cuerdas las bases de la casa y el lugar del pozo.

La casa se compondría de dos construcciones rectangulares, separadas por un espacio de tres metros entre los extremos

centrales de las líneas de los frentes, líneas que formaban un ángulo abierto de ciento treinta grados entre ellas, mirando al mar.

La primera construcción que sería también la más alejada del lugar de amarre de las barcas, estaba pensada para Morrel, Santoro, Antonio y Jacobo con sus respectivas parejas y posibles herederos, tendría catorce metros de frente por cuatro de fondo y estaría dividida en: los dos espacios más alejados, de tres de frente por cuatro de fondo y los otros dos más hacia el centro, de cuatro por cuatro.

La segunda construcción, de doce metros de frente tendría cuatro espacios iguales de tres por cuatro y serían, el primero para la cocina, y los tres restantes para huéspedes conocidos y de mucha confianza, que se acomodarían de acuerdo con las circunstancias. Los primeros candidatos sin duda serían Pier, Max y Paul con sus familias. De esta forma la cocina estaría en el centro del área construida y frente a ella se organizaría un patio amplio como espacio para las comidas al aire libre.

Antonio y Santoro regresaron sudorosos y cansados pero muy satisfechos con el proyecto.

El viernes, muy a las ocho de la mañana llegó Paul Sand. Cinco minutos después aparecieron Antonio y Santoro.

La conversación les confirmó que Paul aceptaba con gran entusiasmo el cambio de vida y que estaba completamente dispuesto para aprender lo que fuera necesario y colaborar con los planes en la isla de Montecristo. Antonio pagó otra semana de alquiler de la barca y los tres fueron a hablar con los Santini. Solamente encontraron a la mujer de Pier con los niños. Ella abrió el cuarto vacío y Paul lo vio muy bueno para

él y su familia. Entonces Antonio y Santoro lo despacharon a traer a la madre y su niño junto con sus cosas. Paul les dijo que su desaparecido patrón le debía el último tiempo de trabajo y que por esa razón él tenía deudas en Marsella. Santoro buscó remedio en sus bolsillos y el asunto quedó arreglado. La señora de Pier ofreció algo de comer a Paul antes de que él se devolviera para traer a los suyos y todos se despidieron hasta la tarde, cuando Antonio y Santoro regresarían para hablar.

La visita del sábado a la isla dejó a Paul cavando para los cimientos de la primera construcción y a Max y Pier en plan de marcar la línea de una cerca que Antonio quería que fuera completamente visible para que todos supieran que no se podía traspasar porque era muy peligroso rodarse por esas peñas tan paradas del otro lado de la isla. Todos estuvieron de acuerdo. Tiraron cuerdas y marcaron sitios para los postes que traerían de Livorno en varios viajes, e irían clavando en sustitución de las estacas provisionales. La cueva y la entrada escondida del mar quedaban fuera del espacio de libre movimiento en la isla, espacio muy amplio y suficiente para caminatas y siembras de los árboles proyectados. El semillero no daba aún señales de germinación y continuó en su lugar protegido y bajo observación de todos.

El domingo, autorizados por Antonio, los tres papás podrían llevar a sus familias a la playa, siempre y cuando el clima estuviera bien, sin demasiado viento y no saliera nadie del espacio permitido ni dejaran solos a los niños en el mar. La semana siguiente debían continuar con los trabajos, sin niños. Antonio estaría pendiente e iría a diario, en el momento que

tuviera disponible para resolver los problemas y responder a todas las preguntas posibles.

Fechas y plazos

Ese mismo domingo, después de que Antonio regresó a su casa tras haber comentado con Santoro los asuntos isleños, se encontró con que Jacobo lo esperaba. El asunto era que Morrel le había enviado una carta y no quiso sino que él se la llevara para entregarla en propia mano.

Antonio, intrigado abrió la carta. Jacobo se retiró prudentemente.

Morrel Le contaba sobre la reunión del día viernes anterior con los padres de Manuel para entregar la dote de Juanita y obtener firmado por todos tres, ellos y él, el acuerdo de conformidad con la celebración de la boda el día veinticinco de agosto siguiente. Ellos no se esperaban eso y habían quedado sin palabras. Él insistió en que esa joya tenía veinte años de estar guardada en su caja del banco, exactamente para esa ocasión. Les pidió no hablar de ella con sus hijos quienes desconocían la piedra y su historia. Historia que brevemente les dio a conocer a sus consuegros:

Esa joya la habían comprado entre él y su esposa, invirtiendo prácticamente toda la dote de ella, para constituir la dote de su bebita quien por ese tiempo tenía un mes de nacida y era la mayor de sus hijos. Por esa razón, él nunca volvió a pensar en ese pequeño paquete en el fondo de su caja de valores.

Así, felizmente, la boda quedó oficialmente programada para ese final del próximo mes de agosto, siendo el veintinueve de junio, el día de la firma del acuerdo.

Él, Augusto Morrel, le contaría a Juanita esa misma historia. Ella le contaría o no a su hermano, según le pareciera.

Finalmente Antonio no debía comentar con nadie sobre el contenido de esa carta. Mejor destruirla.

Abrazos y bendiciones de su padre adoptivo, A.M.

Antonio se acercó a la chimenea y con un fósforo hizo arder la carta completamente. Revolvió con las cenizas frías del lugar y llamó a Jacobo para decirle:

"Morrel me informa bajo gran secreto que la boda de Juanita será el veinticinco de agosto. Entonces yo voy a renunciar a partir del quince de septiembre, considerando que es el tiempo necesario para terminar de transmitir el cargo a Maximiliano. Mejor no hables de esto. A propósito, ¿cómo van las relaciones con el junior?"

Jacobo le comentó que él hablaba mucho de un piloto amigo suyo y de comprar un barco nuevo más grande para reemplazar a la Dolce Alicia. "Aparte de eso no dice nada más". A continuación Jacobo dijo a Antonio, como amigo, que él quisiera retirarse de una vez, pero que le preocupaba el señor Morrel.

Antonio aconsejó a Jacobo que le contara a Morrel y le expresara que él deseaba comprar la Dolce Alicia, a ver qué decía Morrel. Que avisara a Morrel que Antonio iría el lunes de la subsiguiente semana para trabajar con Maximiliano una semana, y repartiría el trabajo restante de modo que la primera semana de septiembre fuera la del viaje final como Tesorero, al cabo del cual harían todo el proceso de registrar la firma del nuevo Director de Casa Morrel.

Antonio preguntó si Maximiliano había dicho algo acerca de la desaparición de Villefort.

Jacobo dijo que no había escuchado nada. Es más, él no había oído nombrar a ese señor. Antonio solo le mandó decir a Morrel que gracias y que en unos diez días se verían en Marsella. Jacobo se despidió para regresar enseguida porque le parecía que Morrel no quería que Maximiliano imaginara que lo había enviado tan lejos. Debía hacer un pequeño mandado en Montpellier, y él suponía que era como un disfraz.

Finalmente, Jacobo le dijo en voz muy baja a su amigo: "hemos decidido casarnos en Octubre", a lo cual Antonio respondió riendo: "Ya somos dos con el mismo pensamiento ". Jacobo salió corriendo sin dejar de reír: "ese Antonio, siempre payaso..., ¡Qué Bien!"...

El lunes por la tarde Antonio y Santoro llegaron a la isla de Montecristo. Llevaban en La Aurora los primeros veinte palos para la cerca. El proceso de los cimientos iba un poco lento por las muchas y grandes piedras que se atravesaban. La cerca de división estaba toda delineada con las estacas que irían siendo reemplazadas por los troncos que comenzaban a llegar de Livorno. Lo importante era que los niños ya entendían bien la importancia de cumplir lo que se les indicaba. De lo contrario no podrían volver, además del peligro de caerse al mar por el otro filo que no tenía playa y ahogarse.

En los siguientes días Paul ayudó en Livorno a llevar palos para la cerca y dejarlos en el patio de la casa de ellos, antes

de ir al oficio de los cimientos. En su barca no podía cargar más de cuatro de esos palos por vez.

El viernes Antonio les explicó que tenía que ir diez días a Marsella por su trabajo y que ellos siguieran en lo que hacían. Cuando no tuvieran más trabajo o fuera imposible por alguna razón, podían salir libremente a pescar. Santoro quedaba a cargo de todas las cuestiones en Livorno, como lo de las barcas y lo de pagarles sus salarios por los días de trabajo en la isla.

El sábado muy temprano, Antonio salió para Marsella con el objetivo de pasar la mayor parte del fin de semana con Haydée y también para hablar con Morrel. Luego en la semana estaría dedicado a la instrucción de Maximiliano.

Esa tarde, a primera hora, Antonio fue muy arreglado a visitar a Haydée. Llevaba un anillo de compromiso, sencillo, con una pequeña piedra azul y lo puso en el dedo de su novia mientras le decía... "Octubre es un buen mes, ¿no crees?", a lo cual ella le contestó sonriendo: "Sin duda. Es un lindo mes", y así sellaron con un beso la elección del mes de su boda.

Luego salieron a pasear por las calles de Marsella y a pensar en lo que debían hacer. Antonio le dijo que por parte de él, preferiría que su vida fuera la mayor parte del tiempo en Livorno porque ahí estaba la empresa que tenían Santoro y él y por la cercanía a la isla de Montecristo. De todas maneras, él conservaría la casa de Marsella pues había muchos recuerdos de su vida unidos a esa vivienda.

Haydée podía vivir en cualquiera de las dos o alternando por temporadas, en eso ella era incondicional... Entonces

buscaron a Jacobo y a Luisa para invitarlos a cenar y hablar todos de los proyectos.

Las dos parejas decidieron casarse en Octubre en Livorno. Los detalles irían concretándolos y poniendo por escrito todas las precisiones. Decidieron que conservarían las casas de Marsella, separadamente, así como las tenían y compartirían la casa de Livorno por el primer tiempo. Luego, según las circunstancias podrían modificar esas decisiones.

El domingo salieron todos cuatro a pasear en La Aurora y sellaron así los lazos de amor y fraternidad que los unían. Regresaron y se despidieron, quedando en verse un rato corto cada tarde, después del trabajo de los hombres en Casa Morrel.

El lunes, Antonio anunció oficialmente su retiro para el día quince de septiembre, así que en esas semanas esperaba que para Maximiliano quedaran claros los procedimientos más importantes del movimiento financiero de la Casa, a fin de que en el futuro inmediato él tomara con una visión amplia y completa sus propias decisiones como Director.

Maximiliano estaba un poco ensimismado y aceptó sin entusiasmo pero tampoco se opuso al plan de trabajo. En algún momento se le escapó un comentario un poco agrio, insinuando que a su padre no le había importado la suerte de su amigo Villefort. Antonio se abstuvo de darse por enterado del asunto pero se quedó a la espera de oír que mencionara el tema del matrimonio de Juanita, cosa que no sucedió.

Esa tarde cuando Antonio salía para visitar a Haydée, un niño vecino llegó a su puerta y le entregó un papel de Morrel: "*a las ocho en ...* " y daba las iniciales de un restaurante

conocido. Así que Antonio pasó por la casa de las chicas, las saludó y les contó que debía acudir a una reunión por algún asunto urgente con Morrel, pero no en la casa de la empresa sino en un lugar en el centro. Que le contaran a Jacobo pero sin que nadie más se enterara. Les explicó que tal vez eran asuntos relacionados con un personaje importante del gobierno y antiguo amigo del señor Morrel, personaje que se perdió en el mar cerca de Livorno y se daba por muerto. Así que mejor exagerar la prudencia.

Ellas comprendieron perfectamente y se concentraron en su papel de novias en plan de preparar su boda.

Morrel estaba sentado en una esquina con un vaso de vino y otro en el puesto vecino, en espera de alguien. Antonio entró y fue directo al lugar.

Después de saludarse, Morrel le contó que lo del acuerdo sobre la boda de Juanita había resultado perfecto. Que el consuegro había indagado sobre esa joya y descubierto que pertenecía al legado de un príncipe de la Iglesia a su sobrino, ambos muertos más de veinte años atrás, antes de que el grupo de joyas hubiera llegado a manos del sobrino, quien no tenía herederos y que el legado mismo nunca apareció oficialmente. Así que a la fecha, era perfectamente legal poseer una de ellas. Lo que sucedía era que por el asunto de Villefort, ellos, los suegros de Juanita, los novios, y él mismo, habían decidido hacer una boda privada y sin gran fiesta, el día que estaba señalado en el documento firmado. Además los novios pidieron les dejaran a ellos mismos avisar a todos los amigos, empezando por Maximiliano.

Respecto de la renuncia de Antonio, él, Augusto Morrel, como Director de la Casa le respondería aceptándola para la fecha que él señalaba. Luego hablaron de Jacobo. Morrel pensaba que lo mejor sería que él renunciara y pidiera como parte de su pago final el barco La Dolce Alicia, indicando que el barco necesitaba prontas reparaciones y que por ese motivo debería ser retirado del servicio casi inmediatamente. Que le entregara la carta a él directamente.

En cuanto a sí mismo, Morrel pidió a Antonio que le buscara una casa en arriendo en Livorno. Él tenía una casa en Marsella cuya renta pagaría la de Livorno. Había decidido vivir alejado para no obstaculizar de ninguna manera el desarrollo inicial y siguiente... de los planes de su hijo frente a la Dirección de la empresa. Que lo había hablado con Juanita y ella comprendía, aceptaba y apoyaba tal decisión.

Cenaron y después Antonio habló de los planes conjuntos de Jacobo, Luisa, Haydée y él. La boda doble sería en octubre en Livorno. Ya tendrían oportunidad de volver sobre ese tema.

Así quedaron realmente como padre e hijo, acomodándose a uno de los tantos cambios que la vida les presentaba. Ambos estaban tranquilos y confiados en que tendrían tiempo para vivir la amistad y el afecto y también, así lo esperaban, para criar en paz hijos y nietos.

Salieron juntos. Antonio acompañó a Morrel hasta su casa y se despidieron con un fuerte apretón de manos.

Al día siguiente Antonio escribió su propia carta de renuncia para el día quince de septiembre y la firmó. Enseguida escribió la carta de Jacobo, renunciando a partir del último

día de agosto. Se la entregaría en la tarde para que la revisara, la firmara y llevara las dos cartas al señor Morrel.

Así los hechos de cambio de generación se volvieron reales para la Casa Morrel y todos sus allegados.

El sábado siguiente los enamorados hicieron lista de los elementos básicos para que los días que estuvieran en Marsella contaran con las cosas necesarias a mano. En cuanto a preparativos de ajuar, Haydée buscó telas para coser dos camisas para cada uno de los hombres y dos blusas para cada una de ellas, blusas que Luisa bordaría. Luisa por su parte compró telas para sábanas y un mantel para cada casa. Volvieron y dejaron las compras en la casa. Luego almorzaron todos juntos en la fonda del muelle y despidieron a Antonio quien regresó a Livorno, en donde pasaría dos semanas. Al final de ellas volvería a Marsella para las últimas lecciones a Maximiliano y se regresaría antes de la boda de Juanita.

Quedaría entonces una sola visita pendiente, anterior a su retiro y al cambio de Director de Casa Morrel, sucesos previstos para el último día de septiembre. Para esa fecha deberían tener lista en Livorno, la casa encargada por Augusto Morrel.

Los plazos y acciones se fueron cumpliendo. Mientras tanto la construcción en la isla de Montecristo tomaba forma.

Al día siguiente de la boda de Juanita, Antonio madrugó para Marsella con el deseo de acompañar a Morrel por dos días antes del último período de trabajo con Maximiliano, quien por su parte había avisado a su padre desde la noche anterior,

que se hospedaría en un hotel hasta el día de la toma de la Dirección de la empresa.

Jacobo estaba completamente al servicio de Augusto Morrel por esos últimos días de agosto y le comunicó que Antonio había llegado y lo enviaba para invitarlo a dormir en su casa hasta que se cumpliera todo el tiempo y llegara el día señalado de su retiro. Augusto aceptó y le pidió a Jacobo que pasara a las nueve de la noche para que le ayudara con lo que llevaría a casa de Antonio y lo acompañara en el camino. En ese rato Antonio y Jacobo arreglaron con ayuda de las jóvenes prometidas, el cuarto grande como dormitorio para el Director de Casa Morrel, sin que ninguno de los otros vecinos tomara nota del hecho.

Esos dos días, según la propia expresión de Augusto Morrel, fueron para él los más tranquilos y llevaderos de todo el período ya largo de tensiones con su hijo.

En la semana de entrenamiento de Maximiliano, Antonio, ejerciendo como Tesorero decidió que las señoritas Luisa y Haydé compraban la casa que estaban ocupando la cual ya no se usaba como bodega de mercancías de la Casa Morrel, por el hecho simple de que no había mercancías para almacenar. Todas se habían vendido. Fue aprobada esa venta y pagada pocos días después. Jacobo quedaba en posesión de la muy desgastada Dolce Alicia, como un reconocimiento especial por su dedicación y trabajo durante los años de su vinculación con la empresa. El Director Augusto Morrel firmaba directamente ese reconocimiento. El pago final sin ningún descuento, le sería entregado a Jacobo el día de su retiro.

El día que Jacobo recibió su último salario, terminada también la semana de trabajo de Antonio, hablaron todos cinco: Antonio iría a Livorno para revisar el trabajo en la isla y regresaría en tres días. Jacobo se quedaría acompañando a Morrel quien no podía abandonar la empresa antes de entregarla oficialmente a su hijo y entre los cuatro se las arreglarían para organizar las comidas y lo demás del diario vivir. Antonio entonces regresaría y Jacobo iría a Livorno a reemplazarlo y ayudar a Santoro, sobre todo porque Santoro no pilotaba ningún barco y dependía de quien lo llevara y lo devolviera. Jacobo volvería el día último de septiembre para quedarse en Marsella apoyando a las chicas.

Así, se harían los pagos finales a Antonio, los reconocimientos de firmas del nuevo Tesorero Maximiliano Morrel, quien después sería también el nuevo Director de la Casa. Antonio esperaría hasta que estuviera dado ese último paso para salir con Augusto Morrel.

Jacobo llegó mientras Antonio esperaba el término de la sesión del mando, en las cercanías de Casa Morrel. Al no encontrar a su amigo en la casa, Jacobo fue a buscarlo; se encontraron en la calle. Jacobo le informó que la casa para Morrel en Livorno estaba lista, pero que le parecía imprudente que viajaran esa noche porque el viento presagiaba un mar difícil. Antonio le confirmó que eso mismo había pensado y le pidió se adelantara para que encendiera el fuego en la casa y que Morrel pudiera descansar tranquilo, en cuanto lo deseara.

Al llegar, Morrel estaba aliviado. Les comentó que todo había terminado bien y que Maximiliano se había comportado correctamente en todos los aspectos. Luego simplemente

añadió: "A mí no me tocó recibir la empresa de mi padre. La empresa me cayó encima cuando él sufrió el infarto y murió repentinamente, hace casi treinta años".

El día primero de octubre, a las ocho de la mañana, Augusto Morrel y Antonio Pellerini zarparon de Marsella en el barco La Aurora rumbo a Livorno. Jacobo, Luisa y Haydée los despidieron en el muelle. Ellos viajarían unos días más tarde en la Dolce Alicia, cuando tuvieran completos los preparativos de la boda doble a celebrarse al final de ese mes.

La Casa Morrel comenzaba a navegar en un nuevo barco, con un nuevo capitán. Todos deseaban buenos logros en las avenidas de la nueva generación.

La transformación de la isla

Seguro de que llegarían temprano dada la prudencia de Morrel, Santoro fue a esperarlos en el muelle desde las nueve de la mañana en compañía de Paul a quien había pedido que estuviera pendiente y se hiciera cargo del equipaje.

Él pensaba que sin duda Morrel padre prefería que su hijo se sintiera libre de la presión de encontrárselo bajo el mismo techo en ese inicio de funciones. Santoro ignoraba que la separación de vivienda era un hecho desde veinte días antes del final.

No llevaban media hora esperando cuando vieron la silueta de La Aurora que ponía proa hacia ellos. Paul retiró su barca para añadir ese espacio al siguiente que él venía reservando y comenzó a hacer señales a Antonio, quien entró con facilidad y le lanzó la cuerda.

Pronto Santoro se acercó a saludar e invitó a los viajeros a tomar un desayuno que con ayuda de la esposa de Pier les tenía preparado en su propia casa. Paul se haría cargo de llevar todo el equipaje a la casa de Antonio y después, cuando quisieran, lo trasladaría a la de Morrel.

Morrel estaba tranquilo. Había pasado el punto de quiebre de su vida empresarial y se sentía optimista frente a lo que llegara de ahí en adelante. La conversación de los tres giró en torno a la isla de Montecristo y a la marcha del proyecto. Santoro no entró en pormenores, salvo para dar la noticia de que tenían diez semillas germinadas y convertidas en pequeños arbolitos. Los niños estaban pendientes de la reforestación de la isla que ellos consideraban su trabajo y no permitían que nadie se acercara demasiado.

Después del desayuno fueron todos hasta la casa de Antonio, y de allá, después de revisar los paquetes para separar lo de llevar a la que tenían pre-arrendada para Morrel, para que Paul los llevara si, después de verla, Augusto Morrel aceptaba esa opción y confirmaba su voluntad de tomarla por algo más que el mes de prueba que se había pagado.

La casa distaba una cuadra y media de la de Antonio. No era muy grande pero estaba bien hecha, era nueva, bien iluminada y acogedora. Augusto en seguida dio su conformidad y Paul volvió para llevar el equipaje ya separado, hecho lo cual esperó indicaciones de Antonio quien hizo seña de que Paul podía volver al oficio que tuviera para ese día mientras le daba las gracias y le prometía que por la tarde bajaría para saludar a todos.

Santorio desde la víspera había surtido un estante con algunas botellas y vasos. Una vez solos los tres, él se acercó para proponer un brindis y destapó una de las botellas. Conversaron largamente, hablaron de utilizar el buen tiempo en la isla, de la próxima boda, de algunos planes posibles para celebrarla, en orden a proponerlos cuando los otros tres interesados estuvieran presentes. El tema de hacerlo en la isla fue varias veces enfocado como el más adecuado.

Antonio se reía y aceptaba todas las propuestas. Morrel se interesó vivamente y preguntó si podrían ir a la isla ese mismo día. Los otros dos se levantaron a la vez listos para salir. Antonio recomendó a Morrel algo de abrigo porque los vientos comenzaban a soplar más frescos, y así, bajaron de una vez al muelle. Guido les informó que el otro pescador se había ido a pescar cerca. Que solamente quedaban la mujer de ese pescador, la de Max y todos los niños.

Antonio le dijo que cuando alguno llegara, él les dijera que ellos habían salido y que volverían pronto. Le hicieron señas de despedirse y subieron a La Aurora.

La isla estaba desierta. Seguramente los hermanos y la mujer de Pier estaban juntos, ellos tirando la red y ella limpiando de una vez los pescados, método que era el más utilizado para optimizar tiempo y esfuerzo.

Amarrada La Aurora, los tres bajaron y miraron de frente la playa y los dos bloques en construcción sobre un terraplén elevado como un par de metros por encima del piso de la playa descubierto por la marea que se encontraba muy baja.

Antonio se admiró del adelanto. Todos se acercaron y él fue diciéndoles cómo era el diseño y quiénes los destinatarios de

los aposentos del primer bloque. Morrel estaba asombrado. Santoro a esa altura de su trato con Antonio ya no se extrañaba de nada.

Antonio estaba feliz. "Para que podamos hacer aquí la fiesta tenemos necesidad de que al menos una de las 'casas' tenga un techo, por si llueve tengamos en donde meternos...", comentó.

Luego miraron el tema del pozo para el agua. Lo más importante era hacerlo impermeable y sobre eso ya había leído algunas opiniones y resultados, aunque para la fiesta sería suficiente que en los próximos días repitieran unas cinco veces en diferentes lugares el modelo del pequeño reservorio que estaba junto al semillero. Con esa agua tendrían para el día.

Morrel, guiado por Santoro fue a mirar el pequeño tanque y de paso los arbolitos como de diez centímetros que crecían en el semillero. "Todo esto que parece un juego de niños es algo realmente valioso e importante", pensó Augusto para sí mismo y se emocionó. Santoro comprendió la emoción del amigo y comentó: "este Antonio y sus ideas... es alguien muy especial". Y los dos volvieron imaginando en voz alta cómo se iría poblando de árboles la isla y cómo cambiaría el paisaje en unos pocos años...

Santoro expresó su desconcierto sobre la propiedad de la isla, que "no es de Pellerini sino de un tal Conde que la compró solo para poder comprar el título de nobleza..." Morrel entendió muy bien y tranquilizó a su amigo: "Si el Conde dueño le dejó a Antonio un papel de cesión de la isla sin derecho a venderla, eso puede durar así cien años o más,

porque nadie se va a meter a averiguar sobre si está vivo o muerto el dueño de un condado. Eso es así con varios que conozco. Los dueños llevan muertos más de cincuenta años y sus propiedades siguen en poder de quienes tienen un papel que dice que el dueño les permite utilizarlas a ellos... o a sus herederos..”

Con esto, Santoro se tranquilizó completamente y ambos regresaron junto a Antonio quien seguía pensando en el techo de la cocina, por lo menos.

Una vez terminada esa parte relativa a la playa y a la construcción que sería muy visible desde el mar, con los puntos a favor y en contra de tal visibilidad, los tres subieron hasta el lugar de la cueva y de la entrada oculta del mar. Antonio les habló brevemente del peligro real para los niños de caerse por ahí, como de la ventaja de tener en donde meter un barco como el suyo, cuando no deseara que lo detectaran... siempre pensando en el tiempo del contrabando y de la imposibilidad de esconderse de una barca de la gendarmería que estuviera siguiéndolos. Mejor no hablar de eso, aunque los hombres que le ayudaban lo hubieran visto en algún momento, y por eso la importancia de la cerca que delimitaba el área por donde se podía caminar y jugar.

Con esto, regresaron a La Aurora y partieron con un bello atardecer.

En los días siguientes Antonio conoció varios tipos de argamasa, hizo pruebas y eligió la que le pareció más indicada, con la salvedad de que en caso de que fallara se podría aplicar otra encima para reforzarla.

Habló con Pier y compañía y ellos le propusieron para el techo poner un tablado firme sobre unas vigas transversales y cubrirlo con argamasa. También opinaron que la misma argamasa servía para el pozo pero no sobre tablas sino sobre una capa gruesa de piedras pequeñas. Con esto en mente, se sentó a hacer cálculos sobre la cantidad de argamasa para cada tarea y sobre las maderas que debía llevar... para hacer totalmente el ensayo del techo en la cocina y un primer recubrimiento del pozo para el agua de lluvia. Solamente eso en las dos semanas que seguían. Compró los elementos anotados y resolvió acompañarlos el primer día. Allá los dejó bajo la dirección de Pier que era quien tenía más claridad en el asunto.

Lo que resultara pondría en evidencia el nivel de acierto en el método elegido, fuera para continuar así o para corregir, lo cual se haría después de la fiesta. Eso sí, los conminó a que tenían que terminar y limpiar todos los residuos y despejar el espacio. Él debía preocuparse por los asuntos concretos de la celebración del matrimonio y del acondicionamiento de la casa; por eso dejaba lo de la isla completamente en sus manos.

La gran fiesta

Llegó el día de la boda. Veintidós de octubre. Las parejas y sus padrinos Santoro y Paul, más Morrel quien era la figura paterna para todos los contrayentes. Además estaban los amigos y los niños; en total doce adultos y cinco pequeños. Todos llegaron a la iglesia, asistieron a la misa y ceremonia siguiente y salieron directamente a los barcos La Aurora y La Dolce Alicia en los cuales las mujeres rápidamente metieron

todos los elementos de la comida y lo que los novios les habían dejado a guardar que era la ropa para cambiarse cuando llegaran a la isla.

Los novios y los padrinos viajaron en La Aurora y los demás en la Dolce Alicia conducida por Paul. Al llegar, sin preámbulos se bajaron. Santoro llamó a todos para un brindis, dando a los niños jugo de uvas frescas. Todos bebieron y aplaudieron y comenzaron una danza acompañada por sus propias voces no muy armónicas pero muy expresivas. Antonio ofreció una primera ronda de pastelitos que él traía y sacó una pelota para que los niños jugaran en la playa.

Pasado el brindis, las novias entraron a la cocina y en un rincón cambiaron sus vestidos nuevos por otros, también bonitos pero no tan finos. Los novios se quitaron las camisas elegantes y en su lugar se pusieron camisetas de marinero, y cambiaron los pantalones de paño por pantalones nuevos de pescador.

Así todos disfrutaron el resto del sol, terminando con una metida al agua de los niños y sus padres. El baño no pudo ser muy largo porque era necesario servir la comida antes del atardecer. Además, el viento soplaba un poco frío.

Comieron con gran gusto, terminaron con un pastel grande que las novias mismas partieron y repartieron y finalmente, todos se abrazaron y comenzaron a recoger los restos para dejar todo en orden.

En Livorno Jacobo con su esposa se pasaron a la Dolce Alicia porque tenían decidido ir a dormir esa noche en su casa de Marsella. Antonio y Haydée y todos los demás se quedarían en Livorno, en sus casas respectivas.

Así terminó un día feliz. Antes de separarse, Antonio prometió que una fiesta muy grande harían todos y que duraría dos días seguidos en diciembre, para estrenar la casa de la isla. Todos aplaudieron de verdad ilusionados.

Dos días después los novios se reintegraron a sus obligaciones y cada persona del grupo asumió alguna responsabilidad en relación con los trabajos de la isla.

.....

Llegó el día final de las construcciones. El pozo estaba lleno de agua. Todos los cuartos tenían techo, puerta y ventana y rústicos elementos para dormir; la cocina tenía un buen fogón.

En reunión con todos se fijaron los días dieciséis y diecisiete de diciembre para la 'Gran fiesta de la isla de Montecristo' fiesta que fue grata y emocionante por lo de dormir en la isla a la que todos recordaban como un montón de piedras, bastante inútil por cierto.

Eligieron esos días como los días de la isla, con el propósito de repetir cada año un paseo y fiesta similar en ella. Los recién casados dirigieron la siembra de nuevas semillas y el trasplante de los arbolitos. Era la buena época para eso y se repetiría siempre con la fiesta.

Se acordó que las familias del grupo podrían ir a pasar un par de días de vez en cuando en la isla, pero que siempre debían avisar con anticipación y respetar la asignación establecida de los cuartos. Además tenían que ser por lo menos dos familias, porque podía suceder que necesitaran una ayuda ante algún problema y estarían aislados. Antonio volvió sobre la

obediencia a la norma de no traspasar la cerca establecida. Eso era primordial.

Se despidieron con abrazos y acordaron encontrarse después de Navidad, en Livorno, para brindar por el Nuevo Año en la fonda del muelle.

Una mirada de conjunto

En los días finales del año, Antonio y Jacobo con sus compañeras se instalaron cómodamente en la casa de Antonio. Cada pareja tenía a su disposición dos alcobas. La zona de la sala, el comedor y la cocina era suficientemente amplia para todos y mientras los hombres terminaban el acondicionamiento de la isla, junto con los pescadores, Luisa y Haydée continuaban con sus costuras y hacían planes de venderlas como parte de los productos de la empresa Santoro-Pellerini.

Fueron ellas quienes primero pensaron que los pescadores podrían turnarse para vivir en la isla de forma que siempre una de las mujeres estuviera allá y quizás podrían establecer una venta de pescado asado o crudo para otros colegas o para personas que quisieran hacer ese viaje... tal vez a mucha gente le podría gustar.

Haydée le comentó a Antonio sobre esos pensamientos que volvían continuamente en sus charlas con Luisa; Antonio no lo vio mal, pero no quiso ser él quien lo llevara a tema común. Entonces le propuso a Haydée que con Luisa, comenzaran a hablar con las mujeres de los pescadores a ver qué pensaban ellas.

Las jóvenes esposas comentaron además entre ellas que esos niños iban creciendo y ninguno sabía nada de leer..., si las madres tampoco habían ido a la escuela, pues era importante hacer algo.

De los hombres que vivían en la casa de las bodegas de Santoro, los dos hermanos solamente sabían leer y firmar y hacer cuentas pequeñas con los dedos. Paul era el más estudiado y podía comprender incluso los planos que Antonio le mostraba y calcular la cantidad de materiales que se necesitaban para cada cosa.

Así que Haydée y Luisa, ambas comenzaron a ir irregularmente después del mediodía a visitar a las amigas de los viajes a la isla, para conversar con ellas. Se encontraron con que las tres mujeres querían saber cosas, todas querían aprender a coser las camisas y la ropa para los niños y en cuanto a lo de aprender a leer, eso era para ellas como un sueño maravilloso pero imposible. Entonces Haydée y Luisa decidieron empezar por los aprendizajes y después insinuarían lo del negocio del pescado.

En la cena y el alboroto de la noche del Año Nuevo, brindaron por muchos deseos que se verían cumplidos a lo largo de ese año. De momento, acordaron conversar un poco el segundo día, después de que los pescadores salieran. Si una de ellas faltaba, las otras dos informarían de lo que trataran.

En tres reuniones breves pero llenas de emoción por parte de las futuras pupilas, las dos amigas hicieron una lista ordenada de lo que harían, semana por semana así:

Cómo hacer un molde para una camisa de un niño cuando tienen una camisa de tela que le sirve.

Cortar una camisa cuando ya tienen el molde

Coser la camisa.

El asunto del cuello y de los botones

Luego practicar de modo que cada mamá hiciera dos camisas para sus niños. Las telas las podrían conseguir baratas con el señor Santoro, había asegurado Antonio.

Repetir el proceso para pantalones para niño.

Luego para dar tiempo a que todas practicasen, Haydée invitó a las mamás con ella y Luisa a los niños para aprender a conocer las letras y los sonidos, dentro de las palabras más usuales.

Esperaban que, en promedio, en cada semana aprendieran a reconocer un total de seis o siete palabras de hasta cuatro letras, por el comienzo... la marcha iría mostrando qué tanto se podía aumentar la velocidad del aprendizaje.

Así sucedió que con donaciones de la Casa Santoro de Livorno, consistentes, además de los saldos de telas, en tijeras, agujas e hilos, las tres mujeres, en dos meses, estuvieron en condiciones de coser para sus hijos la ropa del diario.

Cuando empezó el tema de leer, hubo que suspender todo lo de costura porque no se podía pedir ni más tiempo ni tanta atención como para trabajar dos cosas tan diferentes a la vez. Pero no se desanimaron, sobre todo cuando empezaron a descubrir palabras en los recortes de periódicos o en los avisos públicos. Unas a otras se mostraban lo que encontraban y sacaban conclusiones...

Los niños grandes rápidamente sobrepasaron a las mamás y les ayudaban a recordar los nombres de las letras y los sonidos de las sílabas. Luisa, por su parte con ayuda de Jacobo, hizo muchas tiras de cartón con una palabra en cada tira para el juego de poner las palabras en algún orden tal que al leerlas de seguido, la frase dijera algo.

El entusiasmo era contagioso. Los papás se unían al juego de formar frases con las palabras de las tiras. Morrel, invitado por Haydée, bajó una tarde para que participara y lo pasó como el abuelo más feliz al ver los progresos...

Mediando octubre las mamás, los niños mayores y también los papás leían hasta una página completa de un tema fácil.

Haydée y Luisa felicitaron a sus alumnos y les prometieron que si seguían así, en otros seis meses aprenderían a escribir esas mismas palabras y frases y hasta cuentos de una página o quizás de dos.

Estas labores de dos o tres horas, dos veces por semana, en menos de un año y medio habían transformado al grupo. Las familias conversaban mejor entre ellas, las mujeres y sus hijos tenían temas comunes de interés, los papás llegaban del mar con un deseo muy grande de compartir lo nuevo que su familia tuviera entre manos. Haydée y Luisa pensaron que podrían comenzar a hablar del negocio del pescado con las mujeres y que dentro de ese negocio entrarían al mundo de los números, de los cuales mamás y niños sabían forzosamente algo por el manejo del dinero, aunque fuera poco, que utilizaban.

Haydée volvió a hablarlo con Antonio y Antonio le dio vía libre.

“Lo que es importante es que ellos mismos, esas tres parejas de campesinos y pescadores propongan el negocio. Yo los escucharé con el mayor gusto. Es más, puedes sugerirles que le pidan consejo a Morrel. Él es el abuelo de todos y, sin ninguna duda, quien tiene más conocimiento en asuntos de negocios”, fueron sus palabras.

En un domingo de gran reunión en la isla, los pescadores y sus mujeres pidieron hablar con los señores Morrel, Santoro y Pellerini. Jacobo, Haydée y Luisa se acercaron para escuchar.

Pier llevó la palabra y los demás de vez en cuando completaban una idea. Lo cierto es que al final todos estuvieron de acuerdo en que se iniciara un proyecto de vender pescado en la isla, respaldado por la Casa Santoro de Livorno. Ellos deberían pensar en cómo se turnarían, con la condición de que siempre hubiera en la isla o muy cerca dos embarcaciones y dos barqueros y que todos respetaran la norma de no traspasar el límite establecido, entendiendo claramente que de eso dependía la tranquilidad de todos.

La propaganda de la venta, sería cosa que ellos mismos debían pensar y poner en práctica.

Morrel quiso ver el documento que sobre la isla tenía Antonio. Él recordó que lo había guardado en un sobre en el escritorio de su casa en Marsella, entonces encomendó a Jacobo que lo buscara en el viaje siguiente, cuando iría con Luisa para entregar allá una blusas que había terminado y de paso, para informar a sus clientes el cambio de su domicilio permanente a la dirección de la casa de Livorno.

Esa noche en la cual Jacobo con Luisa estaban en Marsella, Haydée sugirió a su esposo que creía que esperaban un hijo.

Antonio, muy emocionado, la abrazó con toda delicadeza y se preocupó porque ella tuviera todo lo que pudiera desear. Ella se reía a cada cosa loca que Antonio proponía: que si una muñeca de trapo... que si cabrito asado a medianoche..., que si un caldo muy salado,... lo que fuera, él haría hasta lo imposible por lograrlo. Al fin se durmieron.

Por la tarde del día siguiente regresó Jacobo y traía el sobre marcado como 'Asunto: isla de Montecristo' y se lo llevó directamente a Morrel, porque Antonio no sabía ni de qué le hablaban. Jacobo entonces, solamente le pidió a Luisa que preguntara a Haydée qué pasaba con el Pellerini.

Luisa al saberlo buscó a su marido y lo encontró con Morrel y Santoro y a todos les comunicó acerca del heredero Pellerini que venía en camino.

Morrel, de todos modos echó un vistazo a la cesión de derechos sobre la isla, con la condición de que la isla no fuera vendida ni se cambiara de dueño, porque constituía el territorio de un condado. Firmaba como dueño un señor francés llamado Adrien Martin.

Morrel dijo que tal vez podrían ir con ese papel a la oficina que había vendido la isla para confirmar la existencia del Conde, pero que eso podría ser contrario a los intereses de los pescadores porque lo más seguro era que nadie por fuera de Italia supiera en dónde estaba ese condado y lo único que ganaban era que de pronto un heredero desocupado quisiera hacer el viaje para encontrar el fundo del señor Martin. Él, Morrel aconsejó que lo dejaran así, sin preocuparse por nada, absolutamente nada acerca de dueños ni herederos de la isla.

El sabía de la existencia de condados sin conde vivo por dos siglos o más... Finalmente Morrel expresó:

"Algo interesante es que corra la voz de que en la isla hay una pequeña asociación de pescadores que venden pescado fresco, o seco, o asado, por si alguien que llegue hasta allá lo deseara. Pero, claro está, alguien debe vivir allá".

Luego todos se fueron a casa de los futuros padres de ese heredero...

La vida de Antonio Pellerini se vio realizada con creces. Su infortunio trató de quebrarlo sin éxito. Lo salvó la amistad y la fe y la inmensa honestidad de un pobre cura sabio, viejo y enfermo quien lo educó y le transmitió el principio de la Sabiduría:

"Busca siempre el bien, aunque muchos hayan sido los males que otros enviaron sobre ti y aunque tu dispongas de dinero y poder de sobra para hundirlos. El tiempo que tienes vale mucho más que todo el oro. Úsalo para construir la felicidad dentro de ti y a tu alrededor. No gastes ni un segundo en desquitarte por el mal recibido. Aplicar castigos no es asunto de la víctima. Para eso son los jueces"

La venta de pescado en la isla se convirtió en una Asociación pesquera líder en la región. La sede seguía contando con las mismas habitaciones que fueron construidas por los miembros fundadores.

Nuevos árboles fueron creciendo y sustituyendo a los matorrales, a la vez que lograban una mayor absorción de la humedad en el suelo de la isla. Con la lluvia se llenaban los tanques de reserva y se atendía la alimentación de las familias

y de los clientes del pescado en brasas, deliciosamente sazonado . El gran depósito de agua dulce de la isla lo ubicaban con aproximaciones variables en el interior de un grupo rocoso demasiado próximo a las paredes de los acantilados. La prudencia indicaba claramente que se debía evitar el rompimiento de esas rocas y que el camino era acrecentar el almacenamiento puntual para consumo humano y mantener la población vegetal para lograr un suelo capaz de absorber y conservar mejor la humedad.

En la isla vivían por períodos trimestrales dos familias de pescadores. Esta ubicación temporal se rotaba de forma que todas las familias de los miembros activos tuvieran al menos un período de vida en ella en cada rotación.

En los paseos se acomodaban los amigos para compartir el techo por una noche y disfrutar del mar por dos días seguidos. Por las razones del origen de esta asociación y por el poco o ningún interés del dueño real de la isla, los miembros cooperaban con todo su esfuerzo por sostener todo lo bueno que venían logrando.

Antonio en una reunión con Santoro y Morrel en casa de Santoro dijo cualquier día:

"Pues fue una buena cosa eso de encontrarme de manos a boca con el futuro Conde de Montecristo y pedirle que me vendiera la isla"... a lo cual Morrel le contestó:

"¿Estás seguro de que no influiste sobre ese señor para que abandonara la idea de convertirse en Conde?"...

"Pues no lo sé... La gente tiene unas ideas fijas de lograr algo y de pronto, cuando ya lo tienen casi completamente

conseguido, lo abandonan..., puede haber sucedido algo así con nuestro conde", contestó Antonio. Ésta fue la última vez que se mencionó en la isla la existencia o no existencia del Conde de Montecristo.

"De todos modos, lo mejor es dejarlo como está" expresó Morrel, y Antonio riendo dijo:

"¿Te imaginas vendiendo los pedacitos a cada familia y cada familia heredándolos a sus hijos?, ... es una suerte que no se pueda vender..."

.....

EPÍLOGO

Esta historia no llega a un final. Solamente supimos que Antonio Pellerini cumplió noventa años con seis hijos, veintidós nietos y cuarenta bisnietos, y que todos continuaban yendo periódicamente a la isla para disfrutar del mar y dormir en carpas o amontonados en las mismas habitaciones de piedra de siempre, compartiendo con los nietos y bisnietos de Jacobo y de los tres pescadores del grupo inicial, más muchos nuevos colegas y amigos que siempre solicitaban un permiso para llegar allá con sus familias

Desde las alturas, de acuerdo con la fe de Antonio, que fue la misma de su padre amado, de su abate del alma y de su queridísimo Augusto Morrel, ellos sonreían al ver cumplido, en esa parcela de tierra y de humanidad, el sueño de 'todos los sabios que en el mundo han sido'... Santoro andando por los cien, sentado a su lado pensaba de la misma forma y pintaba paisajes en la arena... Haydée los miraba y sentía en

sí misma el reflujo de esa Sabiduría que ella había ayudado a plasmar.

.....

FIN DE

"LA ISLA DE MONTECRISTO"
